

EN LA PARTIDA DEL CONDE DE LEMUS Y DEL DUQUE DE FERIA A NAPOLES Y A FRANCIA.

El Conde mi señor se fue a Napoles;
el Duque mi señor se fue a Francia;
príncipes, buen viaje, que este día
pesadumbre daré a unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles,
a ninguno ofrecí la Musa mía;
a un pobre albergue sí, de Andalucía,
que ha resistido a grandes, digo Soles.
Con pocos libros libres (libres digo
de expurgaciones) paso y me paseo,
ya que el tiempo me pasa como higo.
No espero en mi verdad lo que no creo:
espero en mi conciencia lo que digo,
mi salvación, que es lo que más deseo.
De pura honestidad templo sagrado,
cuyo bello cimiento y gentil muro
de blanco néctar y alabastro duro
fue por divina mano fabricado;
pequeña puerta de coral preciado,
claras lumbreras de mirar seguro,
que a la esmeralda fina el verde puro
habéis para viriles usurpado;
soberbio techo, cuyas cimbrias de oro
al claro Sol, en cuanto el torno gira,
ornan de luz, coronan de belleza;
ídolo bello, a quien humilde adoro,
oye piadoso al que por ti suspira,
tus himnos canta, y tus virtudes reza.
Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñido, el sol relumbra en vano,
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lilio bello;
mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello;
goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o viola troncada
se vuelva, más tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.
Cual parece al romper de la mañana
aljófar blanco sobre frescas rosas,
o cual por manos hecha, artificiosas,
bordadura de perlas sobre grana,
tales de mi pastora soberana
parecían las lágrimas hermosas
sobre las dos mejillas milagrosas,
de quien mezcladas leche y sangre mana.
Lanzando a vueltas de su tierno llanto
un ardiente suspiro de su pecho,
tal que el más duro canto enterneciera,
si enternecer bastara un duro canto,
mirad qué habrá con un corazón hecho,

que al llanto y al suspiro fue de cera.
De chinches y de mulas voy comido,
las unas culpa de una cama vieja,
las otras de un Señor que me las deja
veinte días y más, y se ha partido.
De vos, madera anciana, me despido,
miembros de algún navío de vendeja,
patria común de la nación bermeja,
que un mes sin deudo de mi sangre ha sido.
Venid, mulas, con cuyos pies me ha dado
tal cozo el que quizá tendrá mancilla
de ver que me coméis el otro lado.
A Dios, Corte envainada en una villa,
a Dios, toril de los que has sido prado,
que en mi rincón me espera una morcilla.

DE LA JORNADA DE LARACHE.

-¿De dónde bueno, Juan, con pedorreras?
-Señora tía, de Cagalarache.
-Sobrino, ¿y cuántos fuistes a Alfarache?
-Treinta soldados en tres mil galeras.
-¿Tanta gente? -Tomámoslo de veras.
-¿Desembarcastes, Juan? -¡Tarde piache!,
que al dar un Santiago de azabache,
dio la playa más moros que veneras.
-Luego, ¿es de moros? -Sí, señora tía;
mucho algazara, pero poca ropa.
-¿Hicieron os los perros algún daño?
-No, que en ladrando con su artillería,
a todos nos dio cámaras de popa.
-¡Salud serían para todo el año!

A UNA ROSA.

Ayer naciste, y morirás mañana.
Para tan breve ser, ¿quién te dio vida?
¿Para vivir tan poco estás lucida?
Y, ¿para no ser nada estás lozana?
Si te engañó su hermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en tu hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te aguarda algún tirano;
dilata tu nacer para la vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.
Ya besando unas manos cristalinas,
ya anudándose a un blanco y liso cuello,
ya esparciendo por él aquel cabello
que Amor sacó entre el oro de sus minas,
ya quebrando en aquellas perlas finas
palabras dulces mil sin merecello,
ya cogiendo de cada labio bello
purpúreas rosas sin temor de espinas,
estaba, oh, claro sol invidioso,

cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
mató mi gloria y acabó mi suerte.
Si el cielo ya no es menos poderoso,
porque no den los suyos más enojos,
rayos, como a tu hijo, te den muerte.

MIENTRAS POR COMPETIR CON TU CABELLO

Mientras por competir con tu cabello
oro bruñido el sol relumbra en vano,
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente al lilio bello,
mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que a clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu blanco cuello,
goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o viola truncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

A CÓRDOBA.

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas
que privilegia el cielo y dora el día!
¡Oh siempre gloriosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas!
Si entre aquellas ruinas y despojos
que enriquece Genil y Dauro baña
tu memoria no fue alimento mío,
nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, ¡oh patria!, ¡oh flor de España!

DE LA BREVEDAD ENGAÑOSA DE LA VIDA

Menos solicitó veloz saeta
destinada señal, que mordió aguda;
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta,
que presurosa corre, que secreta
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada sol repetido es un cometa.
¿Confiésalo Cartago y tu lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.
Mal te perdonarán a tí las horas;
las horas, que limando están los días,
los días, que royendo están los años.

DE PURA HONESTIDAD TEMPLO SAGRADO,

De pura honestidad templo sagrado,

cuyo bello cimiento y gentil muro
de blanco nácar y alabastro duro
fue por divina mano fabricado;
pequeña puerta de coralpreciado,
claras lumbreras de mirar seguro,
que a la esmeralda fina el verde puro
habéis para viriles usurpado;
soberbio techo, cuyas cimbrías de oro
al claro sol, en cuanto en torno gira,
ornan de luz, coronan de belleza;
ídolo bello, a quien humilde adoro,
oye piadoso al que por tí suspira,
tus himnos canta y tus virtudes reza.

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Pender de un leño, traspasado el pecho
y de espinas clavadas ambas sienas,
dar tus mortales penas en rehenes
de nuestra gloria, bien fue heroico hecho;
pero más fue nacer en tanto estrecho
donde, para mostrar en nuestros bienes
a dónde bajas y de dónde vienes,
no quiere un portalillo tener techo.
No fue esta más hazaña, oh gran Dios mío,
del tiempo, por haber la helada ofensa
vencido en flaca edad con pecho fuerte
(que más fue sudar sangre que haber frío),
sino porque hay distancia más inmensa
de Dios a hombre, que de hombre a muerte.

LA DULCE BOCA QUE A GUSTAR CONVIDA

La dulce boca que a gustar convida
un humor entre perlas destilado
y a no invidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida,
amantes no toquéis, si queréis vida;
porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas, que a la aurora
diréis que, aljofaradas y olorosas,
se le cayeron del purpúreo seno;
manzanas son de Tántalo, y no rosas,
que después huyen del que incitan ahora,
y sólo del Amor queda el veneno.

NI EN ESTE MONTE, ESTE AIRE, NI ESTE RÍO

Ni en este monte, este aire, ni este río
corre fiero, vuela ave, pece nada,
de quien con atención no sea escuchada
la triste voz del triste llanto mío;
y aunque en la fuerza sea del estío
al viento mi querella encomendada,
cuando a cada cual de ellos más le agrada
fresca cueva, árbol verde, arroyo frío,
a compasión movidos de mi llanto

dejan la sombra, el ramo y la hondura,
cual ya por escuchar el dulce canto
de aquel que, de Estrimón en la espesura,
los suspendía cien mil veces. ¡Tanto
puede mi mal, y pudo su dulzura!

AL EXCELENTISIMO SEÑOR CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

En la capilla estoy, y condenado
a partir sin remedio de esta vida;
siento la causa aún más que la partida,
por hambre expulso como sitiado.
Culpa sin duda es ser tan desdichado;
mayor, de condición ser encogida.
Dellas me acuso en esta despedida,
y partiré a lo menos confesado.
Examine mi suerte el hierro agudo,
que a pesar de sus filos me prometo
alta piedad de vuestra excelsa mano.
Ya que el encogimiento ha sido mudo
los números, señor, de este soneto
lenguas sean y lágrimas no en vano.

TRES VECES DE AQUILÓN EL SOPLO AIRADO

Tres veces de Aquilón el soplo airado
del verde honor privó las verdes plantas
y al animal de Colcos otras tantas
ilustró Febo su vellón dorado,
después que sigo, el pecho traspasado
de aguda flecha, con humildes plantas,
¡oh bella Clori!, tus pisadas santas
por las floridas señas que da el prado.
A vista voy -tiñendo los alcores
en roja sangre- de tu dulce vuelo,
que el cielo pinta de cien mil colores.
Tanto, que ya nos siguen los pastores
por los extraños rastros que en el suelo
dejamos, yo de sangre, tú de flores.

COSAS, CELALBA MÍA, HE VISTO EXTRAÑAS:

Cosas, Celalba mía, he visto extrañas:
cascarse nubes, desbocarse vientos,
altas torres besar sus fundamentos
y vomitar la tierra sus entrañas;
duras puentes romper, cual tiernas cañas,
arroyos prodigiosos, ríos violentos,
mal vadeados de los pensamientos
y enfrenados peor de las montañas;
los días de Noé, gentes subidas
en los más altos pinos levantados,
en las robustas hayas más crecidas.
Pastores, perros, chozas y ganados
sobre las aguas vi, sin forma y vidas,
y nada temí más que mis cuidados.

A LOS RÍOS DE VALLADOLID.

A los ríos de Valladolid.

Jura Pisuerga a fe de caballero
que de vergüenza corre colorado
sólo en ver que de Esgueva acompañado
ha de entrar a besar la mano a Duero.
Es sucio Esgueva para compañero
-culpa de la mujer de algún privado-
y perezoso para darle el lado,
y así ha corrido siempre muy trasero.
Llegados a la puente de Simancas
teme Pisuerga, que una estrecha puente
temerla puede el mar sin cobardía.
No se le da a Esguevilla cuatro blancas;
mas, ¿qué mucho, si pasa su corriente
por más estrechos ojos cada día?

ANDE YO CALIENTE...

Ande yo caliente,
y ríase la gente.

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañana de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados,
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes a Madrigar
la regalada corriente,
y ríase la gente.

Pues Amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,

do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente.

LA MÁS BELLA NIÑA

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:

Dexadme llorar,
orillas del mar.

Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el penar,
y me cautivastes
de quien hoy de va
y lleva las llaves
de mi libertad.

Dexadme llorar,
orillas del mar.

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,

pues que no se pueden
mejor ocurpar
yendose a la guerra
quien era mi paz.

Dexadme llorar,
orillas del mar.

No me pongáis freno
ni queráis culpar,
que lo uno es justo,
lo otro por demás.

Si me queréis bien
no me hagáis mal;
harto peor fue
morir y callar.

Dexadme llorar,
orillas del mar.

Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,

y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?

Dexadme llorar,
orillas del mar.

Váyanse las noche,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad
después que en mi lecho
sobra la mitad.
Dexadme llorar,
orillas del mar.

HERMANA MARICA...

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.
Pondráste el corpiño,
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega;
y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
calza de estameña.

Y si hace bueno
traeré la montera,
que me dio la Pascua
mi señora agüela.

Y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trujo el vecino
cuando fue a la feria.

Iremos a misa,
veremos la iglesia,
darános un cuarto,
mi tía la ollera.

Compraremos dél
(que nadie lo sepa)
choschos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecica
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro
y tú a las muñecas,
con las hermanas
Juana y Madalena,
y las dos primillas
Marica y la Tuerta.

Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto dello
bailar en la puerta.

Y al son del adufe
cantará Andregüela:
"No me aprovecharon,
mi madre, las yerbas."

Y yo de papel
haré una librea,
teñida de moras,
porque bien parezca.
Y una caperuza
con mucha almenas;
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo
que acullá en la huerta
anaranjeamos
las Carnestolendas.
Y en la caña larga
pondré una bandera,
con dos borlas blancas
en sus trenzaderas.
Y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí,
dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
haciendo corvetas
yo y otros del barrio,
que son más de treinta.
Jugaremos cañas
junto a la plazuela
porque Barbolilla
salga acá y nos vea.
Barbola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
torta con manteca.
Porque algunas veces
hacemos, yo y ella,
las bellaquerías
detrás de la puerta.

SERVÍA EN ORÁN AL REY

Servía en Orán al rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y vida
a una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
desde rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;
y ellas al enamorado,

que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las tropas y las cajas.
Espuelas de honor le pican
y freno de amor le para;
no salir es cobardía,
ingritud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:
"Salid al campo, señor;
bañen mis ojos la cama
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.
Vestíos, salid apriesa,
que el general os aguarda;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.
Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,
que tenéis de acero el pecho
y no habéis menester armas."
Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así:"Mi señora
tan dulce como enojada,
porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya;
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.
Concededme, dueña mía,
licencia para que salga
al rebato en vuetro nombre,
y en vuestro nombre combata."

ENTRE LOS SUELTOS CABALLOS...

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Zenetes ,
que por el campo buscaban,
entre lo rojo lo verde
aquel eapañol de Orán
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte
para que lo lleve a él
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado,
capitán de cien Zenetes.
En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos lo mueven.
Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza

y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
de ver cada vez que vuelve
que tan tiernamente llore
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal
sin excusarlo, obedece,
y a su piadosa demanda
satisface desta suerte:
"Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente,
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y dévote la respuesta
por quien soy y por quien eres.
Yo nací en Gelves el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.
En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes
después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles.
Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama de linaje
de los nobles Melioneses:
Extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura,
que se hallaran claveles
más ciertos en sus dos labios
que en los floridos meses.
Cada vez que la miraba
salía el sol por su frente,
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.
Juntos así nos criamos,
y Amor en nuestra niñeces
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las tuyas
libertades y desdenes.
Mas, ya la razón sujeta,
con palabras me requiere
que su crueldad perdone

y de su beldad me acuerde;
y apenas vide trocada
la dureza desta sierpe,
cuando tú me cautivaste:
mira si es bien que lamente.
Esta, español, es la causa
que a llanto pudo moverme;
mira si es razón que llore
tantos males juntamente."
Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.
"Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas,
dichosamente padeces.
¿Quién pudiera imaginar
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?
Si eres del Amor cautivo,
desde aquí puedes volverte;
que me pedirán por robo
lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas
ni las granas más alegres.
Anda con Dios, sufre y ama
y vivirás si lo hicieres,
con tal que cuando la veas
pido que de mí te acuerdes."
Apeóse del caballo,
y el moro tras él descende,
y por el suelo postrado,
la boca a sus pies ofrece.
"Vivas mil años, le dice,
noble capitán valiente,
que ganas más con librarne
que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo
y te dé victoria siempre
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes

CONVOCA A LOS POETAS DE ANDALUCÍA A QUE CELEBREN AL MARQUÉS DE AYAMONTE

Cisnes de Guadiana, a sus riberas
llegué, y a vuestra dulce compañía,
cuya süave métrica armonía
desata montes y reduce fieras;
no a escuchar vuestras voces lisonjeras,
sino al segundo ilustrador del día
consagralle la humilde Musa mía,
que cantó burlas y eterniza veras.
Al Apolo de España, al de Ayamonte

culto honor. Si labraren vuestras plumas
digna corona a su gloriosa frente,
flores a vuestro estilo dará el monte,
candor a vuestros versos las espumas
de Helicon darán, y de su fuente.

**LOA QUE RECITÓ UN SOBRINO DE DON FRAY DOMINGO DE MARDONES, OBISPO DE
CÓRDOBA, EN UNA COMEDIA QUE LE REPRESENTARON ÉL Y OTROS CABALLEROS
ESTUDIANTES**

No vengo a pedir silencio,
que la Cómica española
no calza los zuecos que
la antigüedad rigurosa.

A solicitar sí vengo
una de las muchas trompas
del monstruo que todo es pluma,
del ave que es ojos toda;
de la Fama, que, sin duda,
muda a su pesar ahora,
ha concurrido a este acto,
o miembros vestida, o sombras.

Mas no creo será bien
que tanta modestia rompa
tan vocinglero instrumento:
mienta, pues, ajenas formas,
y a mi plectro agradecido
de cítara numerosa,
musa hoy culta me dicte
cuanto el Boristhenes oya.
En vez de prólogo quiero,
pues lo llama España loa,
ofender süavemente
las orejas siempre sordas
de tu prudencia, al encanto
de la mágica lisonja,
¡oh modelo de prelados
cuando no primera copia!

De tu Patriarca santo,
luciente de España gloria,
sufre tus prerrogativas,
y breve rato perdona,
o excusa, al que parte indigna
es de tu casa Mardona
que en antiguo valle ilustra
las Montañas generosas.

Permite que por mi lira
el mundo todo conozca
tu calificada cuna,
tu educación virtuosa;
y en tu adolescencia cana
tu siempre afección devota
al hábito que escogiste,
de que Barbadillo se honra;
tu perseverante estudio,
decorado con la borla,
honor del púlpito grave

y de la Cátedra docta;
tu penitencia ejemplar;
tu humildad, despreciadora
de los lugares en que
aun la obediencia coloca.
Mas como al fin se le debe
el candelero a la antorcha,
y puede esconderse mal
ciudad que el monte corona,
los ojos venció del Duque
tu esplendor, tus religiosas
canas, luciente homenaje
del muro de tu persona;
y a tus pies, contrita su alma,
bien como herida corza,
del dictamo solicita
las tres veniales hojas.
Con invidia luego santa
Filipo a tus pies se postran,
y en cada rodilla suya
no menos que un orbe dobla.
De su consciencia clavero
tres años, las dos heroicas
le introdujiste virtudes:
justicia y misericordia.
De méritos, ya de edad
cargado, y de las que corvan
aún las espaldas de Atlante,
comisiones onerosas,
Córdoba te mereció,
cuando pudiera bien Roma
impedir tus venerables
sienes con sus tres coronas.
Aquí pues, de tu piedad,
señas has dado no pocas;
léase en Burgos aquel
capítulo de tu historia;
en el insigne Convento
digo de San Pablo, pompa
de la Provincia por ti,
si admiración no de Europa.
Las piedras de tu palacio
lenguas sean de tus obras,
que lenguas de piedra es bien
que eternicen tu memoria.
De esta Santa Iglesia hable
la fábrica caudalosa
que, agradecida, ser quiere
de sus reliquias custodia.
Díganlo, si no, las mudas,
las cotidianas ondas
del profundo, del inmenso
océano de limosnas
que inunda la Ciudad. Antes
que en él pierda yo la sonda,
me vuelvo a la que me espera

compañía, aunque bisoña,
que por tener las vacantes
de los estudios no ociosas
le ha hecho al tiempo un engaño,
a que yo convidado ahora.

LIJSONJEA A DOÑA ELVIRA DE CÓRDOBA, HIJA DEL SEÑOR DE ZUHEROS

¡Cuántos silbos, cuántas voces
la nava oyó de Zuheros,
sentidas bien de sus valles,
guardadas mal de sus ecos!
Vaqueros las dan, buscando
la hermosa por lo menos,
cerrera, luciente hija
de el toro que pisa el cielo.

1. ¿Qué buscades, los vaqueros?

2. Una ay, novilleja, una,
que hiera con media luna
Y mata con dos luceros.

No contiene el bosque gruta,
ni tronco ha roído el tiempo
que no penetre el cuidado,
que no escudriñe el deseo.

La diligencia, calzada,
en vez de abarcas, el viento,
los montes huella y las nubes,
turbantes de sus cabezos.

¿Qué buscades, los vaqueros?

Una ay, novilleja, una,
que hiera con media luna
Y mata con dos luceros.

Aserrar quisiera escollos
la juventud, infiriendo
que peñascos viste duros
quien se niega a silbos tiernos.

Tan sorda piedad acusa
si rumiando, no, beleños,
la alcanzaron tantas voces
en la región del silencio.

1. ¿Qué buscades, los vaqueros?

2. Una ay, novilleja, una,
que hiera con media luna
y mata con dos luceros.

GIL

Pediros albricias puedo.

VAQUEROS

¿De qué, Gil?

GIL

No déis más paso,
la novilla he visto.

VAQUEROS

¡Paso!

GIL

¡Quedo, ay, quedetico quedo!

Un no sé qué celestial
que tiene de obscuro y claro

para safiro muy raro,
muy azul para cristal,
la niega con llave tal
que cierra el paso al denuedo.

Pediros albricias puedo.

VAQUEROS

¿De qué, Gil?

GIL

No déis más paso,
la novilla he visto.

VAQUEROS

¡Paso!

GIL

¡Quedo, ay, quedetico quedo!

Deidad previno celosa
este dñáfano muro,
donde el pie vague seguro
de la novilla hermosa.

desmintiendo aquí reposa
tanta precaución o miedo.

Pediros albricias puedo.

VAQUEROS

¿De qué, Gil?

GIL

No déis más paso,
la novilla he visto.

VAQUEROS

¡Paso!

GIL

¡Quedo, ay, quedetico quedo!

Dulce la mira la Aurora.
entre purpúreos albores
pascen, las que troncó, flores,
beber las perlas que llora.
Los cuernos el Sol la dora
que corona el mya ledó.

GIL

Pediros albricias puedo.

VAQUEROS

¿De qué, Gil?

GIL

No déis más paso,
la novilla he visto.

VAQUEROS

¡Paso!

GIL

¡Quedo, ay, quedetico quedo!

DEL REY Y REINA, NUESTROS SEÑORES, EN ARANJUEZ, ANTES DE REINAR

Las esmeraldas en yerba,
los alcázares de quien,
si jardinero el Jarama,
el Tajo su Alcaide es,
Fileno, que lo narciso
desprecia por lo clavel,
con Belisa coronaba,

divino lilio francés;
pastores que, en vez de ovejas
y de corderos, en vez,
rayos del Sol guarda ella,
de abril guarda flores él;
Amor, que indignas sus flechas
de tan altos pechos ve,
los vínculos de Himeneo
nudos hizo de su red.
De algún álamo lo diga
la corteza, que les fue
bronce en la legalidad,
y en la obediencia papel.
¡Cuántos afectos les deben
los ecos de Aranjüez,
que naciendo a ser deseos,
fueron suspiros después!
A cuya casta armonía
breves ofreció un laurel,
para números sus hojas,
para lámina su pie.
Dulces les tejen los ríos,
si en sus márgenes los ven,
alegres coros de ninfas
dos a dos y tres a tres.
Un día, pues,
que los cisnes de su espuma
tiorbas fueron de su pluma,
esto el aire oyó sereno:
«Viva el amor de Fileno
cuando no exceda a la par
de la fe de su Belisa;
que no hay más.
Viva la fe de Belisa,
cuando no mayor, igual
al amor de su Fileno,
que no hay más.
Siempre amantes, venzan siempre.
la recíproca amistad
de las vides con los olmos;
que no hay más.
Sus años sean felices
en número, y en edad
las encinas destes sotos;
que no hay más.
Y no sabiendo jamás
lo que la fortuna es,
bese la envidia sus pies;
que no hay más».

DEL REY NUESTRO SEÑOR, EN LA MISMA OCASIÓN

Al tronco de un verde mirto,
enamorado Fileno
dos escuadrones vio armados
en la campaña de un sueño.
Amor conducía en las señas,

que tremolaban deseos,
esperanzas Bradamantes
contra cuidados Rugeros.
Las perezosas banderas
seguían del tardo tiempo,
horas en el mal prolijas
días en el bien ligeros,
Cerraron, pues, las dos haces,
y el bello garzón durmiendo,
que cerrados, es, los ojos,
aun más Cupido que el ciego;
«¡A ellos -dice-, a ellos;
cierra, cierra,
arma, arma,
cierra, cierra,
suenen las trompetas, suenen,
guerra, guerra!
A ellos -dice-, soldados,
embestidlos, advirtiendo
que láminas son de pluma
cuantas mienten el acero;
mas perdonad a sus alas,
aunque las ignora el viento;
que es fomentar su tardanza
disminuilles su vuelo.
No hagáis volver las espaldas
a los enemigos nuestros;
huyendo quiero los días,
pero no retrocediendo.
Las horas vuelen, mas, ¡ay!,
que si bien saben que espero,
por hacerme desdichado
joven me harán eterno.
«¡A ellos -dice-, a ellos;
cierra, cierra,
arma, arma,
cierra, cierra,
suenen las trompetas, suenen,
guerra, guerra!

DE LAS SENORAS DOÑA FRANCISCA Y DOÑA MARGARITA TAVORA Y DOÑA MARÍA COTIÑO

Las tres Auroras, que el Tajo
teniendo en la huesa el pie
fue dilatando el morir
por verlas antes nacer,
las gracias de Venus son,
aunque dice quien las ve
que las Gracias solamente
las igualan en ser tres.
Flores que dio Portugal,
la menos bella un clavel,
dudoso a cuál más le deba,
al ámbar o al rosicler.
La que no es perla en el nombre,
en el esplendor lo es,
y concha suya la misma

que cuna de Venus fue.
Luceros ya de palacio,
ninfas son de Aranjuez,
napeas de sus cristales,
dríadas de su vergel.
Tirano Amor de seis soles,
süave cuanto crüel,
si mata a lo castellano,
derrite a lo portugués.
Francelisa es quien abrevia
los rayos de todos seis;
sé que fulmina con ellos;
cómo los vibra no sé.
En un favor homicida
envaina un dulce desdén,
sus filos atrocidad
y su guarnición merced.
Forastero, a quien conduce
cuanto aplauso pudo hacer
a los años de Fileno
Belisa, lilio francés,
de los tres dardos te excusa,
y si puedes, más de aquél
que resucita a que ha muerto
para matallo otra vez.

**EN EL DICHOSO PARTO DE LA SEÑORA REINA DOÑA MARGARITA, CUANDO NACIÓ EL REY
DON PHELIPE IV, N. S.**

Abra dorada llave
las puertas de la edad, y el nuevo Jano
(pues entre siglos sabe
que el tercer año guarda el tiempo cano,
peinando día por día
para el Tercer Filipo a quien le envía)
hoy le introduzga a España,
de paz vestido y de victoria armado;
la copia a la campaña
rubias espigas dé con pie dorado,
la salud pise el suelo,
purgando el aire y aplacando el cielo.
Tráiganos hoy Lucina
al Palacio Real, real venera
de nuestra perla fina,
madre de perlas, y que serlo espera
de un Sol luciente ahora,
si ha pocos años que nació la Aurora.
Venga alegre, y con ella
vengan las gracias, que dichosas Parcas,
rayos de amiga estrella,
hilen estambre digno de Monarcas;
cuide real Fortuna
del dulce movimiento de la cuna.
Felicidades sean
las que administren sus primeros paños,
las virtudes se vean

mover el pie de sus segundos años.
Unas y otras edades
Virtudes sean y felicidades.
Armada a Palas veo,
soltar el huso y empuñar la lanza;
lisonja es del deseo:
corresponda el deseo a la esperanza.
Príncipe tendrá España.
que nunca una deidad tanta fe engaña.

DE LOS MARQUESES DE AYAMONTE, CUANDO SE ENTENDIÓ PASARAN A NUEVA ESPAÑA

Verde el cabello undoso
y de la barba al pie escamas vestido,
aliento sonoro
daba Tritón a un caracol torcido,
y en las alas del viento
voló el son para el húmido elemento.
Cuantos las aguas moran
antiguos dioses y deidades nuevas,
por las ondas que doran
los rayos de la luz dejan sus cuevas,
y ocupan los vacíos
que a la playa perdonan los navíos.
«¿Véis (dice el dios marino),
estas que de la barra a las arenas
despliegan blanco lino,
solicitan timón, calan entenas?
Nubes son, y no naves,
carros de un Sol en dos ojos süaves.
En estos ojos bellos,
Febo su luz, Amor su monarquía
abrevian, y así en ellos
parte a llevar al Occidente el día
con naval pompa extraña
la gloria de los Zúñigas de España.
Si a un Sol los caracoles
dejan su casa, dejan su vestido,
a estos divinos soles
el fondo es bien dejar más escondido,
y coronar su popa
cuernos del toro que traslada a Europa.
Serenísimas plumas
vista del Alción el Austro insano;
perlas sean las espumas,
y las olas cristal del Oceano;
no ya cristal de roca.
que en sólo el nombre cada bajel toca.
Regale sus orejas
en dulce sí, más bárbaro instrumento,
de corales y almejas,
de las Ninfas el coro, y su concontento
no lisonjee aquel sueño,
que la falsa armonía al griego leño».

A JUAN DE VILLEGAS, ALCALDE MAYOR DE LUQUE, POR DON EGAS VENEGAS, SEÑOR DE AQUELLA VILLA

En villa humilde sí, no en vida ociosa,
vasallos riges con poder no injusto,
vasallos de tu dueño, si no agosto,
de estirpe en nuestra España generosa.

Del bárbaro rüido a curïosa
dulce lección te hurta tu buen gusto;
tal del muro abrasado hombro robusto
de Anquises redimió la edad dichosa.
No invidies, oh Villegas, del privado
el palacio gentil, digo el convento,
adonde hasta el portero es Presentado.
De la tranquilidad pisas contento
la arena enjuta, cuando, en mar turbado
ambicioso bajel da lino al viento.

MADRIGAL A LA SERENÍSIMA INFANTA MARÍA, DE UN JABALÍ QUE MATÓ EN ARANJUEZ

Las duras cerdas que vistió celoso
Marte, viste hoy amante,
y deidad fulminante,
el planeta ofrecido belicoso,
de un plomo al rayo muere glorïoso.
Muere, dichosa fiera;
que España ilustrará la quinta esfera.
Bellísima tú, pues, Cintia española,
cerdosos brutos mata;
en cuanto de tu hermano,
no esplendor soberano,
sombra sí de las señas que tremola,
altamente desata
vapores de la invidia coligados,
ejércitos, provincias, potentados.

MADRIGAL PARA INSCRIPCIÓN DE LA FUENTE DE QUIEN DIJO GARCILASSO: «EN MEDIO DEL INVIERNO», ETC.

El líquido cristal que hoy desta fuente
admiras, caminante,
el mismo es de Helicon:
si pudieres, perdona
al paso un solo instante;
beberás (cultamente)
ondas que del Parnaso
a su Vega tradujo Garci-lasso.

EN LA CREACIÓN DEL CARDENAL DON ENRIQUE DE GUZMAN

Generoso mancebo,
purpúreo en la edad más que en el vestido
en rosicler menos luciente Febo
a invidiarte ha salido.
Tú en tanto esclarecido
del rubí en hilos reducido a tela,
dignamente serás hoy agregado
al Colegio sagrado,
fecundo seminario de claveros.
¡Oh cuánta beberás en tanta escuela
religión pura, dogmas verdaderos,
gobierno prudencial, profundo estado,

politica divina!
¡Consistorio del Santo
Espíritu asistido!
Dígalo tanto dubio decidido,
tanta sana doctrina.
¿Aclamaré a los tales,
príncipes? Mucho más es cardenales,
flamante en celo el más antiguo manto:
si bien toda la púrpura de Tiro
grana es de polvo al último suspiro.
Tu exaltación instada
de Filipo fue el Cuarto, del monarca
que al Sol fatiga tanto
lustralle sus dos mundos en un día.
Al siempre Urbano santo,
Octavo en nombre y en prudencia uno,
santísimo piloto de la barca
que repetido en él Pedro le fía,
no fue el ruego importuno
del Católico: pues si dilatada
tu creación, la gracia le fue hecha.
¡Oh, quiera Dios unir en liga estrecha
estos dos de la Iglesia tutelares
y al joven Cristianísimo, con ellos!
Libarán tres abejas liliros bellos,
y melificarán, no en corchos vanos,
sino en las que abrirán nuestros leones
bocas, de paz tan dulce alimentadas,
llaves dos tales, tales dos espadas,
escondiendo con velas ambos mares,
cuantos le dio sacrílegos altares
Europa a la herejía
extirparán un día.
Y otro, no sólo, no, abominaciones,
darán de Babilonia al fuego, entrando
los muros de Sión; mas alternando
himnos sagrados, cánticos divinos,
abrirán paso a cuantos peregrinos
tan libres podrán ya como devotos
besando el mármol desatar sus votos.
El Conde-Duque, cuya confidencia
reclinatorio es de su gran daño,
(¡cuán bien su providencia
timón del vasto ponderoso leño,
gobierno al fin de tanta monarquía,
lamiendo escollos ciento
le ha conducido en paz a salvamento!).
Este, pues, pompa de la Andalucía,
gloria de los clarísimos Sidones,
de los Guzmanes, digo, de Medina,
solicitó süave tu capelo.
¿Qué mucho ya, si el cielo,
entre los muchos que te incluye dones,
sobrino te hizo suyo, de una hermana
valerosa y real, sobre divina?
Dígalo el Betis, de quien es Diana;

el Carpio, de quien es deidad, lo diga.
Tú a la Fortuna amiga
átomo no perdones de propicia.
Goza la dignidad cardenalicia,
unos días clavel, otras viola.
La ingenuidad observes española,
la duplicidad huyas extranjera;
tus colegas admiren la severa
dulce afabilidad que te acompaña
¡Que el duodécimo lustro, si no engaña
cuanto abrazan las zonas,
te espera el Tíber con sus tres coronas!

DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

No en bronces que caducan mortal mano
¡oh católico Sol de los Bazanes!
que ya entre gloriosos capitanes
eres deidad armada, Marte humano,
esculpirá tus hechos, sino en vano,
cuando descubrir quiera tus afanes,
y los bien reportados tafetanes
del turco, del inglés, del lusitano.
Él un mar de tus velas coronado,
de tus remos el otro encanecido,
tablas serán de cosas tan extrañas.
De la inmortalidad el no cansado
pincel las logre, y sean tus hazañas
alma del tiempo, espada del olvido.

A DON LUIS DE VARGAS

Tú (cuyo ilustre, entre una y otra almena
de la Imperial Ciudad, patrio edificio,
al Tajo mira en su húmido ejercicio
pintar los campos y dorar la arena),
descuelga de aquel lauro enhorabuena
aquellas dos (ya mudas en su oficio),
reliquias dulces del gentil Salicio,
heroica lira, pastoral avena.
Llégalas, ¡oh clarísimo mancebo!,
al docto pecho, a la süave boca,
poniendo ley al mar, freno a los vientos;
sucede en todo al castellano Febo
(que ahora es gloria mucha y tierra poca),
en patria, en profesión, en instrumentos.

A DON CRISTÓBAL DE MORA

Árbol de cuyos ramos fortunados
las nobles moras son quinas reales,
tenidas en la sangre de leales
capitanes, no amantes desdichados;
en los campos del Tajo más dorados
y que más privilegian sus cristales,
a par de las sublimes palmas sales,
y más que los laureles levantados.
Gusano, de tus hojas me alimentos,
pajarillo, sosténganme tus ramas

y ampáreme tu sombra, peregrino.
Hilaré tu memoria entre las gentes,
cantaré enmudeciendo ajenas famas,
y votaré a tu templo mi camino.

DE DON RODRIGO SARMIENTO, CONDE DE SALINAS

Del león, que en la silva apenas cabe
o ya por fuerte, o ya por generoso,
que a dos Sarmientos, cada cual glorioso.
obedeció mejor que al bastón grave,
real cachorro, y pámpano suave
es este infante en tierna edad dichoso;
Cupido con dos soles, que hermoso
de ángel tiene lo que el otro de ave.
La alta esperanza en él se vea lograda
del claro padre, y de la antigua casa
que a España le da héroes, si no leyes,
tal, que do el Norte yela al mar su espada
temida, y donde el Sol la arena abrasa,
triunfador siempre, coma con sus reyes.

A DOÑA BRIANDA DE LA CERDA

Al Sol peinaba Clori sus cabellos
con peine de marfil, con mano bella;
mas no se parecía el peine en ella
como se obscurecía el Sol en ellos.
Cogió sus lazos de oro, y al cogellos
segunda mayor luz descubrió aquello
delante quien el Sol es una estrella,
y esfera España de sus rayos bellos.
Divinos ojos, que en su dulce Oriente
dan luz al mundo, quitan luz al cielo,
y espera idolatrallos Occidente.
Esto Amor solicita con su vuelo,
que en tanto mar será un arpón luciente.
de la Cerda inmortal mortal anzuelo.

A DON SANCHO DÁVILA, OBISPO DE JAÉN

Sacro pastor de pueblos, que en florida
edad, pastor, gobiernas tu ganado
más con el silbo que con el cayado,
y más que con el silbo con la vida;
canten otros tu casa esclarecida,
mas tu Palacio, con razón sagrado,
cante Apolo de rayos coronado,
no humilde Musa de laurel ceñida.
Tienda es gloriosa, donde en lechos de oro
victoriosos duermen los soldados,
que ya despertarán a triunfo y palmas;
milagroso sepulcro, mudo coro
de muertos vivos, de ángeles callados,
cielo de cuerpos, vestuario de almas.

A DON FRAY PEDRO GONZÁLEZ DE MENDOZA Y SILVA, ELECTO ARZOBISPO DE GRANADA, MUY MOZO

Consagróse el seráfico Mendoza,

gran dueño mío, y con invidia deja
al bordón flaco, a la capilla vieja,
báculo tan galán, mitra tan moza.
Pastor que una Granada es vuestra choza,
y cada grano suyo vuestra oveja,
pues cada lengua acusa, cada oreja,
la sal que busca, el silbo que no goza,
síbelas desde allá vuestro apellido,
y al Genil, que esperándoos peina nieve,
no frustréis más sus dulces esperanzas;
que sobre el margen, para vos florido,
al son alternan del cristal que mueve
sus ninfas coros, y sus faunos danzas.

A DON ANTONIO VENEGAS, OBISPO DE PAMPLONA

¡Oh de alto valor, de virtud rara
sacro esplendor, en toda edad luciente,
cuya fama los términos de Oriente
ecos los hace de su trompa clara!
Vuestro cayado pastoral, hoy vara
dará flores, y vos gloriosamente
del pellico a la púrpura ascendiente,
subiréis de la mitra a la tiara.
No es voz de fabulosa Deidad esta,
consultada en oráculo profano,
sino de la razón muda respuesta.
Deja su urna el Betis, y lozano
cuantos engendra toros la floresta
por vos fatiga en hábito africano.

AL SERENÍSIMO INFANTE CARDENAL

Purpúreo creced, rayo luciente
del Sol de las Españas, que en dorado
ya trono el Tíber os verá sagrado,
leyes dar algún día a su corriente.
De coronas entonces vos la frente,
vuestro Padre de orbes coronado,
deba el mundo un redil, deba un cayado
a vuestras llaves, a su espada ardiente.
Cresced a fines tan esclarecidos,
oh vos, a cuyo glorioso manto
sombras son eritreos esplendores,
y en quien debidamente repetidos
de vuestros dos se ven progenitores
el nombre, lo católico, lo santo.

PANEGÍRICO AL DUQUE DE LERMA

Si arrebatado merecí algún día
tu dictamen, Euterpe, soberano,
bese el corvo marfil hoy desta mía
sonante lira tu divina mano;
émula de las trompas su armonía,
el séptimo Trión de nieves cano,
la adusta Libia sorda aún más lo sienta
que los áspides fríos que alimenta.
Oya el canoro hueso de la fiera,

pompa de sus orillas, la corriente
del Ganges, cuya bárbara ribera
baño es supersticioso del Oriente;
de venenosa pluma, si ligera,
armado lo oya el Marañón valiente,
y débale a mis números el mundo
del fénix de los Sandos un segundo.
Segundo en tiempo, sí, mas primer Sando
en togado valor; dígallo armada
de paz su diestra, díganlo trepando
las ramas de Minerva por su espada,
bien que desnudos sus aceros, cuando
cerviz rebelde o religión postrada
obligan a su rey que tuerza grave
al templo del bifronte Dios la llave.
Este pues, digno sucesor del claro
Gómez Diego, del Marte cuya gloria
a las alas hurtó del tiempo avaro
cuantas le prestó plumas a la historia;
este, a quien guardará mármoles Paro,
que engendre el arte, anime la memoria,
su primer cuna al Duero se la debe,
si cristal no fue tanto cuna breve.
Del Sandoval, que a Denia aun más corona
de majestad que al mar de muros ella,
Isabel nos le dio, que al Sol perdona
los rayos que él a la menor estrella;
hija del que la más luciente zona
pisa glorioso, porque humilde huella
(general de una sancta compañía)
las insignias ducales de Gandía.
Alta resolución, merecedora
del que ya le previene digno culto
su nieto generoso, oculto ahora,
bien que prescribe su esplendor lo oculto:
debido nicho la piedad le dora;
la devoción al no formado bulto
de bálsamo, en el oro que aún no pende,
alimenta los rayos que le enciende.
Joven después el nido ilustró mío,
redil ya numeroso del ganado,
que el silbo oyó de su glorioso tío,
pastor de pueblos bien aventurado;
con labio alterno, aun hoy, el sacro río
besa el nombre en sus árboles grabado
¡Tanta le mereció Córdoba, tanta
veneración a su memoria santa!
Dulce bebía en la prudente escuela
ya la doctrina del varón glorioso,
ya centellas de sangre con la espuela
solicitaba al trueno generoso,
al caballo veloz, que envuelto vuela
en polvo ardiente, en fuego polvoroso.
De Quirón no biforme aprende luego
cuantas ya fulminó armas el Griego.
Tal vez la fiera que mintió al amante

de Europa; con rejón luciente agita;
tal, escondiendo en plumas el turbante,
escaramuzas bárbaras imita;
dura pala, si puño no pujante,
viento dando a los vientos, ejercita,
la vez que el monte no fatiga vasto,
Hipólito galán, Adonis casto.
De espumas sufre el Betis argentado
remos que le conduzgan, ofreciendo
el oro al tierno Alcides, que guardado
del vigilante fue dragón horrendo;
delicias solicita su cuidado
a las nudosas redes, expuniendo
lo que incógnito más sus aguas mora,
que extraña el cónsul, que la gula ignora.
Napea en tanto a descubrir comienza
bien peinado cabello, mal enjuto,
siendo al Betis un rayo de su trenza
lo que es al Tajo su mayor tributo;
salió al fin, y hurtando con vergüenza
sus bellos miembros a silvano astuto,
que infamar le vio un álamo prolijo,
esto en sonantes nácares predijo:
«Crece, oh de Lerma tú, oh tú de España
bien nacido esplendor, firme coluna,
que al bien creces común, si no me engaña
el oráculo ya de tu fortuna;
Cloto el vital estambre de luz baña
al que Mercurio le previene cuna,
al santo Rey que a tu consejo cano
los años deberá de Octaviano».
Siguió a la voz, mas sin dejar rompido
a Juno el dulce transparente seno,
aplauso celestial, que fue al oído
trompa luciente, armonioso trueno;
a mayoral en esto promovido
su pastor sacro, el margen pisó ameno,
en que, de velas coronado el Betis,
los primeros abrazos le da a Tetis.
No después mucho lazos tejió iguales
de Calfope el hijo intonso al bello
garzón augusto, que a coyundas tales
rindió no sólo, mas expuso el cuello:
abejas de los tres lilies reales,
dándole Amor sus alas para ello,
dulce aquella libó, aquella divina
del cielo flor, estrella de Medina.
Deidad, que en isla no, que errante baña
incierto mar, luz gémina dio al mundo,
sino Apolos lucientes dos a España,
y tres Dianas de valor fecundo;
gloria del tiempo Uceda, honor Saldaña,
orbes son del primero y del segundo;
sidonios muros besan hoy la plata
que ilustra la alta Niebla que desata.
La antigua Lemus de real corona

íncrito es rayo su menor almena
a la segunda hija de Latona,
que de Seбето aun no pisó la arena,
cuando al silencio métrico perdona
la tantos siglos ya muda sirena,
cantando las que invidia el Sol estrellas,
negras dos, cinco azules, todas bellas.
De un Duque esclarecido la tercera
Cintia el siempre feliz tálamo honora,
la que bien digna de mayor esfera,
su luz abrevia Peñaranda ahora;
al padre en tanto de su primavera
los verdes años ocio no desflora,
marqués ya en Denia, cuyo excelso muro
de africanos piratas freno es duro.
Al régimen atento de su estado.
a sus penates le admitió el prudente
Filipo, afecto a su elocuente agrado.
y aun entre acciones mudas elocuente.
Ya mal distinto entonces, el rosado
propicio albor del Héspero luciente,
que ilustra dos eclípticas ahora,
purpureaba al Sandoval que hoy dora.
Ceptro superior, fuerza sūave
a la gracia, si bien implume, hacía
del pollo Fénix hoy que apenas cabe
en los prolijos términos del día,
de quien será en los siglos, la más grave,
la mayor gloria de su monarquía:
elección grata al cielo aun en la cuna,
si a la emulación áulica importuna.
A la invidia, no ya a la qu'el veneno
del chelidro que más el Sol calienta,
sino el alado precipicio ajeno
de las frustadas ceras alimenta;
esta pues que aun el más oculto seno
de los augustos Lares pisa lenta,
celante altera el judicioso terno
de los sátrapas ya de aquel gobierno.
Mentida un Tulio, en cuantos el senado
ambages de oratoria le oyó culta,
la yedra acusa, que del levantado
apenas muro la estructura oculta;
temor induce y del temor cuidado,
tan ponderosamente, que resulta
la merced castigada, que en Valencia
los eslabones arrastró de ausencia.
¡Oh ceguedad! ¿Acuerdo intenta humano
fatal corregir, curso, fácilmente?
Tal ya de su reciente mies villano
divertir pretendió raudo torrente;
mucho le opuso, monte, mas en vano,
bien que desenfrenada su corriente,
a cuanta Ceres inundó vecina,
riego le fue la que temió rüina.
Sale al fin, y del Turia la ribera

vestida siempre de frondosas plantas,
dulce continuada primavera
le jura muchas veces a sus plantas.
De apacibilidad hace severa
homenaje recíproco otras tantas
el Virrey, confirmando su gobierno,
ósculo de justicia y paz alterno.
Examinó tres años su divino
talento el que no sólo de alabanza,
mas de premio paréntesis bien dino
al período fue de la privanza.
Dejando al Turia sus delicias, vino
donde ya le tejía su esperanza
los verdes rayos de aquel árbol solo
que los abrazos mereció de Apolo.
Camina, pues, de afectos aplaudido
a expectación tan infalible iguales,
cual del puente espacioso que has roído
con diente oculto, Guadiana, sales,
de los campos apenas contenido,
que templo son bucólico de Pales.
La ceremonia en su recibimiento,
oro calzada, plumas le dio al viento.
No del impulso conducido vano
de la ambición, al pie de su gran dueño
asciende, en cuya poderosa mano
dos mundos continente son pequeño;
alas batiendo luego, al soberano
sucesor se remonta, en cuyo ceño
se ríe el Alba, Febo reverbera,
águila generosa de su esfera.
Menos dulce a la vista satisface
cristal, o de las rosas ocupado
o del clavel que con la Aurora nace,
de aljófares purpúreos coronado;
que un pecho agosto, ¡oh cuánta al favor yace
-en líbica no arena, en variado
jaspe luciente sí- pálida insidia,
bebiendo celos, vomitando invidia!
Servía y agradaba; esta le cuente
felicidad, y en urna sea dorada,
piedra, si breve, la que más luciente
la antigüedad tenía destinada;
servía, y el enfermo Rey prudente,
de su vida la meta ya pisada,
con el hijo asentía en el afeto,
dignando de dos gracias un sujeto.
Al mayor ministerio proclamado
de los fogosos hijos fue del viento,
que al Betis le bebieron ya el dorado,
ya el cerúleo color de su elemento;
de sus miembros en esto desatado
el Rey Padre, luz nueva al firmamento
en nueva imagen dio: pórvido sella
la porción que no pudo ser estrella.
El heredado auriga, Faetón solo

en la edad, no Faetón en la osadía,
al diadema de luciente Apolo
en sombra obscura perdonó algún día.
Luto vestir al uno y otro polo
hizo, si anegar no su Monarquía
en lágrimas, que pío enjugó luego
de funerales piras sacro fuego.
Entre el esplendor pues alimentado
de flores ya süave, ahora cera,
y el dulcemente aroma lagrimado
que fragante del aire luto era,
los oráculos hizo del estado
digna merced del Sandoval primera
el Júpiter novel, de más coronas
ceñido que sus orbes dos de zonas.
Su hombro ilustra luego suficiente
el peso de ambos mundos soberano,
cual la estrellada máquina luciente
doctas fuerzas de monte, si africano;
ministro escogió tal, a quien valiente
absuelto de sus vínculos en vano
el inmenso hará, el celestial orbe
que opreso gima, que la espalda corve.
Próvido el Sando al gran consejo agrega
de espada votos, y de toga armados,
que cuarto apenas admitió colega
la ambición de los Triúmviros pasados;
de competente número la griega,
la prudencia romana sus senados
establecieron; bárbaro hoy imperio
concede a pocos tanto ministerio.
Tan exhausta, sino tan acabada,
halló no sólo la real hacienda,
mas lastimosa aun a la insaciada
del interés voracidad horrenda,
que España, del Marqués solicitada,
generosa a su Rey le hizo ofrenda,
siglos de oro arrogándose la tierra,
copia la paz y crédito la guerra.
Confirmóse la paz, que establecida
dejó en Vervín Filipo ya Segundo,
que las últimas sombras de su vida
puertas de Jano, horror fueron del mundo.
De álamos temió entonces vestida
la urna del Erídano profundo
sombras que le hicieron no ligeras
sus Helíades no, nuestras banderas.
Alegre en tanto, vida luminosa
el hijo de la Musa solicita
a la tea nupcial, que perezosa
le responde su llama en luz crinita;
en sus conchas el Savo, la hermosa
guardó al tercer Filipo Margarita,
cuyo candor en mejor cielo ahora
süave es risa de perpetua Aurora.
Esta, pues, gloria nuestra, conducida

con esplendor real, con pompa rara
de Graz, con mayor fausto recibida
del Octavo Clemente fue en Ferrara.
De joya tal quedando enriquecida
tan gran corona de tan gran tiara,
en leños de Liguria el mar incierto
vencido, Vinaroz le dio su puerto.
De Valencia inundaba las arenas
España entonces, que su antiguo muro,
digno sí, mas capaz tálamo apenas
del Himeneo pudo ser futuro.
Desatadas la América sus venas
de uno ostentó y otro metal puro;
¿qué mucho, si pisando el campo verde
plata calzó el caballo que oro muerde?
Del leño aun no los senos inconstante
la bella Margarita había dejado,
y de su esposo ya escuchaba amante
lisonjas dulces a Mercurio alado;
al Sandoval en céfiros volante
de treinta veces dos acompañado
títulos en España esclarecidos,
en grana, en oro, el Alba, el Sol vestidos.
Con pompa recibida al fin gloriosa,
la perla boreal fue soberana
en ciudad vanamente generosa
de nación generosamente vana.
Dulce un día después la hizo esposa,
flamante el Castro en púrpura romana;
fuese el Rey, fuese España, e irreverente
pisó el mar lo que ya inundó la gente.
Esperaba a sus reyes Barcelona
con aparato, cual debía, importuno
a rayo ilustre de tan gran corona,
a murado tridente de Neptuno;
ninguna, de las dos reales, persona,
ni de los cortesanos partió alguno
sin arra de su fe, de su amor seña,
aquella grande, estotra no pequeña.
Al Santuario luego su camino
del Monte dirigieron aserrado,
donde el báculo viste peregrino
las paredes, que el mástil derrotado;
deste segundo en religión Cassino
sus pasos votan al Pilar sagrado;
ufana al recibillos se alborozaba,
mirándose en el Ebro, Zaragoza.
Del reino convocó los tres estados
al servicio el Marqués, y al bien atento
del interés real, y convocados,
Dacio logró magnífico su intento;
sus parques luego el Rey, sus deseado
lares repite, donde entró contento,
cuando a la pompa respondía el decoro
en estoque desnudo, en palio de oro.
Entre el conciento pues nupcial oyendo

del Arno los silencios, nuestro Sando
las armas solicita, cuyo estruendo
freno fue duro al florentín Fernando;
el Fuentes bravo, aun en la paz tremendo,
vestido acero, bien que acero blando,
terror fue a todos mudo, sin que entonces
diestras fuesen de Júpiter sus bronces.

La quietud de su dueño prevenida
sin efusión de sangre, la campaña
de Carrión le duele, humedecida,
fértil granero ya de nuestra España;
pobre entonces y estéril, si perdida,
la mejor tierra que Pisuerga baña,
la corte les infunde, que del Nilo
siguió inundante el fructuoso estilo.
De la esterilidad fue, de la inopia
Carrión dulcemente perdonado;
las espigas, los pomos de la copia
a Júpiter debidos, hospedado,
Pisuerga sacro por la urna propia,
y sacro mucho más por el cayado,
en muros tanto, en edificios medra,
que sus márgenes bosques son de piedra.

Vigilante aquí el Denia, cuantos pudo
prevenir leños fía a Juan Andrea,
que a Argel su remo los conduzga mudo,
si castigado hay remo que lo sea,
venda el trato al genízaro membrudo,
cuando al Corso no hay Turco que no crea
su bajel, que no importa, si en la playa
el mar se queda, que el bajel se vaya.

¡Oh Argel! ¡oh de rüinas españolas
voraz ya campo tu elemento impuro!
¡Oh, a cuántas quillas tus arenas solas,
sino fatal, escollo fueron duro!

Imiten nuestras flámulas tus olas,
tremolando purpúreas en tu muro,
que en cenizas te pienso ver surcado
o de tus ondas, o de nuestro arado.

No ya esta vez, no ya la que al prudente
Cardona, desmentido su aparato,
las velas que silencio diligente
convocaba, frustró segundo trato,
volviéronse los dos, que llama ardiente,
si vanas previas de naval recato
la justicia vibrando está divina
contra esta pirática sentina.

En el mayor de su fortuna halago,
la que en la rectitud de su guadaña
Astrea es de las vidas, en Buitrago
rompió crüel, rompió el valor de España
en una Cerda. No mayor estrago,
no, cayendo, rüina más extraña
hiciera un astro, deformando el mundo,
enjugando el océano profundo,
que de Lerma la ya Duquesa, dina

de pisar gloriosa luces bellas,
que a su virtud del cielo fue Medina
cuna, cuando su tálamo no estrellas.
Cuantas niega a la selva convecina
lagrimosas dulcísimas querellas
da a su consorte rui señor viudo,
músico al cielo, y a las selvas mudo.
Prorrogando sus términos el duelo,
los miembros nobles, que en tremendo estilo
trompa final compulsará del suelo,
en los bronce selló de su lucilo;
de Pisuerga al undoso desconsuelo
aun la urna incapaz fuera del Nilo.
¿Qué mucho, si afectando bulto triste,
llora la adulación, y luto viste?
Parte en el Duque, la mayor, tuviera
el sentimiento y aun el llanto ahora,
si la serenidad no le trujera
alta, del Infantado, sucesora;
la que el tiempo le debe primavera
al Favonio en el tálamo de Flora,
Siempre bella, florida siempre, el mundo
al Diego deberá Gómez segundo;
al que, delicia de su padre, agrado
de sus Reyes, lisonja de la corte,
en coyunda feliz tan grande estado,
el dote fue menor de su consorte;
Mecenas español, que al zozobrado
barquillo estudioso ilustre es norte.
¡Oh cuánta le darán acciones tales
jurisdicción gloriosa a los metales!
No después mucho, madre esclarecida
a Margarita hizo el mejor parto
que ilustró el hemisferio de la vida
desde el adusto Can al gélido Arto.
Palas en esto, láminas vestida,
quinto de los planetas, quiere al cuarto
de los Filipos, duramente hecho
genial cuna su pavés estrecho.
Sus gracias Venus a ejercer conduce
el ministerio de las Parcas triste;
cardó una el estambre, que reduce
a sutil hebra la que el huso viste;
devanándole otra, le traduce
a los giros volúviles que asiste,
mientras el culto de las Musas coro
sueño le alterna dulce en plectros de oro.
Agradecido el padre a la divina
Eterna Majestad, himnos entona
en regulados coros, que termina
la devoción de su real persona;
piadoso luego Rey, cuantas destina
penas rigor legal, tantas perdona
a los que al son de sus cadenas gimen
en los tenaces vínculos del crimen.
Señas dando festivas del contento

universal, el Duque las futuras
al primero previene sacramento,
que del Jordán lavó aún las ondas puras:
émulo su esplendor del firmamento,
si piedras no lucientes, luces duras
construyeron salón, cual ya dio Atenas,
cual ya Roma teatro dio a sus scenas.

Diligencia en sazón tal afectada,
o casüal concurso más solene,
del Rey hizo britano la embajada,
y el aplauso que España le previene;
de la vocal en esto Diosa alada,
aunque literal Calpe, aunque Pirene,
siempre fragoso convocó la trompa
a la alta expectación de tanta pompa.

Ambicioso Oriente se despoja
de las cosas que guarda en sí más bellas;
Ceilán cuantas su esfera exhala roja
engasta en el mejor metal centellas;
de sus veneros registró Camboja
las que a pesar del Sol ostentó estrellas,
el esplendor, la vanidad, la gala,
en el templo, en el coso y en la sala.

Desmentido altamente del brocado,
vínculo de prolijos leños ata
el Palacio Real con el sagrado
templo, erección gloriosa de no ingrata
memoria al Duque, donde abreviado
el Jordán sacro en márgenes de plata,
dispensó ya el que, digno de tiara,
de la fe es, nuestra, vigilante vara.

Ingenioso polvorista luego
luminosos milagros hizo, en cuanto
purpúreos ojos dando al aire ciego:
mudas lenguas en fuego llovió tanto,
que adulada la noche deste fuego,
no echó menos las joyas de su manto;
que en la fiesta hicieron subsecuente
la gala más lucida más luciente.

Pisó el Zenit, y absorto se embaraza,
rayos dorando el Sol en los doseles,
que visten, si no un fénix, una plaza,
cuyo plumaje piedras son noveles;
de Dafnes coronada mil, que abraza
en mórbidos cristales, no en laureles;
turbado las dejó, porque celoso
a Júpiter bramar oyó en el coso.

No en circos, no, propuso el Duque atroces
juegos, o gladiatorios, o ferales;
no ruedas que hurtaron ya veloces
a las metas, al polvo las señales;
en plaza sí, magnífica, feroces
a lanza, a rejón muertos, animales,
flechando luego en céfiros de España
arcos celestes una y otra caña.
Apenas confundió la sombra fría

nuestro horizonte, que el salón brillante,
nuevo epiciclo al gran rubí del día,
y de la noche dio al mayor diamante,
por Lactéa después segunda Vía
un orbe desató y otro sonante:
astros de plata, que en lucientes giros
batieron, con alterno pie, zafiros.
Prolija prevención en breve hora
se disolvió, y el lúcido topacio,
que occidental balcón fue de la Aurora,
ángulo quedó apenas del Palacio.
que cuantos la edad mármoles devora,
igual restituyendo al aire espacio
que ámbito a la tierra, mudo ejemplo,
al desengaño le fabrica templo.
Solicitado el holandés pirata
de nuestra paz o de su aroma ardiente,
no sólo no al Ternate le desata,
mas su coyunda a todo aquel Oriente;
del mar es de la Aurora la más grata,
cuando no la mayor de continente
isla Ternate, pompa del Maluco,
de éste inquirida siempre y de aquel buco.
Esta, pues, que de aquel gran mundo ha sido
universal emporio de su clavo
al político lampo, al de torcido
labio y cabello tormentoso cabo.
domada fue de quien por su apellido
y por su espada ya dos veces Bravo,
mayor será trofeo la memoria
que el adelantamiento a su victoria.
Gracias no pocas a la vigilancia
del Duque atento, cuya diligencia,
próxima siempre a la mayor distancia,
sombra individua es de su presencia;
veneciana estos días arrogancia,
de vana procedida preeminencia,
al sacro, opuesta, celestial clavero
esgrimió casi el obstinado acero.
¡Oh del mar reina tú, que eres esposa,
cuyos abetos el León seguros
conduce sacros, que te hace undosa
Cibeles, coronada de altos muros!
Alción de la paz ya religiosa,
los reinos serenaste más impuros;
¡Oh Venecia, ay de ti! Sagrada hoy mano,
te niega el Cielo, que desquicia a Jano.
¡Ay mil veces de ti precipitada,
mas república al fin prudente! ¿sabes
la que a Pedro le asiste cuanta espada
a sus dos remos es, a sus dos llaves?
De una y de otra lámina dorada
sus miembros aún no el Fuentes hizo graves,
que señas de virtud dieron plebeya
las togadas reliquias de Aquileya.
Confuso hizo el Arsenal armado

reseña militar, naval registro
de sus fuerzas, en cuanto oyó el Senado
alto del Rey Católico ministro;
Néstor mancebo en sangre, y en estado
Castro excelso, dulzura de Caístro;
éste, pues, variando estilo y vulto,
duro amenaza, persüade culto.
Oración en Venecia rigurosa,
en Lombardía trompas elocuentes,
violencia hicieron judiciosa
a la mayor corona de prudentes.
Adria, que sorbió ríos ambiciosa,
tímida ahora, recusando Fuentes,
reducida desiste, humilde cede
al Quinto Paulo y a su sancta Sede.
Jacobó, donde al Támesis el día
mucho le esconde sinüosa vela,
legítimas reliquias de María,
sucesión adoptada es de Isabela;
lo materno que en él ceniza fría
de nuevos dogmas, semivivo cela,
a paz con el Católico le induce
afecto que humea, si no luce.
Este, pues, embrión de luz, que incierto
vivir apenas esplendor no sabe,
la nunca extinta púrpura de Alberto
alentó pía, fomentó süave;
España a ministerio tanto experto
varón delega, cuya mano grave,
alternando instrumentos, persüada
o con el caduceo o con la espada.
El Tassis fue de Acuña esclarecido.
ya de Villamediana honor primero,
el que a tan alto asumpto delegido,
süavemente le trató severo;
el de sierpes al fin leño impedido,
el fulminante aun en la vaina acero
la paz solicitaron, que Bretaña,
que deberá, al glorioso Conde, España.
Alma paz, que después establecida
del Velasco, del rayo de la guerra,
la tantos años puerta concluída
abrió al trífico el mar, abrió la tierra;
Iris sancta, que el símbolo ceñida
de la serenidad, a Ingalaterra,
a España en nudo las implica blando,
de los odios recíprocos ovando.
No menos corvo rosicler sereno
el país coronó agradable, donde
en varios de cristal ramos el Reno
las sienas al Océano le esconde;
el belicoso de la Haya seno,
bélgico siempre título del Conde,
tronco del néctar fue, que fatigada
labró la guerra, si la paz no armada.
A la quietud de este rebelde polo

asintió el Duque entonces indulgente,
que por desenlazarle un rato solo,
no ya deponer Marte el yelmo ardiente,
su arco Cintia, su venablo Apolo,
arrimado tal vez, tal vez pendiente
a un tronco éste, aquélla a un ramo fía,
ejercitados el siguiente día.

AL CONDE DE LEMUS, VINIENDO DE SER VIRREY DE NÁPOLES

Florido en años, si en prudencia cano,
riberas del Sebeto, río que apenas
obscurecen sus aguas sus arenas
gran freno moderó tu cuerda mano;
donde mil veces escuchaste en vano
entre los remos y entre las cadenas,
no ya ligado al árbol, las Sirenas
del lisonjero mar napolitano.
Quede en mármol tu nombre esclarecido,
firme a las ondas, sordo a su armonía,
blasón del tiempo, escollo del olvido,
¡oh Águila de Castro!, que algún día
será para escribir tu excelso nido
un cañón de tus alas pluma mía.

DEL CASAMIENTO QUE PRETENDIÓ EL PRÍNCIPE DE GALES CON LA SERENÍSIMA INFANTA MARÍA, Y DE SU VENIDA

Undosa tumba da al farol del día
quien ya cuna le dio a la hermosura,
al Sol que admirará la edad futura,
al esplendor agosto de María.
Real, pues, ave, que la región fría
del Arcturo corona, esta luz pura
solicita no sólo, mas segura,
a tanta lumbre vista y pluma fía.
Bebiendo rayos en tan dulce sfera,
querrá el Amor, querrá el cielo, que cuando
el luminoso objeto sea consorte,
entre castos afectos verdadera
divina luz su ánimo inflamando,
Fénix renazca a Dios, si águila al Norte.

AL MARQUÉS DE GUADALCÁZAR; DE LAS DAMAS DE PALACIO

No os diremos, como al Cid,
que en Cortes no habéis estado,
porque, aunque disimulado,
sé que venís de Madrid.
Señor don Diego, venid
mil veces en hora buena,
y aunque os hayan puesto pena,
haced del Palacio plaza,
si no os ha puesto mordaza
la que os puso en su cadena.
Decidnos, señor, de aquellas
flores y luces divinas,
en Palacio clavellinas
y en el firmamento estrellas;

ángeles que plumas bellas
baten en sus jerarquías,
donde son buenos los días,
pero las noches son malas,
porque al coger de las alas
sienten las plumas muy frías.

Galantísimo señor,
deste cielo, la primera
sea el puerto, y la carrera
de las Indias del Amor;
el más hermoso, el mejor
extremeño serafín
que dio a España Medellín.

¡Dichosa la tierra que
besa el cristal de su pie
en la plata del chapín!
Allí donde entre alhelfes
Guadiana se dilata,
la pluma peinó de plata
con el pico de rubíes
esta de tantos neblíes
garza real perseguida,
ya que en sus flores la anida
el Tajo, glorioso el vuelo,
que en puntas corona el cielo
de ave tan esclarecida.

Si la gloria de Chacón
de la cabeza a los pies
azúcar y almendras es,
dulce será el corazón.

Néctar sus palabras son;
mas sepa quien no lo sabe
que, de agudas flechas grave,
en sus palabras Cupido
como abeja está escondido
en el panal más suave.

A la bellísima Cerda,
para el arco que da enojos,
saetas pide a sus ojos
y a su apellido la cuerda
el niño Dios, porque pierda
la libertad y el juicio
quien se le da en sacrificio.

¡Venturoso el ermitaño
que trajese todo el año
destas cerdas el silicio!
Mucho tiene de admirable
la deidad de Monterrey,
pues al mismo Amor da ley
por lo bello y por lo afable;
cuando dulcemente hable,
cuando dulcemente mire,
¿quién habrá que no suspire?

Cuando corone su frente
de los rayos del Oriente,
¿quién habrá que no se admire?

De la beldad de las Navas,
dice Amor que, cuando mira,
dorados arpones tira
más que tiene en sus aljabas;
las dos, pues, reales pavas
de la Coruña y Belmar
muy bien pueden coronar
el Palacio con sus plumas,
que oscurecen las espumas
del uno y del otro mar.

Aquella belleza rara
que adora el Ebro por diosa,
sol es de Villahermosa,
hermosísimo de cara;
aurora luciente y clara
deste Sol aragonés,
si no naciera después,
fuera su hermana divina;
mas si no es Luna menina,
estrella de Venus es.

De la que nació en el mar
las veneras cunas son,
y su hijo en el blasón
no las hace venerar;
de aquel Fénix singular,
honor de los Pimenteles,
buscad, amantes fieles,
entre estas conchas la perla,
si dejan sus ojos verla,
que son caribes crüeles.

Decidme de aquella dama,
gloria del nombre de Ulloa,
que pues la invidia la loa,
no es bien la calle la Fama;
cuarta Gracia Amor la llama
en el Palacio Real,
y a fe que no dice mal
el Dios que yela y abrasa:
que el título de su casa
y las gracias, todo es sal.

La extranjera soberana
que en las montañas no sólo,
mas en cuanto pisa Apolo
no la desvió Diana;
¡oh, venturosa alemana,
que privas a cualquier hora
con la casta cazadora,
dichoso el que en ti aventura
el logro de tu hermosura
y el favor de tu señora!

Aquel resplandor rosado
de la luz que al mundo viene,
aunque es Alvarado, tiene
más de Alba que de Alvarado;
no amanece, y da cuidado
a los dulces ruiseñores,

que esperan entre las flores
saludar al rayo nuevo
del lucidísimo Febo,
que ha de dorar los alcores.
Al Mondego dio cristal,
si de oro al Tajo no arena,
doña Beatriz de Villena,
trofeo de Portugal;
y a la que no tiene igual
en hermosura y saber,
gloria, majestad y ser
de los Osorios de Astorga,
Amor dice que le otorga
sus armas y su poder.
Puesta en el brinco pequeño
de Altamira, la mira alta,
hallaréis que él sólo esmalta
cuantas joyas os enseño;
crecerá, y quitará el sueño
a la beldad y a la gala;
en el balcón y la sala
prestará rayos al Sol,
sin que haya ángel español
que no venza ala por ala.
Las blancas tocas, señor,
no perdono de la guarda
mayor, sí, pero gallarda
tanto como la menor;
santo y venerable honor
de mi patria y de su estado,
mas pastora de un ganado
que está convidando al lobo,
yo sé decir, aunque bobo,
que a Argos diera cuidado.

A LA SEÑORA DOÑA ANTONIA DE MENDOZA

Ni a rayo el Sol perdonó,
ni a splendor suyo dorado,
el día que examinado
del cristal por do pasó,
temerario os envistió,
y os solicitó importuno,
sin valor quedando alguno
de vuestros ojos vencido;
si bien alega, corrido,
que fueron dos contra uno.

DON FRANCISCO DE PADILLA, CASTELLANO DE MILÁN

A este que admiramos en luciente,
émulo del diamante, limpio acero,
igual nos le dio España caballero,
que de la guerra Flandes rayo ardiente.
Laurel ceñido, pues, debidamente,
las coyundas le fían del severo
süave yugo, que el lombardo fiero
le impidió sí, no le oprimió la frente.

¿Qué mucho, si frustró su lanza arneses,
si fulminó escuadrones ya su espada,
si conculcó estandartes su caballo?
Del Cambresí lo digan los franceses:
mas no lo digan, no, que en trompa alada,
Musa aun no sabrá heroica celebrallo.

AL MARQUÉS DE AYAMONTE

Alta esperanza, gloria del estado,
no sólo de Ayamonte mas de España,
si quien me da su lira no me engaña,
a más os tiene el cielo destinado.
De vuestra Fama oirá el clarín dorado,
émulo ya del Sol, cuanto el mar baña;
que trompas hasta aquí han sido de caña,
las que memorias han solicitado.
Alma al tiempo dará, vida a la historia
vuestro nombre inmortal, ¡oh digno esposo
de beldad soberana y peregrina!
Corónense estos muros ya de gloria,
que serán cuna y nido generoso
de sucesión real, si no divina.

A DON JERONIMO MANRIQUE, OBISPO DE SALAMANCA, ELECTO DE CÓRDOBA

Huésped sacro, señor, no peregrino,
llegué a vuestro palacio. El cielo sabe
cuánto el deseo hizo más suave
la fatiga del áspero camino.
Mas ¡ay!, qué apriesa en mis alcances vino
la cruda enfermedad, ministro grave
de aquella inexorable en quien no cabe
piedad, si no es de sólo lo divino.
Conseguí la salud por la piadosa
grandeza vuestra. Libre destos daños
piséis del Betis la ribera umbrosa
y, en púrpura teñidos vuestros paños,
concedaos Dios, en senectud dichosa,
en blancas plumas ver volar los años.

SEÑORA DOÑA LUISA DE CARDONA

Señora doña Luisa de Cardona,
del bel donaire y del color quebrado,
así goce el galán iluminado,
y logre la capilla cagalona,
que de su vista queda la persona
con ciertos dolorcillos en un lado,
que, si no son dolores de costado,
son flechas de «el que a nadie no perdona»
Mil ratos he pasado sin sentido
después que Dios no quiere que la vea;
quiero decir, los que pasé durmiendo.
Si ausencia por allá no causa olvido,
cuando en melada trate, o en jalea,
en sus manos mi espíritu encomiendo.

A LAS FIESTAS DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE DON FELIPE DOMÍNICO VÍCTOR, Y A LOS

OBSEQUIOS HECHOS AL EMBAJADOR DE INGLATERRA

Parió la Reina; el Luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde o desatino,
y unas fiestas que fueron tropelías,
al ánglico Legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvinio.
Bautizamos al niño Dominico,
que nació para serlo en las Españas;
hicimos un sarao de encantamento;
quedamos pobres, fue Lutero rico;
mandáronse escribir estas hazañas
a don Quijote, a Sancho, y su jumento.

ÉRASE UNA VIEJA

Érase una vieja
de gloriosa fama
amiga de niñas,
de niñas que labran.
Para su contento
alquiló una casa
donde sus vecinas
hagan sus coladas.
Con la sed de amor
corren a la balsa
cien mil sabandijas
de natura varia,
a que con sus manos,
pues tiene tal gracia
como el unicornio,
bendiga las aguas.
También acudía
la viüda, honrada,
del muerto marido
sintiendo la falta,
con tan grande extremo,
que allí se juntaba
a llorar por él
lágrimas cansadas.

AHORA QUE ESTOY DESPACIO,

Ahora que estoy despacio,
cantar quiero en mi bandurria
lo que en más grave instrumento
cantara, mas no me escuchan.
Arrímense ya las veras
y celébreñse las burlas,
pues da el mundo en niñerías,
al fin, como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
en el coro de mi aldea
cantaba mis aleluyas;
con mi perro y mi hurón

y mis calzas de gamuza,
por ser recias para el campo
y por guardar las velludas,
fatigaba el verde suelo,
donde mil arroyos cruzan
como sierpes de cristal
entre la hierba menuda,
ya cantando orilla el agua,
ya cazando en la espesura,
del modo que se ofrecían
los conejos o las Musas.
Volvía de noche a casa,
dormía sueño y soltura,
no me despertaban penas
mientras me dejaban pulgas;
en la botica otras veces
me daba muy buenas zurras
del triunfo con el Alcalde,
del ajedrez con el Cura;
governaba de allí el mundo,
dándole a soplos ayuda
a las católicas velas
que el mar de Bretaña surcan;
y, hecho otro nuevo Alcides,
trasladaba sus columnas
de Gibraltar a Japón
con su segundo Plus Ultra;
daba luego vuelta a Flandes,
y de su guerra importuna
atribuía la palma,
ya a la fuerza, ya a la industria:
y con el Beneficiado.
que era doctor por Osuna,
sobre Antonio de Lebrija
tenía cien mil disputas.
Argüíamos también,
metidos en más honduras,
si se podían comer
espárragos sin la bula.
Veníame por la plaza
y de paso, vez alguna
para mi compraba pollos,
para mis vecinas turmas.
Comadres me visitaban,
que en el pueblo tenía muchas;
ellas me llaman compadre
y taita sus criaturas.
Lavábanme ellas la ropa,
y en las obras de costura
ellas ponían el dedal
y yo ponía la aguja.
La vez que se me ofrecía
caminar a Extremadura,
entre las más ricas de ellas
me daban cabalgaduras.
A todas quería bien,

con todas tenía ventura,
porque a todas igualaba
como tijera de murtas.
Esta era mi vida, Amor,
antes que las flechas tuyas
me hicieran su terrero
y blanco de desventuras.
Enseñáste me, traidor,
la mañana de San Lucas
en un rostro como almendras,
ojos garzos, trenzas rubias.
Tales eran trenzas y ojos,
que tengo por muy sin duda
que cayera en tentación
un viejo con estangurria.
Desde entonces acá sé
que matas, y que aseguras
que das en el corazón
y que a los ojos apuntas.
Sé que nadie se te escapa,
pues cuando más de ti huya,
no hay vara de Inquisición
que así halle al que tú buscas.
Sé que es tu guerra civil
y se que es tu paz de Judas;
que esperas para batalla
y convidas para justa.
Sé que te armas de diamante
y nos das lanzas de juncia,
y para arneses de vidrio
espada de acero empuñas.
Sé que es la del rey Fineo
tu mesa, y tu cama dura
potro en que nos das tormento;
tu sueño, sueño de grullas.
Sé que para el bien te duermes
y que para el mal madrugas;
que te sirves como grande
y que pagas como mula.
Perdona, pues, mi bonete;
no muestres en él tu furia;
válgame esta vez la Iglesia:
mira que te descomulga.
Levantas el arco, y vuelves
de tus saetas las puntas
contra los que sus juicios
significan bien sus plumas;
mas con los que ciñen armas
bien callas y disimulas.
De gallina son tus alas,
vete para hideputa.

HANME DICHO, HERMANAS,

Hanme dicho, hermanas,
que tenéis cosquillas
de ver al que hizo

a Hermana Marica.
Porque no mováis
él mismo os envía
de su misma mano
su persona misma:
digo su aguileña
filomocosía,
ya que no pintada,
al menos escrita;
y su condición,
que es tan peregrina
como cuantas vienen
de Francia a Galicia.
Cuanto a lo primero,
es su Señoría
un bendito zote
de muy buena vida,
que come a las diez
y cena de día,
que duerme en mollido
y bebe con guindas;
en los años mozo,
viejo en las desdichas,
abierto de sienes,
cerrado de encías;
no es grande de cuerpo,
pero bien podría
de cualquier higuera
alcanzaros higas;
la cabeza al uso,
muy bien repartida:
el cogote atrás,
la corona encima;
la frente espaciosa,
escombrada y limpia,
aunque con rincones
cual plaza de villa;
las cejas en arco,
como ballestillas
de sangrar a aquellos
que con el pie firman;
los ojos son grandes,
y mayor la vista,
pues conoce un galgo
entre cien gallinas;
la nariz es corva,
tal, que bien podría
servir de alquitara
en una botica;
la boca no es buena
pero, a mediodía,
le da ella más gusto
que la de su ninfa;
la barba, ni corta
ni mucho crecida,
porque así se ahorran

cuellos de camisa;
fue un tiempo castaña,
pero ya es morcilla;
volveránla penas
en rucia tordilla;
los hombros y espaldas
son tales que habría,
a ser él San Blas,
para mil reliquias;
lo demás, señoras,
que el manteo cobija,
parte son visiones,
parte maravillas.
Sé decir al menos
que en sus niñerías
ni pide a vecinos
ni falta a vecinas.
De su condición
deciros podría,
como quien la tiene
tan reconocida,
que es el mozo alegre,
aunque su alegría
paga mil pensiones
a la melarquía.
Es de tal humor
que en salud se cría
muy sano, aunque no
de los de Castilla;
es mancebo rico
desde las mantillas,
pues tiene (demás
de una sacristía)
barcos en la sierra,
y en el río viñas,
molinos de aceite
que hacen harina,
un jardín de flores,
un jardín de flores,
y una muy gran silva
de varia lección,
adonde se crían
árboles que llevan,
despues de vendimias,
a poder de estiércol
pasas de lejía.
Es enamorado
tan en demasía,
que es un mazacote,
que diga un Macías;
aunque no se muere
por aquestas niñas
que quieren con presa
y piden con pinta,
dales un botín,
dos octavas rimas,

tres sortijas negras,
cuatro clavellinas;
y a las damicelas
más graves y ricas
costosos regalos,
joyas peregrinas;
porque para ellas
trae cuanto de Indias
guardan en sus senos
Lisboa y Sevilla;
tráeles de las huertas
regalos de Lima,
y de los arroyos
joyas de la China.
Tampoco es amigo
de andar por esquinas
vestido de acero,
como de palmilla;
porque, para él,
de la Ave María
al cuarto de la alba
anda la estantigua;
y porque a su abuela
oyó que tenían
los de su linaje
no más de una vida,
así, desde entonces,
la conserva y mira
mejor que oro en paño
o pera en almíbar;
no es de los curiosos
a quien califican
papeles de nuevas
de estado o milicia;
porque son (y es cierto
que el Bernia lo afirma)
hermanas de leche
nuevas y mentiras;
no se le da un bledo
que el otro le escriba,
o dosel le cubra
o adórnele mitra;
no le quita el sueño
que de la Turquía
mil leños esconda
el mar de Sicilia,
ni que el Inglés baje
hacia nuestras islas,
después que ha subido
sobre quien le envía.
Es su Reverencia
un gran coronista,
porque en Salamanca
oyó teología,
sin perder mañana
su lección de prima,

y al anochecer
lección de sobrina;
y así es, desde entonces;
persona entendida
si a su oído tañen
una chirimía;
de las demás lenguas
es gran humanista,
señor de la griega
como de la scithia;
tiene por más suya
la lengua latina
que los alemanes
la persa o la egipcia;
habla la toscana
con tal policía,
que quien le oye, dice
que nació en Coímbra;
y en la portuguesa
es tal que dirías
que mamó en Logroño
leche de borricas;
de la Cosmografía
pasó pocas millas,
aunque oyó al Infante
las Siete Partidas;
y así entiende el mapa
y de sus medidas,
lo que el mapa entiende
del mal de la orina;
sabe que en los Alpes
es la nieve fría,
y caliente el fuego
en las Filipinas;
que nació Zamora
del Duero en la orilla,
y que es natural
Burgos de Castilla;
que desde la Mancha
llegan a Medina
más tarde los hombres
que las golondrinas;
es hombre que gasta
en astrología
toda su pobreza
con su picardía;
tiene su astrolabio
con sus baratijas,
su compás y globos
que pesan diez libras;
conoce muy bien
las Siete Cabrillas,
la Bocina, el Carro
y las tres Marías;
sabe altar figura,
si halla por dicha

o rey, o caballo
o sota caída;
es fiero poeta,
si le hay en la Libia,
y cuando le toma
su mal de poesía
hace verso suelto
con Alejandría,
y con algarrobas
hace redondillas;
compone romances
que cantan y estiman
los que cardan paños,
y ovejas desquilan;
y hace canciones
para su enemiga,
que de todo el mundo
son bien recibidas:
pues en sus rebatos
todo el mundo limpia
con ellas de ingleses
a Fuenterrabía;
finalmente él es,
señorazas mías,
el que dos mil veces
os pide y suplica
que con los gorriones
de las plumas rizas
os hagáis gorronas
y os mostréis arpías;
que no sepultéis
el gusto en capillas,
y que a los bonetes
queráis las bonitas.

HERMANO PERICO

Hermano Perico,
que estás a la puerta
con camisa limpia
y montera nueva,
sayo alagartado,
jubón de las fiestas,
zapatos de dura,
de lazos y orejas;
calzas atacadas
de gamuza, y medias
de color de bayo,
con sus rodilleras:
mi hermano Bartolo
se va a Ingalaterra,
a matar al Draque
y a prender la Reina,
y a los Luteranos
de la Vandomesa.
Tiene de traerme
a mí de la guerra

un luteranico
con una cadena,
y una luterana
a señora agüela.
Vámonos yo y tú
para la azotea:
desde allí veremos
a las lejas tierras,
los montes y valles,
los campos y sierras;
mas, si allá nos vamos,
diré una conseja
de la blanca niña
que tomó la griega.
Yo tengo una poca
de miel y manteca,
turrón de Alicante
y una piña nueva:
haremos de todo
cochaboda y buena.
Dorotea, vamos
a pasar la siesta,
y allá jugaremos
donde no nos vean;
harás tú la niña,
y yo la maestra;
veré tu dechado,
labor y tarea;
haré lo que suele
hacer la maestra
con la mala niña
que su labor yerra.
Tengo yo un cochito
con sus cuatro ruedas,
en que tú rodando
llevés tus muñecas;
un peso de limas,
hecho de dos medias,
y un corre-verás
que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
seora Dorotea,
tendré un caballito,
daré mil carreras;
tú saldrás a verme
por entre las rejas,
casarme he contigo
y habrá boda y fiesta;
dormiremos juntos
en cama de seda,
y haremos un niño
que vaya a la escuela.

ESCUCHADME UN RATO ATENTOS,

Escuchadme un rato atentos,
cudiciosos noveleros,

pagadme de estas verdades
los portes en el silencio.
Del Nuevo Mundo os diré
las cosas que me escribieron
en las zabras, que allegaron
cuatro amigos chichumecos.
Dicen que es allá la tierra
lo que por acá es el suelo,
muy abundante de minas
porque lo es de conejos.
Que andaban los naturales
desnudos por los desiertos,
pero que ya andan vestidos,
si no es el que se anda en cueros.
Que comían carne cruda,
pero que ya en este tiempo
la cuecen y asan todos,
si no es el mujeriego.
Que no hay zorras en ayunas,
y que hay monas en bebiendo,
y que hay micos que preguntan
«¿Véseme el rabo de lejos?».
Que hay unos gamos abades,
y unos bien casados ciervos,
según picos de bonetes,
y garcetas de sombreros.
Que hay unos fieros leones,
digo fieros, por sus fieros;
que son leones de piedra
desatados en sus hechos.
Que hay unas hermosas grullas,
que darán por vos el sueño
si les ocupáis las manos
con un diamante de precio.
Que hay también unas cigüeñas
que anidan en monasterios,
largas por eso de pico,
y de honrar torres de viento.
Que hay unas bellas picazas
vestidas de blanco y negro
cuya música es palabras,
y cuyo manjar es necios.
Que hay unas gatas que logran
lo mejor de sus eneros
con gatos de refitorios
y con gatos de dineros.
Que hay unas tigres que dan
con manos de vara, y menos,
tal bofetón a una bolsa,
que escupe las muelas luego.
Que andan unos avestruces
que saben digerir hierros
de hijas, y de mujeres:
¡oh, qué estómagos tan buenos!
Que hay unas vides que abrazan
unos ricos olmos viejos

porque sustentan sus ramas
sus cudiciosos sarmientos.
Que hay en aquellas dehesas
un toro... Mas luego vuelvo,
y quédese mi palabra
empeñada en el silencio.

SI SUS MERCEDES ME ESCUCHAN,

Si sus mercedes me escuchan,
les contaré a sus mercedes
no las hazañas del Cid,
ni de Zaida los desdenes,
sino más de cuatro cosas
que sé yo que se cometen,
o se dejan de hacer
por el decir de las gentes.

Sale el otro cazador,
o Rodamonte de liebres,
o Bravonel de perdices,
vestido de necio y verde,
y si se siente cansado
su ventor, al lugar vuelve
con lo que compró al ventero
por el decir de las gentes.

Aun no echó el cobarde mano
a la de loannes me fecit
cuando se calzan sus pies
las alas de un alfanegue,
y al trasponer de una esquina
da a la capa tres piquetes,
y seis mellas a la espada,
por el decir de las gentes.

Estáse el otro don Tal
desde las doce a las trece
rezando aquella oración
de la mesa sin manteles,
y sálese luego al barrio
escarbándose los dientes
con un falso testimonio,
por el decir de las gentes.

Embolsa el otro escribano
Cien Fernandos e Isabeles
en cien monedas de oro
porque escriba, o porque teste.
y si os ordena un poder,
y vos le dais diez y siete,
os vuelve un maravedí,
por el decir de las gentes.

Hace un doctor dos de claro
de San Andrés a la puente
sin topar aros de casa
(aunque sea año de peste);
es el pienso de su mula
pensar en los alcaceres.
y alquila un sayo de seda
por el decir de las gentes.

Yo canto lo que me dijo
un poeta, cuyas sienes
ciñe el bañado tejón
en las orillas del Betis;
y alguno que me ha escuchado
abrió la boca de un jeme,
tendió la oreja de un palmo
por el decir de las gentes.

DEJAD LOS LIBROS AHORA,

Dejad los libros ahora,
señor licenciado Ortiz,
y escuchad mis desventuras,
que a fe que son para oír.
Yo soy aquel gentilhombre,
digo, aquel hombre gentil,
que por su dios adoró
a un ceguezuelo ruín;
sacrifiquéle mi gusto
no una vez, sino cien mil,
en las aras de una moza
tal cual os la pinto aquí:
El cabello es de un color
que ni es cuarto ni florín,
y la relevada frente
ni azabache ni marfil;
la ceja entre parda y negra,
muy más larga que sutil,
y los ojos más compuestos
que son los de quis vel qui,
entre cuyos bellos rayos
se deriva la nariz,
terminando las dos rosas,
frescas señas de su abril;
cada labio colorado
es un precioso rubí,
y cada diente el aljófara
que el Alba suele vertir;
el aliento de su boca
(todo lo que no es pedir)
mal haya yo, si no excede
al más süave jazmín.
Con su garganta y su pecho
no tienen que competir
el nácar del mar del Sur,
la plata del Potosí;
la blanca y hermosa mano,
hermoso y blanco alguacil
de libertad y de bolsa,
es de nieve y de neblí.
Lo demás, letrado amigo,
que yo os pudiera decir,
por mi fe que me ha rogado
que lo calle el faldellín;
aunque por brújula quiero
(si estamos solos aquí)

como a la sota de bastos
descubriros el botín.
Cinco puntos calza estrechos;
y esto, señor, baste. Al fin,
si hay serafines trigueños,
la moza es un serafín.
Pudo conmigo el color,
porque una vez que la vi
entre más de cien mil blancas,
ella fue el maravedí;
y porque, no sin razón,
el discreto en el jardín
coge la negra violeta
y deja el blanco alhelí.
Dos años fue mi cuidado,
lo que llaman por ahí
los jacarandos, respeto,
los modernos, tahalí;
en cuyos alegres años
desde el ave al perejil,
por esta negra odisea
la bucólica le di.
Sus piezas en el invierno
vistió flamenco tapiz,
y en el verano sus piezas
andaluz guadamecí.
Hoy desechaba lo blanco,
mañana lo carmesí,
hasta que en la Peña Pobre
quedó ermitaño Amadís.
Preguntadlo a mi vestido,
que riéndose de mi
si no habla por la boca
habla por el bocací.
Ya iba quedando en cueros
a la lumbre de un candil,
casi pasando el estrecho
de no tener y pedir,
cuando (Dios en hora buena)
me fue forzoso partir
a la ciudad de la Corte,
a la villa de Madrid.
Comenzó a mentir congojas,
y a suspirar y gemir
más que viuda en el sermón
de su padre fray Martín.
Dijo que acero sería
en esperar y sufrir;
fue después cera, y si acero,
ella se tomó de orín.
Ternísima me pidió
que, ya que quedaba así
la ovejuela sin pastor,
no quedase sin mastín;
y así la dejé un mulato
por espía y adalid,

que me espío a mí en saliendo
y se lo vino a decir.
Dejéla en su antiguo lustre,
y luego que me partí
echó la carnaza afuera;
¡oh maldito borceguí!
Púsome el cuerno un traidor
mercadante corchapín,
que tiene bolsa en Orán
e ingenio en Mazalquivir;
rico es, y mazacote
de los más lindos que vi,
precioso, pero pesado
como palo de Brasil.
¡Oh, interés, y cómo eres
o por fuerza o por ardid,
para los diamantes, sangre,
para los bronces, buril!
Deme Dios tiempo en que pueda
tus proezas escribir,
y quítemelo en buen hora
para los hechos del Cid.
Y vos, tronco a quien abraza
la más lujuriosa vid
que este lagrimoso valle
ha sabido producir,
vivid en sabrosos nudos,
en dulces trepas vivid
siempre juntos, a pesar
de algun loco paladín.

¡QUÉ NECIO QUE ERA YO ANTAÑO,

¡Qué necio que era yo antaño,
aunque hogaño soy un bobo;
mucho puede la razón,
y el tiempo no puede poco!
A fe que dijo muy bien
quien dijo que eran de corcho
casco de caballo viejo
y cascos de galán mozo.
Serví al Amor cuatro años,
que sirviera mejor ocho
en las galeras de un turco,
o en las mazmorras de un moro.
Lisonjas majaba, y celos,
que es el esparto de todos
los majaderos captivos
que se vencen de unos ojos.
De esta dura esclavitud
(hace un año por agosto)
me redimió la merced
de un tabardillo dichoso.
A este mal debo los bienes
que en dulce libertad gozo,
y vame tanto mejor
cuanto va de cuerdo a loco.

Héme subido a Tarpeya
a ver cuál se queman otros
en tan vergonzosas llamas,
que su honor volará en polvo;
y he de ser tan inhumano,
que a quien otra vez piadoso
ayudara con un grito
acudiré con un soplo.

Háganse tontos cenizas,
que con cenizas de tontos
discretos cuelan sus paños,
manchados, pero no rotos.
Quince meses ha que duermo,
porque ha tantos que reposo
sobre piedras como piedra,
sobre plumas como plomo.
No rompen mi sueño celos,
ni pesadumbre mi ocio,
ni serenos mi salud,
ni mi hacienda mal cobro.

Tengo amigos, los que bastan
para andarme siempre solo,
y vame tanto mejor
cuanto va de cuerdo a loco.

Con doblados libros hago
los días de mayo cortos,
las noches de enero breves
por lo lacio y por lo tosco.

Cuando ha de echarme la Musa
alguna ayuda de Apolo,
desatácase el ingenio,
y algunos papeles borro
a devoción de una ausente,
a quien ausente y devoto
con tiernos ojos escribo
y con dulce pluma lloro.
Discreciones leo a ratos
y necesidades respondo
a tres ninfas que en el Tajo
dan al aire trenzas de oro,
y a la que ya vio Pisuerga,
la aljaba pendiente al hombro,
seguir la casta Diana
y eclipsar su hermapo rojo.
Salgo alguna vez al campo
a quitar al alma el moho
y dar verde al pensamiento,
con que purgue sus enojos.
En mi aposento otras veces
una guitarrilla tomo,
que como barbero templo
y como bárbaro toco.
Con esto engaño las horas
de los días perezosos,
y vame tanto mejor
cuanto va de cuerdo a loco.

Pagaba al tiempo dos deudas
que tenía tras de un torno;
mas ya ha días que a la iglesia
del desengaño me acojo;
en cuyo lugar sagrado
me ha comunicado Astolfo
todo el licor de su vidrio
y la razón sus antojos;
con que veo a la Fortuna
de la fábrica de un trono
levantar un cadahalso
para la estatua de un monstro,
y por las calles del mundo
arrastrar colas de potros
a quien de carro triunfal
se apeó en el Capitolio.
Veo pasar como humo
afirmado el tiempo cojo
sobre un cetro imperial
y sobre un cayado corvo.
Después que me conocí
estas verdades conozco,
y vame tanto mejor
cuanto va de cuerdo a loco.

MURMURABAN LOS ROCINES

Murmuraban los rocines
a la puerta de Palacio,
no en sonoros relinchos,
que eso es ya muy de caballos,
sino en bestial idioma.
ni gruñendo ni rifando,
para mejor engañar
las varas de los lacayos.
Cabecijuntos murmuran,
tres a tres y cuatro a cuatro,
de sus amos lo primero,
por más parecer criados.
Un castaño comenzó,
rocín portugués fidalgo,
cuyo pelo es un erizo.
por ser fruta de castaño,
con más paramentos negros
que el rocín de Arias Gonzalo,
que en la cadera y el luto
más es tumba que caballo.
«Sirvo, les dijo, a un ratiño,
Macías enamorado,
tan flaco en la carne él,
como yo en los huesos flaco.
Como un esclavo le sirvo,
aunque nunca me ha herrado
ni la cadera con S
ni la herradura con clavo.
Dos cosas pretende en corte,
y ambas me cuestan mis pasos

la verde insignia de Avis
y un serafín castellano.
Porque en África su abuelo
mató un león cuartanario,
desde una palma subido,
de cuarenta arcabuzazos.
Fatiga tanto al Consejo.
y al Amor fatiga tanto,
que no irá cruzado el pecho
sin ir el rostro cruzado;
porque el padre de la moza
me dicen que le ha jurado
de darle la cruz en leño,
que él pide al Consejo en paño».

Apenas el portugués
acabó sus quejas, cuando
una remendada pía,
de un comiscal cortesano.
mordiéndolo el freno tres veces,
y otras tres humo espirando
(que es cólera, a lo que escriben
autores arrocinos):

«Sirvo -les dice- a un pelón,
que no sólo ha veinte años
que come de aventurero,
mas que duerme de prestado.

Con esta gualdrapa corta,
y tan corta, que ha guardado,
mejor que si fuera cuello,
la medida del dozavo,
la tercia parte me cubre
deste nudoso espinazo,
que puede ser mojonera
de un término pleiteado.

No hay halcón hoy en Noruega,
donde el sol es más escaso,
tan solícito en cebarse
como mi dueño, o mi daño,
que volando pico al viento
sale muy bien santiguado
a escuchar los almireces
de las casas do hacen plato.

Éntrase donde los oye,
limpiándose los zapatos,
y déjame a la pared
pegado como gargajo.

No sé cómo le reciben;
mas si sé que días hartos,
mirándome a mí los pajes
esto salen murmurando:

«Juro a Dios que en el comer,
es el dueño deste haco
sabañón en el invierno,
salpullido en el verano».

Desciende luego tras ellos
a mi pesar, porque al cabo

ya que no hay cebada, hay ocio,
que no es mal pienso el descanso.

Cobíjame los cuadriles
y sale podenqueando
nuevas que el día siguiente
valgan cocido y asado».

De un Procurador de Cortes
habló allí un rocín más largo
que una noche de diciembre
para un hombre mal casado:
«Escuchado he vuestras quejas
con las orejas de un palmo,
y a no sentir yo mis duelos,
sintiera vuestros trabajos.

Diez años tiramos juntos
por toda Tierra de Campos
yo y un tío de Babieca
el carretón de Laín Calvo.

Serví a Condes, serví a Reyes,
hasta que por varios casos
tendimus in Latium, digo,
me miráis tendido y lacio.

Trájome a Madrid mi dueño,
donde apenas hay establo
a do quepa mi largueza,
si no duermo como galgo.

La calle Mayor abrevio,
y la carrera del Prado
desde el copete a la cola
la ocupo, si no la paso.

Como tan largo me ven,
piensan todos los muchachos
que soy algún pasadizo
de la posada a Palacio.

Por descendiente me juzgan
los que me miran de espacio,
en la materia y la forma
de aquel caballo troyano.

Y si como tanto hierro,
como se queja mi amo,
ya que no lo esté de griegos,
estaré lleno de armados.

De noche me quita el freno.
porque dice que le gasto,
y le pongo en cuatro días
como soneto limado».

No le consintió acabar
un extranjero cuartago,
porque entendió que tenía
razones de su tamaño:

«No sirvo -dijo- a pelones,
como vosotros, cuitados,
sino a un extranjero rico,
miserable por el cabo.

Y advertid que siendo aquestos
hombres míseros y avaros,

veréis que se llaman todos
o Césares o Alejandros.
La paja me da por libras,
la cebada por puñados.
Y para engañar mi hambre
este artífice de engaños:
unos antojos me pone
de unos vidrios tan doblados
que hacen de una paja ciento,
y cuatrocientos de un grano.
Pero bien me satisfice
desta burla y deste agravio
un día cuya memoria
a la venganza consagro.
Solía decir, trayéndome
por las caderas la mano:
"Como un banco estás, amigo,
poco te luce el regalo".
Tantas veces me lo dijo.
que una dellas por un lado
le di muy bien a entender
que tenía pies el banco».
Dieron entonces las once,
y al mismo punto dejaron
su plática los rocines,
sus quinolas los lacayos.
Cualquier docto en esta lengua
podrá mañana temprano
ir a escuchar otro poco
las mulas de los letrados.

DESPUNTADO HE MIL AGUJAS

Despuntado he mil agujas
en vestir a moriscote,
ya de puro terciopelo,
ya de aguado chamelote.
No más capellar con cifra
ni más adarga con mote,
que ni yo soy boticario
ni Albayaldos era bote.
Galanes, los que acaudilla
el del arco y del virote,
o tengáis el bozo en flor
o en espinas el bigote,
escuchad los desvaríos
de un poeta monigote
en cuarenta consonantes
destilados del cogote;
escuchad las desventuras
del más triste galeote
que dio en la concha de Venus
las espaldas al azote.
Partir quiere a la visita
de un pastor y sacerdote,
que se casa con su iglesia,
con cuarenta mil de dote.

Alborótale esta ausencia,
y no es mucho le alborote.
que en casa del condenado
suenan mal cuerda y garrote;
porque en otra ida y venida
cierto fullero angelote
a la honra le dio pique
y a la hacienda capote.
Esperando esta pelota
dicen que está un don Pelote,
para que en haciendo él falta,
la toque del primer bote.
Para volar su perdiz
ha jurado un tagarote,
que en viéndole con espuelas
se quitará el capirote;
y cierto amigo, que tiene
su poco de Escariote,
dice que quiere probar
la conserva del pipote.
Conjurado se han los tres
de hacer al pobre zote
vecino de las riberas
de Jarama o de Torote.
¡A las armas, mozalbitos,
que un navío filipote
os espera en el Ferrol!
¡Plegue a Dios que se derrote!
Haced en Ingalaterra
nobilísimo cerote,
reduciendo al calvinista,
saqueando al hugonote;
que sin venir de Bretaña
no puede haber Lanzarote,
aunque sea el que ministra
a Júpiter el zambrote.
Dejad caminar al triste
Macías, o mazacote,
a la ausencia y a los celos
componiendo un estrambote.
Dejadle vuelva a jugar
con su querida en un trote;
él dice que de picado,
yo digo que de guillote.
Dejad que ella en su partida
crezca el mar y el suelo agote.
fingiendo ofender su rostro,
sin darse ni un papirote.
Que le jure que en su ausencia
se vestirá de picote,
se tocará lienzo crudo
y se cubrirá anascote;
y en hábito de culebra
luego otro día se ensote,
donde algún mártir asado
se le sirvan en gigote.

Dejadle, por vida mía,
y de camino se note
que no hay fianza segura
ni posada sin escote.

SALIÉNDOME ESTOTRO DÍA,

Saliéndome estotro día,
candidísimo lector,
a tomar el sol, que hogaño
se usa tomar hasta el sol,
reventando el pensamiento,
de moral alimentó,
como a gusano de seda,
mi necia imaginación.

Baboseando cuidados
-y ajenos, que es lo peor-
hiló su cárcel la simple
en dos horas de reloj.

¡Qué impertinente clausura
y qué propiamente error,
fabricar de ajenos yerros
las rejas de su prisión!
En moneda de piedad,
boberías son de a dos,
que no valen ni aun en plata
un ceutí, aunque sea limón.

Que el vaso de oro en que os sirve
vuestro gusto su licor,
sea penado para mí,
si es glorioso para vos,
caridades excusadas
mía fe son.

Que las flechas veniales
de vuestro mortal amor,
a vos no os pasan el sayo,
me pasen a mí el jubón;
que los halcones del otro
poderoso gran señor,
doliéndome de sus gastos,
los cebe en mi corazón,
caridades excusadas
mía fe son.

Que me duela del taur
lo que hasta el Alba perdió,
riendo la Alba igualmente
su pérdida y mi dolor;
que la viudez me lastime
de la que moza quedó,
si fue el responso del muerto
del vivo amonestación,
caridades excusadas
mía fe son.

Que sienta la ociosidad
del vagabundo doctor,
que herrando nunca su mula,
todas las curas erró;

que a su mujer le dé el palo
un marido, y sude yo
pagándole ella en madera
lo que él en leña le dio,
caridades excusadas
mía fe son.
En este capullo estuvo
el juicio de don Yo
dos horas: lector, «a Dío»
que en bergamasco es «a Dios».

**VEJAMEN QUE SE DIO EN GRANADA A UN SOBRINO DEL ADMINISTRADOR DEL HOSPITAL
REAL, QUE ES LA CASA DE LOS LOCOS**

Tenemos un Doctorando,
discretos y generosos
oidores de las tibiezas,
que con empacho supongo;
tenemos un Doctorando
criado en un Oratorio,
en una casa de orates,
por no decilla de locos;
tan comensal, tan hermano
aun de los más furiosos
que un «orate-fratres» suyo
será pulla para todos.
Este, pues, Doctorandico
quiere, en la octava del Corpus,
por autorizar el suyo,
hacer burla de nosotros.
Hanos convidado a verle,
y creo que lo hacen pocos
de los que le están mirando,
si no se ponen antojos;
Bien es verdad que su Encía
se paga, y aun muy al doblo,
porque no nos puede ver;
y no penséis que es por odio,
sino por la oblicuidad
de sus dos serenos ojos,
tan serenos, que le tienen
romadigado, y con mocos.
Este pues Doctoranduncio
amaneció con golondros
de doctor, una mañana
que se le alteró el meollo.
Pidióle borla el testuzo,
y entre vano y vergonzoso
le dijo a su señor tío:
«Pater noster, yo soy pollo
del huevo que ya empollastes:
con vuestra pluma me honro;
dejadme caer en esta
tentación de semidocto.
Ya que lo soy de la haz,
hacedme del revés tordo,
doctor digo, y sea una borla

Giralda del Capitolio».
Correspondióle su tío,
Y aunque algo escrupuloso
de su talento, a la costa,
jinetes ofreció de oro.
Conócele porque ha sido
del ya menguado auditorio
de sus sermoncicos, uno,
Y no ha querido ser otro.
Conócele, que predica,
reventando muy de toscó,
frusleras italianas
por Monseñor de Bitonto.
Conócele, que no tiene
ni más partes ni más tomo
que las de santo Tomás
y del siempre agudo Scotho.
Conócele, mas la honra
Le hizo decir: «sí otorgo»,
aunque ahora la vergüenza
le tiene como un madroño.
Hamos traído pues, hoy
este nieto de Pus Podos
(por lo cumplido de pies,
según la regla de Antonio)
donde me ha obligado a mí,
por lo que tiene de potro
tortural y aun apretante,
si no de borrico, y romo,
a deciros las verdades
que he callado, y ya conozco,
de este discípulo mío,
de este ya mi oyente sordo.
Lo que trabajé con él
sabelo el santo glorioso
que celebramos hoy pues
quizá quedó menos ronco
de dar voces al desierto,
y de convertir escollos,
que yo de explicarle puntos
que hoy le he de dar por el rostro.
Es tan rudo su merced
que puede sanar él solo
mal de madre, muchos más,
que darlos un alboroto.
Presume con todo eso
su merced de ingenioso,
mas es su ingenio de seda,
que repite para torno,
donde creo que ha torcido
la de este cándido copo,
desta borla blanca digo,
que ha pretendido baboso,
y que ha hilado gusano,
donde se ha de quedar bobo,
que es capullo para unos

lo que es borla para otros.
Concédale, pues, el claustro,
este doctor aladorno;
sirva de tilde la insignia
a la Q. de nuestro coco.
¿Qué hay, señor Q., tilde, qué?
¿Hanle crecido de hombros
dos hebras de seda más
que cuatro dedos de corcho?
¡Vanidad de vanidades!
Tanto levanta del polvo
su mitra a la cogujada
como su capelo al hongo.
Defecto natural suple
mal remedio artificioso.
Mono vestido de seda
nunca deja de ser mono.
Consuélese Voäcé,
y goce en siglos dichosos
el debido honor a estudios
de un Tostado en nuestro horno.
El magisterio romped,
por lo que tenéis de tronco,
los años de las encinas
de nuestro romano soto.
Seáis por lo autorizado
mucho más grave que el plomo,
metal que igualmente ignora
la facilidad y el moho.
Hágaos por bienquisto el vulgo
el mismo aplauso que a un toro.
Víctor os aclamen letras
de escolástico, y redondo.
Tan pegado a las paredes
viváis, que algún envidioso
os repuje algún suspiro
cuando no os diga un responso.
Sonando al fin vuestro nombre
desde el Cancro al Capricornio,
trompas de la fama digan
que se gradúan ya trompos.

AL PIE DE UN ÁLAMO NEGRO,

Al pie de un álamo negro,
y más que negro bozal,
pues ha tanto que no sabe
sino gemir o callar,
algo apartado de Esgueva,
porque el sucio Esgueva es tal
que ni aun los álamos quieren
dalle sus pies a besar,
estaba en lo más ardiente
de un día canicular,
entre dos cigarras, que
le cantan el sol que fa,
un Miércoles de Ceniza,

vestido de humanidad,
a cuya mesa ayunaran
los Martes de Carnaval,
un hidalgo introduciendo
en las cuchilladas paz
de un follado incorregible,
puesto que mayor de edad;
que la vejez de unas calzas
desgarros contiene más
que la juventud traviesa
del cantado Escarramán.
Repararlas pretendía,
si se pueden reparar
cuchilladas tan mortales
con una aguja no más.
¡Mecánica valentía!,
bien que su temeridad
le va entrando en un confuso
laberinto criminal,
donde fincará, no obstante
que con fin particular
envaine su dedo el mismo
dedalísimo dedal,
porque le ha metido el hilo,
y ha de quedarse, o andar
requiriendo a fojas ciento
las verdes bragas de Adám.
Congójale esto de suerte,
que desatado nos da
lo Rengifo en el sudor
a veinte mil el millar;
porque el sudor de un hidalgo
todo ha de ser calidad,
tanto que su escaipín diga
a cien pasos el solar.
Mayores el Sol hacía
las sombras del árbol ya,
cuando el prado pisó alegre
la postrada del lugar,
Temiendo, pues, que la gente
no gustase de pasar
por las que fueron calzadas
a vista del arrabal,
justicia en dos puntos hecho
sin vara de tafetán,
por lo menos llama cuantos
de latón esbirros trae,
alfileres que le prendan
lo que pendiendo de atrás
nos hacía su pendencia
sentir no bien y ver mal.
Consiguiólo, y atacando
las que por su antigüedad
primadas fueran de España
a mi voto en Portugal,
a solicitar se fue

dos mulas de cordobán,
que le hierran de ramplón
vecinos de Fregenal.
Infante quiere seguir
a los Principes, que irán
con Su Majestad a Irún
el octubre que vendrá.
Previene, pues, carruaje;
no alegue anterioridad,
cualque Marqués de Alfarache
o Conde de Rabanal.
Porque si no Montesino,
montañés desea catar
a Francia, y con el de guisa
tener estrecha amistad;
que tanta hambre, no sólo
cata a París la ciudad,
sino a la Mesa Redonda
do los Doce comen pan.
Penetrar quiere aquel reino,
pues a la necesidad
debe cuanto lemosino
en Francia puede gastar;
seguro de encontrar nones
donde tantos Pares hay,
si ya no es que en latín
son más francos que en vulgar.
No está España para pobres,
donde esconde cada cual
en el arca de No he
lo que vais a demandar.
Las espaldas vuelven todos
al pedir, con priesa tal,
que al que buscares con peto
le hallarás con espaldar.
Esto, pues, hará a Rengifo.
Llevando más de real
en las venas que en la bolsa,
seguir a Su Majestad.

LETRILLA SATÍRICA [En realidad, romance]

Todo se murmura,
y la culpa toda
tiene la malicia,
fondo en invidiosa.
Luce un caballero
con hacienda poca,
anda otro más rico
su persona sola.
Ríense los dos,
la razón les sobra,
de que el uno gaste,
de que el otro esconda.
Ríese la zorra,
búrlase la mona,
de que le falte cola,

de que le sobre cola.

¡MAL HAYA EL QUE EN SEÑORES IDOLATRA

¡Mal haya el que en señores idolatra
y en Madrid desperdicia sus dineros,
si ha de hacer al salir una mohatra!

Arroyos de mi huerta lisonjeros:
(¿lisonjeros?, mal dije, que sois claros)
Dios me saque de aquí y me deje veros.
Si corréis sordos, no quiero hablaros,
mejor es que corráis murmuradores,
que llevo muchas cosas que contaros.
Tenedme, aunque es otoño, ruiseñores,
ya que llevar no puedo ruicriados,
que entre pámpanos son lo que entre flores.

Si yo tuviera veinte mil ducados,
tiplones convocara de Castilla,
de Portugal bajetes mermelados.

Y a fe que a la pagísima capilla,
tiörbas de cristal, vuestras corrientes
prestaran dulces en su verde orilla.
Pájaros suplan pues faltas de gentes,
que en voces, si no métricas, sùaves,
consonancias desaten diferentes;
si ya no es que de las simples aves
contiene la república volante
poetas, o burlescos sean o graves;
y cualque madrigal sea elegante,

(librándome el lenguaje en el concento)
el que algún culto ruiseñor me cante;
prodigio dulce que corona el viento,
en unas mismas plumas escondido
el músico, la musa, el instrumento.

¿Mas dónde ya me había divertido,
risueñas aguas, que de vuestro dueño
os habéis con razón siempre reído?
Guardad entre esas guijas lo risueño
a este dómine bobo, que pensaba
escaparse de tal por lo aguileño,
celebrando con tinta, y aun con baba,
las fiestas de la Corte, poco menos
que hacérselas a Judas con octava.

Cantar pensé en sus márgenes amenos
cuantas Dianas Manzanares mira,
a no romadizarme sus Sirenos.

La lisonja, con todo, y la mentira,
(modernas Musas del Ausonio coro),
las cuerdas le rozaron a mi lira.

¿Valió por dicha al leño mío canoro
(si puede ser canoro leño mío),
clavijas de marfil o trastes de oro?
Sequedad le ha tratado como a río;
puente de plata fue que hizo alguno
a mi fuga, quizá de su desvío.

No más, no, que aun a mí seré importuno,
y no es mi intento a nadie dar enojos,

sino apelar al pájaro de Juno.
Gastar quiero de hoy más plumas con ojos,
y mirar lo que escribo. El desengaño
preste clavo y pared a mis despojos.
La adulación se queden, y el engaño,
mintiendo en el teatro, y la esperanza
dando su verde un año y otro año:
que si en el mundo hay bienaventuranza.
a la sombra de aquel árbol me espera,
cuyo verdor no conoció mudanza.
Su flor es pompa de la Primavera,
su fruto, o sea lo dulce o sea lo acedo,
en oro engasta, que al romperlo es cera.
Allí el murmurio de las aguas ledo,
ocio sin culpa, sueño sin cuidado
me guardan, si acá en polvos no me quedo,
molido del dictamen de un letrado
en la tahona de un relator, donde
siempre hallé para mí el rocín cansado.
Dichoso el que pacífico se esconde
a este civil rüido y, litigante,
o se concierta o por poder responde,
sólo por no ser miembro corteggiante
de sierpe prodigiosa que camina
la cola, como el gámbaro, delante.
¡Oh Soledad, de la quietud divina
dulce prenda, aunque muda, ciudadana
del campo y de sus Ecos convecina!
Sabrosas treguas de la vida urbana,
paz del entendimiento, que lambica
tanto en discursos la ambición humana:
¡Quién todos sus sentidos no te aplica!
Ponme sobre la mula, y verás cuanto
más que la espuela esta opinión la pica.
Sea piedras la corona, si oro el manto
del Monarca supremo; que el prudente
con tanta obligación no aspira a tanto.
Entre pastor de ovejas y de gente
un político medio le conduce
del pueblo a su heredad, de ella a su fuente.
Sobre el aljófár que en las hierbas luce,
o se reclina, o toma residencia
a cada vara de lo que produce.
Tiéndese, y con debida reverencia
responde, alta la gamba, al que le escribe
la expulsión de los moros de Valencia.
Tan ceremoniosamente vive,
sin dársele un cuatrín de que en la Corte
le den título a aquel, o el otro prive.
No gasta así papel, no paga porte
de la gaceta que escribió las bodas
de doña Calamita con el Norte.
Del estadista y sus razones todas
se burla, visitando sus frutales,
mientras el ambicioso sus vaivodas.
No pisa pretendiente los umbrales

del que trae la memoria en la pretina,
pues de ella penden los memoriales.

El margen de la fuente cristalina
sobre el verde mantel que da a su mesa
platos le ofrece de esmeralda fina.

Sírvele el huerto con la pera gruesa,
émula en el saber, y no comprada
de lo más cordial de la camuesa.

A la gula se queden la dorada
rica vajilla, el bacanal estruendo;
mas basta, que la mula es ya llegada.
¡A tus lomos, oh rucia, me encomiendo!

POR NIÑEAR, UN PICARILLO TIERNO,

Por niñear, un picarillo tierno,
hurón de faltriqueras, sutil caza,
a la cola de un perro ató por maza
(con perdón de los clérigos), un cuerno.

El triste perrinchón, en el gobierno
de una tan gran carroza se embaraza,
gritale el pueblo, haciendo de la plaza
(si allá se alegran), un alegre infierno.

Llegó en esto una viuda mesurada,
que entre los signos, ya que no en la gloria,
tiene a su esposo, y dijo: «Es gran bajeza
que un gozque arrastre así una ejecutoria
que ha obedecido tanta gente honrada,
y se la ha puesto sobre su cabeza».

GRANDES, MÁS QUE ELEFANTES Y QUE ABADAS,

Grandes, más que elefantes y que abadas,
títulos liberales como rocas,
gentiles hombres, sólo de sus bocas,
ilustri cavaglier, llaves doradas;
hábitos, capas digo remendadas,
damas de haz y envés, viudas sin tocas,
carrozas de ocho bestias, y aun son pocas
con las que tiran y que son tiradas;
catarriberas, ánimas en pena,
con Bártulos y Abades la milicia,
y los derechos con espada y daga;
casas y pechos todo a la malicia,
lodos con perejil y yerbabuena:
esto es la Corte. ¡Buena pro les haga!

LLEGUÉ A VALLADOLID; REGISTRÉ LUEGO

Llegué a Valladolid; registré luego
desde el bonete al clavo de la mula;
guardo el registro, que será mi bula
contra el cuidado del señor don Diego.
Busqué la Corte en él, y yo estoy ciego
o en la ciudad no está o se disimula.

Celebrando dietas vi a la gula,
que Platón para todos está en griego.

La lisonja hallé y la ceremonia
con luto, idolatrados los caciques,

amor sin fe, interés con sus virotos.
Todo se halla en esta Babilonia:
como en botica grandes alambiques,
y más en ella títulos que botess

DE CHINCHES Y DE MULAS VOY COMIDO;

De chinches y de mulas voy comido;
las unas culpa de una cama vieja,
las otras de un Señor que me las deja
veinte días y más, y se ha partido.
De vos, madera anciana, me despido,
miembros de algún navío de vendeja,
patria común de la nación bermeja,
que un mes sin deudo de mi sangre ha sido.
Venid, mulas, con cuyos pies me ha dado
tal coz el que quizá tendrá mancilla
de ver que me coméis el otro lado.
A Dios, Corte envainada en una villa,
a Dios, toril de los que has sido prado,
que en mi rincón me espera una morcilla.

SEÑORES CORTEGGIANTES, ¿QUIÉN SUS DÍAS

Señores corteggiantes, ¿quién sus días
de cudicioso gasta o lisonjero
con todos estos príncipes de acero,
que me han desempedrado las encías?
Nunca yo tope con Sus Señorías,
sino con media libra de carnero,
tope manso, alimento verdadero,
de Jesuítas sanctas Compañías.
Con nadie hablo, todos son mis amos,
quien no me da, no quiero que me cueste:
que un árbol grande tiene gruesos ramos.
No me pidan que fie ni que preste,
sino que algunas veces nos veamos,
y sea el fin de mi soneto éste.

QUE PIDA A UN GALÁN MINGUILLA

Que pida a un galán Minguilla
cinco puntos de jervilla,
bien puede ser;
mas que calzando diez Menga,
quiera que al justo le venga,
no puede ser.
Que se case un don Pelote
con una dama sin dote,
bien puede ser;
mas que no dé algunos días
por un pan las damerías,
no puede ser.
Que la viuda en el sermón
dé mil suspiros sin son,
bien puede ser;
mas que no los dé a mi cuenta
porque sepan do se sienta,
no puede ser.

Que esté la bella casada,
bien vestida y mal celada,
bien puede ser;
mas que el bueno del marido
no sepa quién dio el vestido,
no puede ser.

Que anochezca cano el viejo,
y que amanezca bermejo,
bien puede ser;
mas que a creer nos estreche
que es milagro, y no escabeche,
no puede ser.

Que se precie un don Pelón
que se comió un perdigón,
bien puede ser;
mas que la bisnaga honrada
no diga que fue ensalada,
no puede ser.

Que olvide a la hija el padre
de buscalte quien le cuadre,
bien puede ser;
mas que se pase el invierno
sin que ella le busque yerno,
no puede ser.

Que la del color quebrado
culpe al barro colorado,
bien puede ser;
mas que no entendamos todos
que aquestos barroes son lodos,
no puede ser.

Que por parir mil loquillas
enciendan mil candelillas,
bien puede ser;
mas que público o secreto
no haga algún cirio efecto,
no puede ser.

Que sea el otro letrado
por Salamanca aprobado,
bien puede ser;
mas que traiga buenos guantes
sin que acudan pleiteantes,
no puede ser.

Que sea médico más grave
quien más aforismos sabe,
bien puede ser;
más que no sea más experto
el que más hubiere muerto,
no puede ser.

Que acuda a tiempo un galán
con un dicho y un refrán,
bien puede ser;
mas que entendamos por eso
que en Floresta no está impreso,
no puede ser.

Que oiga Menga una canción
con piedad y atención,

bien puede ser;
mas que no sea más piadosa
a dos escudos en prosa,
no puede ser.
Que sea el Padre Presentado
predicador afamado,
bien puede ser;
mas que muchos puntos buenos
no sean estudios ajenos,
no puede ser.
Que una guitarrilla pueda
mucho después de la queda,
bien puede ser;
mas que no sea necedad
despertar la vecindad,
no puede ser.
Que el mochilero o soldado
deje su tercio embarcado,
bien puede ser;
mas que le crean de la guerra
porque entró roto en su tierra,
no puede ser.
Que se emplee el que es discreto
en hacer un buen soneto,
bien puede ser;
mas que un menguado no sea
el que en hacer dos se emplea,
no puede ser.
Que quiera una dama esquiva
lengua muerta y bolsa viva,
bien puede ser;
mas que halle sin dar puerta
bolsa viva y lengua muerta,
no puede ser.
Que el confeso al caballero
socorra con su dinero,
bien puede ser;
mas que le dé porque presta
lado el día de la fiesta,
no puede ser.
Que junte un rico avariento
los doblones ciento a ciento,
bien puede ser;
mas que el sucesor gentil
no los gaste mil a mil,
no puede ser.
Que se pasee Narciso
con un cuello en paraíso,
bien puede ser;
mas que no sea notorio
que anda el cuerpo en pulgatorio,
no puede ser.

SI LAS DAMAS DE LA CORTE

Si las damas de la Corte
quieren por dar una mano

dos piezas del toledano,
y del milanés un corte,
mientras no dan otro corte,
busquen otro,
que yo soy nacido en el Potro.

Si por unos ojos bellos.
que se los dio el cielo dados,
quieren ellas más ducados
que tienen pestañas ellos,
alquilen quien quiera vellos,
y busquen otro,
que yo soy nacido en el Potro.

Si un billete cada cual
no hay tomallo ni leello,
mientras no le ven por sello
llevar el cuño real,
damas de condición tal,
busquen otro,
que yo soy nacido en el Potro.

Si a mi demanda y porfía,
mostrándose muy honestas,
dan más recias las respuestas
que cañones de crujía,
para tanta artillería
busquen otro,

que yo soy nacido en el Potro.
Si algunas damas bizarras
(no las quiero decir viejas),
gastan el tiempo en pellejas,
y ellas se aforran en garras,
vayan al Perú por barras,
y busquen otro,

que yo soy nacido en el Potro.
Si la del dulce mirar
ha de ser con presunción,
que ha de acudir a razón
de a veinte mil el millar,
pues fue el mío de al quitar,
busquen otro,

que yo soy nacido en el Potro.
Si se precian por lo menos
de que Duques las recuestan,
y a Marqueses sueño cuestan
y a Condes muchos serenos,
a servidores tan llenos
huélalos otros,

que yo soy nacido en el Potro.

SI EN TODO LO CAGO

Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?
Labréla mi despecho
una pieza mala,
no pude hacer sala,
y cámara he hecho;

quedará sin techo,
y el cuerpo vacío,
que un servidor mío
cual banco quebró,
y me recibió
peor que una daga.
Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?
Camisas corté,
y ante todas cosas,
de mil mariposas
las faldas labré;
si mal hecho fue,
la aguja lo ha hecho,
cuyo ojo es estrecho
para seda floja,
y dame congoja
que el lienzo se estraga.

Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?
Presentóme quien
mis gustos regula,
con higos de Mula.,
pasas de Lairén;
de Lisboa también
cuanto tiene nombre,
y el asno del hombre
rompió de una coz
barros de Estremoz,
conservas de Braga.
Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?
Salí con trabajo
de mi casa un día,
a hora que corría
grande aire de abajo;
el aire me trajo
un papel con porte,
que a un ciego en la Corte
fue (salve su honor)
alcoholador,
si no fue bisnaga.
Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?
Corriendo inquieta,
un día caí;
con el ojo di
en parte secreta;
olí cual mosqueta,
aunque no tan bien,
regada de quien
mis servicios niega,

y a la flor que riega
mil servicios paga.
Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?
Aire creo que es
con flaqueza extraña
quien me ha hecho caña,
y flauta después;
órgano con pies,
que sin saber dónde,
organista esconde,
fuelle y follador;
del Papa al pastor
es bien satisfaga.
Si en todo lo cago
soy desgraciada,
¿Qué quiere caga?

CLAVELLINA SE LLAMA LA PERRA;

Clavellina se llama la perra;
quien no lo creyere, bájese a olella.
No tiene el soto ni el valle
tan dulce olorosa flor,
que todo es aire su olor,
comparado con su talle;
alábenla, y cuando calle
pongan todos lengua en ella.
Clavellina se llama la perra;
quien no lo creyere, bájese a olella.
Dios se lo perdone a quien
Clavellina la llamó;
Palma la llamara yo
y los que la han visto bien,
porque rellena la ven
de dátiles toda ella.
Clavellina se llama la perra;
quien no lo creyere, bájese a olella.
No hay cosa que así consuele,
porque, si no se me antoja,
otras huelen por la hoja,
y ésta por el ojo huele;
gusto da más que dar suele
otra clavellina bella.
Clavellina se llama la perra;
quien no lo creyere, bájese a olella.

UN BUHONERO HA EMPLEADO

Un buhonero ha empleado
en higas hoy su caudal,
y aunque no son de cristal,
todas las ha despachado;
para mí le he demandado,
cuando verdades no diga,
una higa.
Al necio, que le dan pena

todos los ajenos daños,
y aunque sea de cien años,
alcanza vista tan buena,
que ve la paja en la ajena
y no en la suya dos vigas,
dos higas.

Al otro, que le dan jaque
con una dama atreguada,
y más bien peloteada
que la Coruña del Draque,
y fiada del zumaque,
le desmiente tres barrigas,
tres higas.

Al marido, que es ya llano
sin dar un maravedí,
que le hinche el alholí
su mujer cada verano,
si piensa que grano a grano
se lo llegan las hormigas,
cuatro higas.

Al que pretende más salvas
y ceremonias mayores
que se deben, por Señores,
a los Infantados y Albas,
siendo nacido en las malvas
y criado en las ortigas,
cinco higas.

Al pobre pelafustán
que de arrogancia se paga,
y presenta la bisnaga
por testigo del faisán,
viendo que las barbas dan
testimonio de las migas,
seis higas.

Al que de sedas armado,
tal para Cádiz camina,
que ninguno determina
si es bandera o si es soldado,
de su voluntad forzado,
llorado de sus amigas,
siete higas.

Al mozuelo, que en cambray,
en púrpura y en olores,
quiere imitar sus mayores,
de quien hoy memorias hay,
que los sayos de contray
aforraban en lorigas,
ocho higas.

Al bravo que echa de vicio,
Y en los corrillos blasona
que mil vidas amontona
a la muerte en sacrificio,
no teniendo del oficio
más que mostachos y ligas,
nueve higas.

Al pretendiente engañado,

que puesto que nada alcanza,
da pistos a la esperanza
cuando más desesperado,
figurando ya granado
el fruto de sus espigas,
diez higas.

CADA UNO ESTORNUDA

Cada uno estornuda
como Dios le ayuda.
Sentencia es de Bachilleres,
después que se han hecho piezas,
que cuantas son las cabezas
tantos son los pareceres;
en materia de mujeres
se desboca esta sentencia,
que hay espuelas de licencia,
sin haber freno de duda.

Cada uno estornuda
como Dios le ayuda.
Cánsase el otro doncel
de querer la otra doncella,
que es bella, y deja de vella
por una madre crüel;
y apenas se cansa él,
cuando sobra quien le cuadre,
porque para un mal de madre
cien escudos son la ruda.

Cada uno estornuda
como Dios le ayuda.
Este no tiene por bueno
el amor de la casada,
porque es dormir con espada,
y la víbora en el seno;
aquel del cercado ajeno
le es la fruta más sabrosa,
y coge mejor la rosa
de la espina más aguda.

Cada uno estornuda
como Dios le ayuda.
Muchos hay que dan su vida
por edad menos que tierna,
y otros hay que los gobierna
edad más endurecida;
cuál flaca y descolorida,
cuál la quiere gorda y fresca,
porque Amor no menos pesca
con lombriz que con ayuda.

Cada uno estornuda
como Dios le ayuda.

YA DE MI DULCE INSTRUMENTO

Ya de mi dulce instrumento
cada cuerda es un cordel,
y en vez de vihuela, él
es potro de dar tormento;

quizá con celoso intento
de hacerme decir verdades,
contra estados, contra edades,
contra costumbres al fin;
no las comente el ruin
ni las tuerza el enemigo,
y digan lo que yo lo digo.
Si el pobre a su mujer bella
le da licencia que vaya
a pedir sobre la saya,
y le dan debajo della:
¿Qué gruñe? ¿Qué se querella?
¿Qué se burlan dél los ecos?
¿Y qué teme en años secos
si el necio a su casa lleva
quien en años secos llueva?
Coja, pues, en paz su trigo;
y digan lo que yo lo digo.
De veinte y cuatro quilates
es como un oro la niña,
y hay quien le dé la basquiña
y la sarta de granates:
tiénelo por disparates
su madre y búrlase dello;
mas él se los echa al cuello,
porque el mismo fruto espera
que han de hacer, que en la higuera
las sargas de cabrahigo;
y digan lo que yo lo digo.
El mercader, si es lo mismo
con vara y pluma en la mano
condenarse en castellano
que irse al infierno en guarismo,
desátenme el silogismo
sus pulgadas y sus ceros,
su conciencia y sus dineros,
y tengan por cosa cierta
que si le cierran la puerta
en el cielo no hay postigo;
y digan lo que yo lo digo.
Ver sus tocas blanquear
a la viuda, eso me mueve
que ver cubierto de nieve
el puerto del Muladar;
déjase a solas pasar
de cualquiera forastero,
o peón o caballero;
y con sus amigas llora
a su esposo la señora
como la Cava a Rodrigo;
y digan lo que yo lo digo.
Viendo el escribano que
dan a su legalidad,
por ser poco el de verdad,
nombre las leyes de fe,
su pluma sin ojos ve,

y su bolsa, aunque sin lengua,
por la boca crece o mengua
las razones del culpado,
la bolsa hecha abogado,
la pluma hecha testigo;
y digan lo que yo lo digo.
Como consulta la dama
con el espejo su tez,
¿no consultará una vez
con la honestidad su fama?
Áspid al vecino llama
que la muerde el calcañar
cuando sale a visitar
al copete o la corona,
y a los dos no les perdona
desde la joya al bodigo;
y digan lo que yo lo digo.
Milagros hizo, por cierto,
un Alcalde, y lo vi yo,
que siendo vivo le dio
almas de oro a un gato muerto,
y aun es de tanto concierto,
que se iguala y no se ajusta,
y si acaso a doña Justa
algo entre platos le viene,
deja la verdad, y tiene
a Platón por más amigo;
y digan lo que yo lo digo.
Éntrase en vuestros rincones
comadreando la vieja,
bien como la comadreja
en nido de gorriones;
con madejas y oraciones
os quiebra o degüella en suma,
ora en huevos, ora en pluma,
las honras de vuestras hijas;
destas terceras, clavijas
sean las ramas de un quejigo;
y digan lo que yo lo digo.
El doctor mal entendido,
de guantes no muy estrechos,
con más homicidios hechos
que un catalán foragido;
si son de puñal buído
las hojas de su Galeno,
y si partir puede el freno
y el dinero con su mula,
mate, y sírvale de bula
la carta que trae consigo;
y digan lo que yo lo digo.

ALLÁ DARÁS, RAYO,

Allá darás, rayo,
en cas de Tamayo.
De hospedar a gente extraña
o flamenca o ginovés,

si el huésped overo es
y la huéspeda castaña,
según la raza de España,
sale luego el potro bayo.

Allá darás, rayo,
en cas de Tamayo.

De muy grave la viudita
llama padre al Capellán
con quien sus hijos están,
y Amor que la solicita
hace que por padre admita
al que recibió por ayo.

Allá darás, rayo,
en cas de Tamayo.

Alguno hay en esta vida,
que sé yo que es menester
que a su querida mujer
(nunca fuera tan querida)
tomen antes la medida
que a él le corten el sayo.

Allá darás, rayo,
en cas de Tamayo.

Con su lacayo en Castilla
se acomodó una casada;
no se le dio al señor nada,
porque no es gran maravilla
que el amo deje la silla,
y que la ocupe el lacayo.

Allá darás, rayo,
en cas de Tamayo.

Opilóse vuestra hermana
y dióla el doctor su acero;
tráela de otero en otero
menos honesta, y más sana;
dióla por septiembre el mana
y vino a purgar por mayo.

Allá darás, rayo,
en cas de Tamayo.

¿POR QUÉ LLORA LA ISABELITICA?

A- ¿Por qué llora la Isabelitica?

¿Qué chiribica?

B- Cheriba un ochavo de oro.
danme un cualto de pata, y lloro.

A- ¿Quién del Amor hizo bravos
los más dulces desenojos?

¿Quién dio perlas a tus ojos
que no las redima a ochavos?

B- Un viejo de los diábos
que adora y no saquifica.

A- ¿Por qué llora la Isabelitica?

¿Qué chiribica?

B- Ya en paharitos no tato.

Que se los come la gata,
ni en cualtos, aunque de pata
milenta vomite el gato.

A -Pague ese buen viejo el pato,
pues tal polla mortifica.
A- ¿Por qué llora la Isabelitica?
¿Qué chiribica?
B- Serle chero sanguisuela,
pues babosa es para mí.
A- Las venas del Potosí
sabrás chupar, Isabela.
B- Esto mi señora abela
me lo enseñó desde chica.
A- ¿Por qué llora la Isabelitica?
¿Qué chiribica?
B- ¿Es galán? A- Sobre Martín
cae su gala, si lo es.
A- ¿Sírvele con algún tres?
B- Servidor es muy ruín.
A- No hay barbero viejo al fin
que no sea de Malpica.
¿Por qué llora la Isabelitica?
¿Qué chiribica?

UNA MOZA DE ALCOBENDAS

Una moza de Alcobendas
sobre su rubio tranzado
pidió la fe que le he dado,
porque eran de oro las prendas;
concertados sin contiendas
nuestros dulces desenojos,
me pidió sobre sus ojos
por lo menos un doblón;
yo, aunque de esmeralda son,
se le libré en Tremecén.
¿Hice bien?
En el dedo de un doctor
engastado en oro vi
un finísimo rubí,
porque es siempre este color
el antídoto mejor
contra la melancolía;
yo, por alegrar la mía,
un rubí desaté en oro;
el rubí me lo dio Toro,
el oro Ciudad Real.
¿Hice mal?

EN PERSONA DE UN CABALLERO AUSENTE, A UNA DAMA QUE AMENAZABA CON SU VENIDA AL MISMO A QUIEN ÉL LA HABÍA ENCOMENDADO, SENTIDA DE QUE LE HUBIESE DADO AVISO DE SU MALA CORRESPONDENCIA

Con la estafeta pasada
me dio aviso un gentil hombre
que amenazáis con mi nombre
y que matáis con mi espada;
vivís, señora, engañada,
que el amor que os he propuesto
no es hijo de Marte en esto;
antes dél es tan distinto,

que si me habláis en el quinto,
no os he de hablar en el sexto.
Que yo a la verdad resista
cosa me parece fea,
y que noble espada sea
mordaza de un coronista.
Si él fue testigo de vista
escribalo en breve suma,
sépallo el mundo y presuma
que será la espada mía
cuchillo de escribanía
para cortarle la pluma.
Si habéis sido vos malilla
y otro el basto os atraviesa,
y al que os ve el juego y le pesa
le matáis con mi espadilla
buscad, señora, en Castilla
otro triunfo matador,
que al que viere vuestro amor
no tan sólo no le mato,
pero le saco barato:
mientras más viere, mejor.
Yo nací, así os guarde Dios.
por lo necio y por lo firme.
más para por vos morirme
que para matar por vos.
Gasten una flecha o dos
en vengar vuestros antojos,
niños con que dáis enojos;
niños dije, y con razón,
pues si es niño Amor, lo son
las niñas de vuestros ojos.

DE UNAS FIESTAS DE VALLADOLID EN QUE NO SE HALLARON LOS REYES

¿Qué cantaremos ahora,
señora doña Talía,
con que todo el mundo ría
cuando todo el mundo llora?
Inspirádmelo, señora,
y sea novedad que importe;
porque el gusto de la Corte
píde nuevas a un poeta,
muchas más que a una estafeta
con mucho menos de porte.
No hagamos el instrumento
púlpito de pesadumbres:
que esto de enmendar costumbres
es peligroso y violento.
Nuevo dulce pensamiento
rasque cuerdas al laúd;
sea fiscal la virtud
de los vicios, que yo en suma
soy fiador de mi pluma
y alcaide de mi salud.
Cada décima sea un pliego
de casos nuevos; que es bien,

cuando más casos se ven,
hurtalle el estilo a un ciego.
De los toros y del juego
generoso primer caso,
salga el aviso a buen paso:
que hoy, Musa, con pie ligero
del monte Pichardo es quiero,
y no del monte Parnaso.
Juegan cañas, corren toros
cortesanos caballeros,
por lo gallardo Rugeros,
y por lo lindo Medoros,
con vistosos trajes moros;
quién suspende, quién engaña
al gran teatro de España;
quién es todo admiración,
valiente con el rejón
como galán con la caña.
Deseáronse este día
con las reales personas
los rayos de sus coronas
gloriosa infantería;
y las que el cielo nos fía
luces divinas, aquellas
que (si piedras son estrellas),
estrelladas de diamantes,
a unos fueron Bradamantes
a otros Angélicas bellas

MUSAS, SI LA PLUMA MÍA

Musas, si la pluma mía
es vuestro plectro, dejad
ahora aquella deidad
en su casta montería;
y si queréis todavía
el instrumento hacer dardo
contra el corcillo gallardo,
dejad el bosque y venid;
que las calles de Madrid
arrabales son del Pardo.
Venid, Musas, que una res
adonde quiera se mata,
y el que en Indias menos trata,
ese mayor Corzo es;
vuestros numerosos pies
calcen coturnos dorados;
que de las selvas cansados
los Cónsules están ya,
y Venus mandado os ha
parecer en sus estrados.
El más rígido Catón
brujulea a una chacona,
y Lucrecia bien perdona
al baile, pero no al son.
Cosquillas del alma son
y lisonjas del sentido

las dulces burlas que os pido
hoy en la Corte de España;
que Veras en la Montaña
tienen solar conocido.

Ya los melindres están
tan fuertes, que Flordelís
se come entero un anís
como si fuera un gañán;
Blandimarte, su galán
lo diga, cuyos aceros,
o los gasta en confiteros,
o a figones se los debe,
porque ya tanto se bebe,
que el más armado anda en cueros.

Si en casa de un bachiller
de tres hojas de Digesto
entra el otro con mal gesto,
y saca buen parecer,
válganle a su fea mujer
tantas letras, que es dolor
que él le compre el resplandor,
y salgan de su posada,
ella en vista condenada,
y él en costas, que es peor.

Una casa de brocado
de tres altos tiene Dido,
y en cada cual, bien servido,
un Eneas hospedado;
tómales muy bien tomado,
no el puñal, sino el dinero;
que ella ya no toma acero,
y una bolsa es buena daga
cuando a la vela se haga
el troyano forastero.

Una toledana fina
contra un pobre cortesano
desnudó su blanca mano
de la vaina cebellina;
dejósele en una esquina
desnudo como un quejigo;
mas ¿qué mucho?, si yo digo,
y con experiencia harta,
que no hay manos que a su marta
no deban garras y abrigo.

Desde el alba a la oración
pasean la forastera,
como si su casa fuera
la ermita de San Antón;
y es el mal, que es un figón
el paseado también,
y en la calle no lo ven,
porque anda trasero y bajo,
que ginoveses y el Tajo
por cualquier ojo entran bien.

En el Prado tenía un paje
parada una perdiz bella,

mientras encaraba en ella
Ganimedes su lenguaje;
ella batiendo el plumaje
se le levantó al mozuelo,
y en levantándose al vuelo
la derribó un arcabuz;
que a la arca hacen el buz
las pajaritas del cielo.
Como si fuera empanada,
repulgando está a la niña
con los cogollos de piña,
quien la tiene concertada;
que no es bien que sepa nada
del desconcierto que ha habido
el que ha de ser su marido
y comblezo de algún Conde,
que le ha hecho proveer donde
irá oliendo a proveído.

**A UN HOMBRE QUE TEMÍA TANTO LOS TRUENOS QUE SE SOSPECHÓ DÉL LO QUE REFIERE
ESTA DÉCIMA**

Truena el cielo, y al momento
la dueña enciende devota
cera, que la menor gota
es puntal de su aposento;
vos, Luis, para el mismo intento
traeis el las calzas cera,
pero no en la faltriquera,
porque gustáis ser tenido
más por hombre proveído
que por persona sincera.

EN PERSONA DE UN PORTUGUÉS. A UNA DAMA QUE LE HABÍA DADO UN BÚCARO

Dulce niña, el barro bello
con que tan rico me hallo,
hice mal en aceptallo,
si dejastes de comello.
Granjeáramos en ello
gusto vos, y yo interés:
que mi conterráneo es
el bucarillo süave,
y os dijera cuán bien sabe
aun en barro portugués.

**EN PERSONA DE UN MINISTRO IMPORTUNADO DE UNA DAMA QUE DESCUBRIESE UN
SECRETO**

REDONDILLA AJENA
¿Para qué me dáis tormento,
aprovechando tan poco?
Perdido, mas no tan loco
que descubra lo que siento.

GLOSA
Sabiendo, señora, que,
como en firmeza lo ha sido,
en silencio lo seré,
mármol que Amor ha erigido

por término de su fe;
y habiéndoos dicho ya ciento
y más vueltas de cordel
cuán mudo es mi sufrimiento,
mi constancia cuán fiel,
¿para qué me dáis tormento?

De rigores excusados
se arma vuestra porfía
contra unos labios sellados,
señas más de la fe mía
que los ojos más vendados.
Las veces, pues, que provocho
vuestro desdén, si veis cuanto
desmentido os lo revoco,
ocioso es ya desdén tanto.
aprovechando tan poco.
El tiempo gastáis en vano
solicitando, señora,
secreto tan soberano
que aun callando temo ahora
que su religión profano.
Perdido diréis que toco
hipérboles, en que doy
indicios de seso poco,
y responderéos que estoy
perdido, mas no tan loco.
Porque en la siempre süave
monarquía del Amor,
del suceso menos grave,
del más humilde favor
es el silencio la llave.
Con un establecimiento
del vendado legal Dios
tan en favor de mi intento,
¿mirad cómo queréis vos
que descubra lo que siento?

NO VAYAS, GIL, AL SOTILLO,

No vayas, Gil, al sotillo,
que yo sé
quien novio al sotillo fue,
que volvió después novillo.
Gil, si es que al sotillo vas
mucho en la jornada pierdes;
verás sus álamos verdes,
y alcornoque volverás.
Allá en el sotillo oirás
de algún ruiseñor las quejas,
y en tu casa a las cornejas,
y ya tal vez al cuclillo.
No vayas, Gil, al sotillo,
que yo sé
quien novio al sotillo fue,
que volvió después novillo.
Al sotillo noresciente
no vayas, Gil, sin temores,

pues mientras miras sus flores
te enraman toda la frente;
hasta el agua transparente
te dirá tu perdición,
viendo en ella tu armazón,
que es más que la de un castillo.

No vayas, Gil, al sotillo,
que yo sé
quien novio al sotillo fue,
que volvió después novillo.
Mas si vas determinado,
y allá te piensas holgar,
procura no merendar
de esto que llaman venado;
de aquel vino celebrado
de Toro no has de beber,
por no dar en que entender
al uno y otro corrillo.
No vayas, Gil, al sotillo,
que yo sé
quien novio al sotillo fue,
que volvió después novillo.

CONTRA LOS ABOGADOS

Oh, tú de los bachilleres,
que siempre en balde has leído
y más pleitos has perdido
que una muchacha alfileres:
médico en derechos eres,
pues no has tomado a proceso
pulso, que en el buen suceso
hayan tu ciencia ostentado
la cera del demandado
o las cadenas del preso.

CONTRA LOS MISMOS

¡Oh Jurisprudencia! ¡Cuál
por esos lodos has visto
con caperucilla un mixto
de médico y colegial!
Petición a real
hace de su misma mano,
y cual si fuera Ulpiano
informaciones a tres,
y aun con esto dicen que es
carísimo en Cristo hermano.

LOS EDICTOS CON IMPERIO

Los edictos con imperio
masse Lobo ha prorrogado,
quizá hasta que barbe el Grado
de su vocal magisterio.
Si no tiene otro misterio,
el nuevo término corra,
y juegue en tanto a la morra
nuestro pretendiente bobo,

o apele de un masse Lobo
para otro masse Zorra.

TEJIÓ DE PIERNAS DE ARAÑA

Tejió de piernas de araña
su barba un colegial,
pensando con ella el tal
gobernar a toda España.

Cuando el impulso le engaña
de las partes que no tiene,
pisándose a Madrid viene
la barba desde Sigüenza:
tenga vergüenza.

Alguno conozco yo
que médico se regula
por la sortija y la mula,
por el ejercicio no;
toda su vida salió
a vender de balde peste;
nadie le llamó, ¡y que a éste
su ocio no le convenza!:

tenga vergüenza.

El marido de la bella
que nos vende por fiel,
vistiéndose aquello él
que gana desnuda ella.
paciente sus labios sella,
buscándole ella por eso
entre dos plumas de hueso
una de oro en rica trenza:

tenga vergüenza.

La mayor legalidad,
si el preso tiene dinero,
salvadera hace el tintero,
salvando su libertad.

Que mentira es la verdad
del qu'es litigante pobre;
gato, aun con tripas de cobre,
no habrá gato que no venza:

tenga vergüenza.

En tener dos no repara
doña Fulana Interés:
que sólo de esgrima es
esto de guardar la cara.

De sí ya tan poco avara,
que el cuatrín no menos pilla
a Oliveros de Castilla
que a un hilero de Olivenza:

tenga vergüenza.

¡Cuánto hoy hijo de Eva,
afectando lo galán,
se desmiente en un Jordán,
que ondas de tinta lleva,
forma sacando tan nueva
que la extrañan por lo sucio!

Rocín que parando rucio

morcillo a correr comienza,
tenga vergüenza.

**A UN LETRADO, LLAMADO POR MAL NOMBRE «EL LICENCIADO MOJÓN», HABIÉNDOLE
HURTADO UNA ROPA DE DAMASCO**

En hábito de ladrón
juez de términos fue,
señor Licenciado, el que
limitó vuestro mojón;
de tiro hizo un tirón
vuestra ropa damasquina,
porque era de seda fina;
que sólo es bien se conceda
a los mojonos la seda
que se concedió a la China.

ABSOLVAMOS EL SUFRIR,

Absolvamos el sufrir,
desatemos el callar;
mucho tengo que llorar,
mucho tengo que reír.
Pues no levanta la espuma
con su remo en la agua aquel
que ya levantó en papel
testimonio con su pluma,
porque otro tal no presume
qué ley se establece en vano,
quítente la diestra mano,
y mienta un guante el pulgar.

Mucho tengo que llorar.
Al humo le debe cejas
la que a un sepulcro cabellos,
de ojos graves, porque en ellos
aun las dos niñas son viejas:
este mico de sus rejas,
y de los muchachos juego,
ajada ayer de un ciego,
hoy se nos quiere morir.

Mucho tengo que reír.
Con la gala el interés
indignado ha descubierto
que no se dio perro muerto
sin ella aun en Leganés.

Cuanta verdad esto es
Madrid que es grande lo diga,
bien que juzga cierta amiga
que es mayor gala pagar.

Mucho tengo que llorar.
Médico hay, aunque lego,
que a la menor calentura
su cura, no siendo cura,
da el olio y entierra luego:
lo que de sciencia le niego,
se lo conceden de grado
un pergamino arrollado
y un engastado zafir.

Mucho tengo que reír.
Trajo en dote un serafín
casa de jardín gallardo,
con dos balcones al Pardo
y un postigo a Valsaín:
mientras pisan el jardín
visitas, el maridón,
espejo hecho el balcón,
sus canas ve pardear.
Mucho tengo que llorar.
La que ya en casta belleza
viuda igual no tenía,
y blanco muro ceñía
de Cambray su fortaleza,
batióla con una pieza
de lama cierto señor,
y dejóse ella mejor
aún escalar que batir.
Mucho tengo que reír.

DON JUAN SOY DEL CASTILLEJO,

Don Juan soy del Castillejo,
ilustrísimo señor,
famoso predicador,
sin barbas, mas con despejo.
No siempre el caballo viejo
echa en la plaza caireles;
que potros tal vez noveles
ilustrar los pedernales
suelen, si no por bozales,
perdidos por cascabeles.
Vengo a Vuestra Señoría,
Dios sabe con qué dolor,
a quejarme del autor
desta pueril compañía,
que excluyó toda la mía
persona y autoridad
del coloquio; y en verdad
que perdió un buen compañero,
porque sin mí, y por enero,
todo ha de ser frialdad.

A UN CABALLERO QUE ESTANDO CON UNA DAMA NO PUDO CUMPLIR SUS DESEOS

Con Marfisa en la estacada
entrastes tan mal guarnido,
que su escudo, aunque hendido,
no le rajó vuestra espada.
¿Qué mucho?, si levantada
no se vio en trance tan crudo,
ni vuestra vergüenza pudo
cuatro lágrimas llorar,
siquiera para dejar
de orín tomado el escudo.

CONTRA UNA ROMA

Quisiera, roma infeliz,

decir de vos maravillas,
si bien entre esas mejillas
da higas vuestra nariz.
Sois tan roma, que colijo
(y lo tengo por constante)
que de vos y un elefante
aún saliera romo el hijo.
Culpa es vuestra, que los días
que jardín pisáis florido,
por vagabundo un sentido
os le destierran de Olías.
Porque el respirar aun leve
en vuestra nariz no cabe
del menos jazmín süave,
de la violeta más breve.
Libre viviréis, y sana
del catarro aun más liviano:
Soplillo (aunque tan enano)
no cabrá en vuestra avellana.
Podéis sin inconvenientes
con la lengua alcoholaros;
cuando no queráis miraros
uno a uno vuestros dientes.
Roma, lástima es cuán poca
indulgencia nos presenta
vuestra nariz como cuenta,
como cepo vuestra boca.
Sobre nariz, pues, tan braca,
una ventosa os echad,
ya que una ventosidad
no es conjuro que la saca.
Casaos, si no lo estáis ya,
con quien de palos os dé;
porque no es Roma la que
sin cardenales está.
Cáigale mi maldición,
¡oh roma!, a todo mortal
que intente ser curíal
de vuestro papa varón.
Y baste, no algún desmán
le venga a mi fisonoma,
que despachadó por roma
lo cure después Román.

DIÁLOGO ENTRE CORIDÓN Y OTRO

¡Cuán venerables que son,
cuán digno de reverencia,
las tocas de la apariencia,
el manto de la opinión!
¡Oh Coridón, Coridón!
Venza las tórtolas Dido
en uno y otro gemido,
turbe el agua a lo viudo;
que a fe que el hierro desnudo
desmienta al monjil vestido.
De un serafín quintañón

el menos hoy blanco diente,
 si una perla no es luciente,
 es un desnudo piñón.
 ¡Oh Coridón, Coridón!
 Antojos calzáis de necio,
 pues no entendéis a Vegecio;
 pero entenderéisle al fin,
 si el quintañón serafín
 muerde duro o tose recio.
 Galán no pasea el balcón
 de la reclusa doncella,
 que no le conozca ella:
 ¡y no conoce varón!
 ¡Oh Coridón, Coridón!
 Fresco estáis, no sé qué os diga,
 si el Amor, por lo que obliga
 un conocimiento desos,
 le sacó prendas con huesos
 del cofre de la barriga.
 Solicita devoción
 el rostro de la beata,
 el gema, digo, de plata,
 engastado en un griñón.
 ¡Oh Coridón, Coridón!
 No hay flor de abeja segura;
 poca plata es su figura,
 poca; mas, con todo eso,
 en oro le paga el peso
 quien en cuartos la hechura.
 Tejiendo ocupa un rincón
 Penélope, mientras yerra
 por mar Ulises, por tierra
 cenizas ya el Ilión.
 ¡Oh Coridón, Coridón!
 Ella en tierra y él en mar,
 papillas pudieran dar
 a un gitano, puesto que él
 menos urdió en su bajel
 50 que ella tejió en su telar.

A UN BUFÓN MUY FRÍO LLAMADO SOTÉS, ACATARRADO DE LA BURLA QUE SE REFIERE A LA MARGEN

Sotés, así os guarde Dios,
 que dice la noche helada
 que la Fuenfrida nevada
 es un Mongibel con vos;
 Y así, infiero que la tos
 que os llevará al ataud
 con prolija lentitud
 la causan vuestras frialdades,
 porque de «gracia y sepades»
 tenéis lo que de salud.
 Tanto sabéis enfriar
 al que por desdicha os topa,
 que le haréis pedir ropa
 a un día canicular.

¿Qué mucho?, si hacéis temblar,
en marzo y Andalucía,
la que os hace compañía,
cuando todo el mundo os niega
la que en diciembre y Noruega
pudiera ser noche fría.
Ventosidad, y no poca,
sacó de vuestra fatiga;
yo fío que ella os lo diga,
pues las noches tienen boca;
aunque la tendré por loca
si estimándoos en un clavo
no os habla por otro cabo;
porque, señor don Sotés,
es noche, y noche de un mes
que sabe volver de rabo.

A CABO DE HABER ANDADO

A cabo de haber andado
gran tiempo de posta en posta.
hecho, como el vulgo dice,
perrico de muchas bodas,
echando la buena barba
entre novatas modorras,
mantenido de mohatras,
me topé con una sota,
apretada de cintura,
cariseca, boquirrota,
levantada de espinazo
más que una mula de anoria,
con su rebociño y banda
y sus garatusas todas,
con más botanas que un odre
llenas de hilas y estopas,
sus parches de tacamaca,
en las sienes una y otra,
sus pocos de corrimientos
y en la cabeza diez gomas,
su cabellera postiza
y sus pastillas de boca,
con cuatro dientes de ruego,
apoyados de seis tovas,
almagradas las mejillas
y su nariz de toronja,
sus barritos en la manga,
por parecer dama toda,
mordiendo con las encías
y dos muelas maliciosas
que para nidos de chinches
aun eran defectuosas,
cuyo suave olorcillo
bañaba la casa toda
cual de abadejo estantío
en canícula fogosa,
con sus manos enebadas,
flacas, largas y ñudosas,

hojaldrada la garganta
llena de frunces y alforzas,
empedradas las muñecas
de secas y espesas costras,
y un poquillo de arestín,
por no estar de noche ociosa,
rala [la] ceja y pestaña
y en un carrillo dos rosas,
labios delgados fruncidos,
como de cuero bolsa.
Ocho días no cumplidos
estuve en esta tahona,
poque al medio del postrero
me dijo la socarrona:
«Haga tiempo, gentilhombre,
que me parece que engorda,
que no se usa en esta tierra
manducar qui non laborat.

Paréceme peliflojo
y muy amigo de ollas,
y quema ya más que caza:
¡con esa flor a las bobas!
Nunca hurte, por su vida,
a quien masa y cuece torta;
mire que si él es taimado,
yo no me tengo por tonta,
y que para matrimonio
fuera desabrida cosa
cargarme de un hombre inútil:
harto mejor me estoy sola.
Como esas cosas me salen,
y me he hecho muda y sorda:
¡por cierto, gentil don Diego,
para él estaba la moza!».

Apenas oí el decreto
cuando respondí: «¡A la mosca,
que esta es avispa, y si pica
me empecerá su ponzoña,
y de cosario a cosario
sólo los cascos se abonan;
¡quédate con Dios, biznaga!»;
y subiendo en mi trotona,
me puse al siguiente día
en la ciudad más famosa
que baña el dorado Tajo,
por ver si el hado mejora.

A UNA JUNTA DE MANCEBOS ESTUDIANTES DONDE SE TRATABA DE LA MURMURACIÓN

Señores Académicos, mi mula
(si el pienso ya no se lo desbarata),
en los cuadriles pienso que se mata
por ser de la Academia de la gula.
Su determinación no disimula
de entrar en Academia do se trata
de convertir en Nuncio la Annunciata,
y su congregación en farandula.

Teme la casa quien está mirando
entrar buñuelos y salir apodos,
y piensa que segunda vez se abrasa.
Y a la verdad, no está muy mal pensando,
que allí en lenguas de fuego hablan todos.
¡Padre Ferrer, cuidado con la casa!

LA MUDANZA DE HÁBITO DE CIERTO MANCEBO

Soror don Juan, ¿ayer silicio y jerga,
holanda y sedas hoy? ¿Ayer donado,
hoy galán? ¿Ayer dueña y hoy soldado?
¿Disciplinas anoche, y hoy panduerga?
Algún demonio que en la Corte alberga
nos lo quiso enviar papirrandado.
¿Quién nos lo encadenó? ¿Quién lo ha enredado
más que una calabaza de Pisuerga?
Esclavo es fugitivo, y en cadenas
vuelve a su dueño, mas cadenas de oro
no son de esclavos, no, del Sacramento.
Mejor se la darán que en las ajenas
en la casa de Luna, y aposento
mucho mejor que en el mesón del Toro.

DE ISABEL DE LA PAZ

De humildes padres hija, en pobres paños
envuelta, se crió para criada
de la más que bellísima Hurtada,
do aprendió su provecho y nuestros daños.
De pajes fue orinal, y de picaños,
hasta que por barata y por taimada,
un caballero de la verde espada
la puso casa y la sirvió dos años.
Tulló a un Duque, y a cuatro mercadantes
más pobres los dejaron que el Decreto
sus ojos dulces, sus desdenes agros.
Esta es, lector, la vida y los milagros
de Isabel de la Paz. Sea mi soneto
báculo a ciegos, Norte a navegantes.

A MARÍA DE VERGARA

No sois, aunque en edad de cuatro sietes,
María de Vergara, ya primera.
Dad gracias al Amor, que sois tercera
de gorras, de capillas, de bonetes.
Los tocados, las galas, los sainetes,
use de ellos de hoy más vuestra heredera,
vuestra sobrina, cara de contera,
pechos de tordo, piernas de pebetes.
Pues de oficio mudáis, mudad vestido,
y tratad de enjaular otro canario
que le cante a la granja en vuestro nido.
Y porque no se enoje fray Hilario,
véngala a visitar, que a lo que he oído,
digno es de su Merced el Mercenario.

A UNA DAMA CORTESANA

¿Las no piadosas martas ya te pones,
guerra de nuestras bolsas, paz de Judas,
puta con más mudanzas y más mudas
que un saltarelo, o que cien mil halcones?
Martas gallegas son, no te me entones,
primas de esparto por lo peliagudas,
y ganadas al fin con las ayudas
que te han echado cuatro o seis figones.
Delanteras forraste con cuidado
de la húmida siempre delantera
que lluvias españolas han mojado;
aunque la Italia siente en gran manera
que la trasera no hayas aforrado
habiéndolas ganado la trasera.

CONTRA CIERTOS HOMBRES, A QUIENES MOTEJA DE AFEMINADOS

Hay entre Carrión y Tordesillas,
en Castilla la Vieja, dos lugares
de dos vecinos tan particulares,
que en su particular tienen cosquillas.
Todas son arrabales estas Villas,
y su término todo es Olivares;
sus campos escarchados, que a millares
producen oro y plata a maravillas.
Ser quiere alcalde de una y otra aldea
Gil Rabadán; pero reprocha alguno
que aprieta a los rabeles el cerrojo.
Por justo y por rebelde es bien lo sea,
porque les de lo suyo a cada uno,
y les meta la vara por el ojo.

ANTES QUE ALGUNA CAJA LUTERANA

Antes que alguna caja luterana
convierta a Hernandico en mochilero,
y antes que algún abad y balletero
le dé algún saetazo a Sebastiana,
procuradles, hoy antes que mañana,
como padre cristiano y caballero,
a la una un seráfico mortero,
a la otra una domínica campana.
Si os faltare la casa de los locos,
no os faltará Aguilar, a cuyo canto
salta Pan, Venus baila, y Baco entona.
Él se aprovechará de vuestros cocos,
de su rabazo vos, que es todo cuanto
se pueden dar un galgo y una mona.

A UNA DAMA MUY BLANCA, VESTIDA DE VERDE

Cisne gentil, después que crespo el vado
dejó, y de espuma la agua encanecida,
que al rubio sol la pluma humedecida
sacude de las juncias abrigado;
copos de blanca nieve en verde prado,
azucena entre murtas escondida,
cuajada leche en juncos exprimida,

diamante entre esmeraldas engastado,
no tienen que preciarse de blancura
después que nos mostró su airoso brío
la blanca Leda en verde vestidura.
Fue tal, que templó su aire el fuego mío,
y dio, con su vestido y su hermosura,
verdor al campo, claridad al río.

COMER SALCHICHAS Y HALLAR SIN GOTA

Comer salchichas y hallar sin gota
el frasco, por haberse derramado:
llegar a tomar postas muy cansado
y daros una que tropieza y trota;
calzaros con gran premio la una bota
y romperse la otra en lo picado;
ir a primera, habiéndoos descartado
del rey de bastos, y acudir la sota:
servir a dama que no dando toma;
deber a genoveses puntuales;
pasear sin gualdrapa haciendo lodos;
tener familia que no sirva y coma...
añada quien quisiere otros mil males:
que el ser casado es el mayor de todos.

DE UNA DAMA QUE QUITÁNDOSE UNA SORTIJA, SE PICÓ CON UN ALFILER

Prisión del nácar era articulado
de mi firmeza un émulo luciente,
un diámante, ingeniosamente
el oro también él aprisionado.
Clori, pues, que su dedo apremiado
de metal aun precioso no consiente,
gallarda un día, sobre impaciente,
lo redimió del vínculo dorado.
Mas ¡ay!, que insidioso latón breve
en los cristales de su bella mano
sacrilega divina sangre bebe:
púrpura ilustró menos indiano
marfil; envidiosa sobre nieve,
claveles deshojó la Aurora en vano.

QUE PRETENDA EL MERCADER,

Que pretenda el mercader,
sin que ni al grande ni al chico
restituya un alfiler,
en Nombre de Dios tener
lo que hurtó en Puerto Rico:
¡oh, qué lindico!
Que disimule un paciente,
sin que a risa me provoque,
que en el espejo luciente
nunca se ha visto la frente
coronada de alcornoque:
¡oh, qué lindoque!
Que una moza que bien charla,
dama entre picaza y mico,

me quiera obligar a amarla,
siendo su pico de Parla,
y de Getafe su hocico:
¡oh, qué lindico!
Que Ero se precipite
por la mitad de un bayoque,
y ser Tisbe solicite
quien por menos de un confite
se envaina en cualquier estoque:
¡oh, qué lindoque!
Que pretenda una doncella
que por su gracioso pico
se case un hombre con ella,
y cualquiera la atropella
por el interés más chico:
¡oh, qué lindico!
Que piense un bobalicón
que no hay quien su dama togue
y en la casa del rincón
sé que la tomó un peón
y que no la quiso un Roque:
¡oh, qué lindoque!
Que pretenda un estudiante,
aun siendo galán y rico,
rendir a doña Violante
con hacer muy del amante
sin dejar flaco el bolsico:
¡oh, qué lindico!

YA QUE ROMPÍ LAS CADENAS

Ya que rompí las cadenas
de mis grillos y mis penas,
de extender con mucho error
la jurisdicción de amor
que ahora me da por libre,
Dios me libre.

Y de andar más por escrito
publicando mi delito,
sabiendo de ajenas vidas
tantas culpas conocidas,
de que puedo hacer alarde,
Dios me guarde.

De dama que se atribula
de comer huevos sin bula,
sabiendo que de su fama
un escrúpulo, ni drama,
no podrá lavar el Tibre,
Dios me libre.

Y del mercader devoto,
de conciencia manirroto,
que acrecentando sus rentas
pasa a menudo sus cuentas
y da las ajenas tarde,
Dios me guarde.

De doncella con maleta,
ordinario y estafeta,

que quiere contra derecho
pasando por el Estrecho
llegar entera a Colibre,

Dios me libre.

Y del galán perfumado,
para holocaustos guardado,
que hace cara a los afeites
para dar a sus deleites
espaldas, como cobarde,

Dios me guarde.

De dama que de un ratón
huye al último rincón,
desmayada de mirallo,
y no temerá a caballo
que Ruger su lanza vibre,

Dios me libre.

Y de galán que en la plaza
acuchilla y amenaza,
y si sale sin terceros
hará como don Gayferos,
aunque Melisendra aguarde,

Dios me guarde.

De doncella que entra en casa
porque guisa y porque amasa,
y hará mejor un guisado
con la mujer del honrado
que con clavos y gengibre,

Dios me libre.

Y de amigo cortesano
con las insignias de Jano,
desvelado en la cautela,
cuyo soplo a veces hiela
y a veces abrasa y arde.

Dios me guarde.

TENGA [YO] SALUD,

Tenga [yo] salud,
qué comer y quietud,
y dineros que gastar,
y ándese la gaita
por el lugar.

No haga yo a nadie el buz
por ninguna pretensión,
tenga mi bota y jamón,
aunque me acueste sin luz,
mis frascos sin arcabuz,
no para quien mal me quiere,
mas porque si sed tuviere
la pueda mejor matar
y ándese la gaita
por el lugar.

Viva yo sin conocer,
y retirado en mi aldea.
a quien la merced rodea
porque no la sabe hacer;
no vea a nadie comer,

si no comiere a su lado.
ni me hable nadie sentado,
si en pie tengo de escuchar
y ándese la gaita
por el lugar.

No me cojan «sepan cuantos»
debajo de sus quimeras,
tenga mi puerco y esteras
el día de todos santos,
juguemos años por tantos,
tras la cama yo y Pascuala,
pues no se paga alcabala
de engendrar y bostezar.
y ándese la gaita
por el lugar.

El médico y cirujano
sean para mi gobierno
calentador en invierno,
cantimplora en el verano;
acuésteme yo temprano,
y levánteme a las diez,
y a las once el almirez
toque la panza a mascar,
y ándese la gaita
por el lugar.

ALGUNOS HOMBRES DE BIEN

Algunos hombres de bien
viven en este arrabal,
que de todos dicen mal:
y dicen bien.

Algunos hay donde moro,
que, a poco que les aticen,
sobre cualquier cosa dicen
como pasamano de oro.

Y aunque guarden el decoro
nunca la memoria pierden;
antes, de cuanto se acuerden
dicen, den a donde den:
y dicen bien.

Dicen de algunas doncellas
de condición de pelotas,
que si están de servir rotas
las remedian con cosellas.

Y cosida cualquier de ellas
como de primero salta,
y haciendo alguna falta,
se la rechazan también:
y dicen bien.

De algunas viudas de prendas
dicen por sus demasias,
que se hacen lencerías
por venderse como en tiendas.

Y estas madres reverendas
murmuran que son taimadas,
y se tocan bien tocadas

por tocar pieza también:
y dicen bien.
Dicen que no saben cómo
algunos ancianos son
motes de nueva impresión,
por virtud de tinta y plomo;
y que el uno y otro Momo,
nombre de motes le dan,
sabiendo que en sú Jordán
se bañó Matusalén:
y dicen bien.
Ya el tabernero procura
impetrar un beneficio,
pues ejercita el oficio
de bautizar sin ser Cura.
Porque dicen que es cordura
vender el vino cristiano,
porque fue su abuelo anciano
discípulo de Moisés:
y dicen bien.
Dicen que no hay mesón ya
con lámpara ni oratorio,
y que por ser diversorio
no admiten virgen allá;
mas, aunque sin Dios está,
no está del todo perdido,
porque tiene en su marido
un animal de Bethlén:
y dicen bien.

NO SÉ QUÉ ME DIGA, DIGA.

No sé qué me diga, diga.
Que el príncipe Belisardo
ayer venga de la rota,
y sin venille la flota
ande lozano y gallardo;
que ayer vista sayo pardo,
y hoy cadena de oro saque,
y que sin tener achaque
en la mano traiga liga,
no sé qué me diga, diga.
Que ande doña Berenguela
de día compuesta en coche,
y por gatera de noche,
hecha norte y centinela;
que esté de continuo en vela
y después al desposado
le den el trigo segado,
creyendo que está en espiga,
no sé qué me diga, diga.
Que traiga doña Doncella
consigo cierto embarazo,
y diga que es mal de bazo;
el padre venga a creella,
y mire mucho por ella,
y le riña porque bebe;

mas al cabo de los nueve
no tenga tanta barriga,
no sé qué me diga, diga.

A CIERTA DAMA QUE SE DEJABA VENCER DEL INTERÉS ANTES QUE DEL GUSTO

Mientras Corinto, en lágrimas deshecho,
La sangre de su pecho vierte en vano,
Vende Lice a un decrépito indiano
Por ciento escudos la mitad del lecho.
¿Quién, pues, se maravilla deste hecho,
Sabiendo que halla ya paso más llano,
La bolsa abierta, el rico pelicano,
Que el pelícano pobre, abierto el pecho?
Interés, ojos de oro como gato,
Y gato de doblones, no Amor ciego,
Que leña y plumas gasta, cient arpones
Le flechó de la aljaba de un talego.
¿Qué Tremecén no desmantela un trato,
Arrimándole al trato ciento cañones?

A DON DIEGO PÁEZ DE CASTILLEJO Y VALENZUELA, VEINTICUATRO DE CÓRDOBA

No entre las flores, no, señor don Diego,
De vuestros años, áspid duerma breve
El ocio, salamandria más de nieve
Que el vigilante estudio lo es de fuego:
De cuantas os clavó flechas el ciego,
A la que dulce más la sangre os bebe
Hurtadle un rato alguna pluma leve,
Que el aire vago solicite luego.
Quejáos, señor, o celebrad con ella
Del desdén, el favor de vuestra dama,
Sirena dulce si no esfinge bella.
Escribid, que a más gloria Apolo os llama:
Del cielo la haréis tercero estrella,
Y vuestra pluma vuelo de la Fama.

A DON FRAY DIEGO DE MARDONES, OBISPO DE CÓRDOBA, DEDICÁNDOLE EL MAESTRO RISCO UN LIBRO DE MÚSICA

Un culto Risco en venas hoy suaves
Conceptuosamente se desata,
Cuyo néctar, no ya líquida plata,
Hace canoras aun las piedras graves.
Tú, pues, que el pastoral cayado sabes
Con mano administrar al cielo grata,
De vestir, digno, manto de escarlata,
Y de heredar a Pedro en las dos llaves,
Éste, si numeroso dulce, escucha,
Torrente, que besar desea la playa
De tus ondas, oh mar, siempre serenas.
Si armonioso leño silva mucha
Atraer pudo, vocal Risco atraya un Mar,
dones hoy todo a sus arenas.

A DON LUIS DE ULLOA, QUE ENAMORADO SE AUSENTÓ DE TORO

Generoso esplendor, sino luciente,

No sólo es ya de cuanto el Duero baña
Toro, mas del Zodíaco de España,
Y gloria vos de su murada frente.
¿Quién, pues, región os hizo diferente
Pisar amante?
Mal la fuga engaña
Mortal saeta, dura en la montaña,
Y en las ondas más dura de la fuente:
De venenosas plumas os lo diga
Corcillo atravesado. Restituya
Sus trofeos el pie a vuestra enemiga.
Tímida fiera, bella ninfa huya:
Espíritu gentil, no sólo siga,
Mas bese en el arpón la mano suya.

DE DON FRANCISCO DE PADILLA, CASTELLANO DE MILÁN

A este que admiramos en luciente,
Émulo del diamante, limpio acero,
Igual nos le dio España caballero
Que de la guerra Flandes rayo ardiente.
Laurel ceñido, pues, debidamente,
Las coyundas le fían del severo
Suave yugo, que al lombardo fiero
Le impidió sí, no le oprimió la frente.
¿Qué mucho si frustró su lanza arneses,
Si fulminó escuadrones ya su espada,
Si conculcó estandartes su caballo?
Del Cambresí lo digan los franceses:
Mas no lo digan, no, que en trompa alada
Musa aun no sabrá heroica celebrallo.

A FRANCISCO DE QUEVEDO (atribuido)

Anacreonte español, no hay quien os tope,
Que no diga con mucha cortesía,
Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras suavidades son de arroje.
¿No imitaréis al terenciano Lope,
Que al de Belerofonte cada día
Sobre zuecos de cómica poesía
Se calza espuelas, y le da un galope?
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir al griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.
Prestádselos un rato a mi ojo ciego,
Porque a luz saque ciertos versos flojos,
Y entenderéis cualquier gregüesco luego.

A FRAY ESTEBAN IZQUIERDO, FRAILE FRANCISCO, EN AGRADECIMIENTO DE UNA BOTA DE AGUA DE AZAHAR Y UNAS PASAS

La Aurora de azahares coronada,
Sus lágrimas partió con vuestra bota,
Ni de las peregrinaciones rota,
Ni de sus conductores esquilmada.
De sus risueños ojos desatada,
Fragrante perla cada breve gota,
Por seráfica abeja fue devota,

A bota peregrina trasladada.
Uvas os debe Clío, mas ceciales;
Mínimas en el hábito, mas pasas,
A pesar del perífrasis absurdo.
Las manos de Alejandro hacéis escasas,
Segunda la capilla del de Ales
Izquierdo Esteban, si no Esteban zurdo.

A JUAN RUFO, DE SU AUSTRÍADA

Cantastes, Rufo, tan heroicamente
De aquel César novel la augusta historia,
Que está dudosa entre los dos la gloria
Y a cuál se deba dar ninguno siente.
Y así la Fama, que hoy de gente en gente
Quiere que de los dos la igual memoria
Del tiempo y del olvido haya victoria,
Ciñe de lauro a cada cual la frente.
Debéis con gran razón ser igualados,
Pues fuistes cada cual único en su arte:
Él solo en armas, vos en letras solo,
Y al fin ambos igualmente ayudados:
Él de la espada del sangriento Marte,
Vos de la lira del sagrado Apolo.

A JUAN RUFO, JURADO DE CÓRDOBA

Culto Jurado, si mi bella dama
—En cuyo generoso mortal manto
Arde, como en cristal de templo santo,
De un limpio amor la más ilustre llama—
Tu musa inspira, vivirá tu fama
Sin invidiar tu noble patria a Manto,
Y ornarte ha en premio de tu dulce canto
No de verde laurel caduca rama,
Sino de estrellas inmortal corona.
Haga, pues, tu dulcísimo instrumento
Bellos efectos, pues la causa es bella;
Que no habrá piedra, planta, ni persona,
Que suspensa no siga el tierno acento,
Siendo tuya la voz, y el canto de ella.

A JÚPITER

Tonante monseñor, ¿de cuándo acá
Fulminas jovenetos? Yo no sé
Cuánta pluma ensillaste para el que
Sirviéndote la copa aún hoy está.
El garzón frigio, a quien de bello da
Tanto la antigüedad, besara el pie
Al que mucho de España esplendor fue,
Y poca, mas fatal, ceniza es ya.
Ministro, no grifaño, duro sí,
Que en Líparis Estérope forjó
(Piedra digo bezahar de otro Pirú)
Las hojas infamó de un alhelí,
Y los Acroceraunios montes no.
¡Oh Júpiter, oh, tú, mil veces tú!

A LA ARCADIA, DE LOPE DE VEGA CARPIO (atribuido)

Por tu vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres del escudo,
Porque, aunque todas son de viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.
¡Válgame los de Arcadia! ¿No te corres
Armar de un pavés noble a un pastor rudo?
¡Oh tronco de Micol, Nabal barbudo!
¡Oh brazos Leganeses y Vinorres!
No le dejéis en el blasón almena.
Vuelva a su oficio, y al rocín alado
En el teatro sáquele los reznos.
No fabrique más torres sobre arena,
Si no es que ya, segunda vez casado,
Nos quiere hacer torres los torreznos.

A LA BAJADA DE MUCHOS CABALLEROS DE MADRID A SOCORRER LA FUERZA DE LA MAMORA, CERCADA DE MOROS

—¡A la Mamora, militares cruces!
¡Galanes de la Corte, a la Mamora!
Sed capitanes en latín ahora
Los que en romance ha tanto que sois duces.
¡Arma, arma, ensilla, carga! —¿Qué? ¿Arcabuces?
—No, gofo, sino aquesa cantimplora.
Las plumas riza, las espuelas dora.
—¿Ármase España ya contra avestruces?
—Pica, Bufón. ¡Oh tú, mi dulce dueño!
Partiendo me quedé, y quedando paso
A acumularte en Africa despojos.
—¡Oh tú, cualquier que la agua pisas leño!
¡Escuche la vitoria yo, o el fracaso
A la lengua del agua de mis ojos!
Llegué, señora tía, a la Mamora,
Donde entre nieblas vi la otra mañana,
Desde el seguro de una partesana,
Confusa multitud de gente mora.
Pluma acudiendo va tremoladora
Andaluza, extremeña y castellana,
Pidiendo, si vitela no mongana,
Cualque fresco rumor de cantimplora.
Allanó alguno la enemiga tierra
Echándose a dormir; otro soldado,
Gastador vigilante, con su pico
Biscocho labra. Al fin, en esta guerra
No vi más fuerte, sino el levantado.
De la Mamora. Hoy miércoles. Juanico.

A LA EMBARCACIÓN EN QUE SE ENTENDIÓ PASARAN A NUEVA ESPAÑA LOS MARQUESES DE AYAMONTE

Velero bosque de árboles poblado,
Que visten hojas de inquieto lino;
Puente inestable y prolija, que vecino
El Occidente haces apartado:
Mañana ilustrará tu seno alado
Soberana beldad, valor divino,
No ya el de la manzana de oro fino

Griego premio, hermoso, mas robado.
Consorte es generosa del prudente
Moderador del freno mexicano.
Lisonjeen el mar vientos segundos;
Que en su tiempo (cerrado el templo a Jano,
Coronada la paz) verá la gente
Multiplicarse imperios, nacer mundos.

**A LA MARQUESA DE AYAMONTE, DÁNDOLE UNAS PIEDRAS BEZARES QUE A ÉL LE HABÍA
DADO UN ENFERMO**

Corona de Ayamonte, honor del día,
Estas piedras que dio un enfermo a un sano
Hoy os tiro, mas no escondo la mano,
Por que no digan que es cordobesía;
Que dar piedras a Vuestra Señoría
Tirallas es por medio de ese llano,
Pesadas señas de un deseo liviano,
Lisonjas duras de la Musa mía.
Término sean, pues, y fundamento
De vuestro imperio, y de mi fe constante
Tributo humilde, si no ofrecimiento.
Camino, y sin pasar más adelante,
A vuestra deidad hago el rendimiento
Que al montón de Mercurio el caminante.

A LA MEMORIA DE LA MUERTE Y DEL INFIERNO

Urnas plebeyas, túmulos reales
Pentrad sin temor, memorias mías,
Por donde ya el verdugo de los días
Con igual pie dio pasos desiguales.
Revolved tantas señas de mortales,
Desnudos huesos y cenizas frías,
A pesar de las vanas, si no pías,
Caras preservaciones orientales.
Bajad luego al abismo, en cuyos senos
Blasfeman almas, y en su prisión fuerte
Hierros se escuchan siempre, y llanto eterno,
Si queréis, oh memorias, por lo menos
Con la muerte libraros de la muerte,
Y el infierno vencer con el infierno.

A LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Verso ajeno:

Virgen pura, si el Sol, Luna y estrellas.

GLOSA

Si ociosa no, asistió Naturaleza
Incapaz a la tuya, oh gran Señora,
Concepción limpia, donde ciega ignora
Lo que muda admiró de tu pureza.
Díganlo, oh Virgen, la mayor belleza
Del día, cuya luz tu manto dora,
La que calzas nocturna brilladora,
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.
Pura la Iglesia ya, pura te llama
La Escuela, y todo pío afecto sabio
Cultas en tu favor da plumas bellas.

¿Qué mucho, pues, si aun hoy sellado el labio,
Si la naturaleza aun hoy te aclama
Virgen pura, si el Sol, Luna y estrellas?

A LA RIGUROSA ACCIÓN CON QUE SAN IGNACIO REDUJO UN PECADOR

Verso ajeno:

Ardiendo en aguas muertas llamas vivas

GLOSA

En tenebrosa noche, en mar airado
Al través diera un marinero ciego,
De dulce voz y de homicida ruego,
De sirena mortal lisonjeado,
Si el fervoroso celador cuidado
Del grande Ignacio no ofreciera luego
(Farol divino) su encendido fuego
A los cristales de un estanque helado.
Trueca las velas el bajel perdido
Y escollos juzga que en el mar se lavan
Las voces que en la arena oye lascivas;
Besa el puerto, altamente conducido
De las que, para Norte suyo, estaban
Ardiendo en aguas muertas llamas vivas.

A LA TELA DE JUSTAR DE MADRID

—Téngoos, señora tela, gran mancilla.
—Dios la tenga de vos, señor soldado.
—¿Cómo estáis acá afuera? —Hoy me han echado,
Por vagabunda, fuera de la Villa.
—¿Dónde están los galanes de Castilla?
—¿Dónde pueden estar, sino en el Prado?
—¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?
—Más respecto me tienen: ¡ni una astilla!
—Pues ¿qué hacéis ahí? —Lo que esa puente,
Puente de anillo, tela de cedazo:
Desear hombres, como ríos ella,
Hombres de duro pecho y fuerte brazo.
—Adiós, tela, que sois muy maldiciente,
Y ésas no son palabras de doncella.

A LAS DAMAS DE LA CORTE, PIDIÉNDOLES FAVOR PARA LOS GALANES ANDALUCES

Hermosas damas, si la pasión ciega
No os arma de desdén, no os arma de ira,
¿Quién con piedad al andaluz no mira,
Y quien al andaluz su favor niega?
En el terrero, ¿quién humilde ruega,
Fiel adora, idólatra suspira?
¿Quién en la plaza los bohordos tira,
Mata los toros, y las cañas juega?
En los saraos, ¿quién lleva las más veces
Los dulcísimos ojos de la sala,
Sino galanes del Andalucía?
A ellos les dan siempre los jueces,
En la sortija, el premio de la gala,
En el torneo, de la valentía.

DE LA MARQUESA DE AYAMONTE Y SU HIJA, EN LEPE

A los campos de Lepe, a las arenas
Del abreviado mar en una ría,
Extranjero pastor llegué sin guía,
Con pocas vacas y con muchas penas.
Muro real, orlado de cadenas,
A cuyo capitel se debe el día,
Ofreció a la turbada vista mía
El templo santo de las dos Sirenas:
Casta madre, hija bella, veneradas
Con humildad de prósperos vaqueros,
Con devoción de pobres pescadores.
Si ya a sus aras no les di terneros,
Dieron mis ojos lágrimas cansadas,
Mi fe suspiros, y mis manos flores.

A LOS CELOS

¡Oh niebla del estado más sereno,
Furia infernal, serpiente mal nacida!
¡Oh ponzoñosa víbora escondida
De verde prado en oloroso seno!
¡Oh entre el néctar de Amor mortal veneno,
Que en vaso de cristal quitas la vida!
¡Oh espada sobre mí de un pelo asida,
De la amorosa espuela duro freno!
¡Oh celo, del favor verdugo eterno!,
Vuélvete al lugar triste donde estabas,
O al reino (si allá cabes) del espanto;
Mas no cabrás allá, que pues ha tanto
Que comes de ti mismo y no te acabas,
Mayor debes de ser que el mismo infierno.

A NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA, POR LA SALUD DEL REY DON FELIPE III

En vez, Señora, del cristal luciente,
Licores nabateos espirante,
Los faroles, ya luces de Levante,
Las banderas, ya sombras de Occidente.
Las fuerzas litorales, que a la frente
Eran de África gémino diamante,
Tanto disimulado al fin turbante
Con generosidad expulsó ardiente,
Votos de España son, que hoy os consagra
Sufragios de Filipo: a cuya vida
Aun los siglos del Fénix sean segundos.
Fiebre, pues, tantas veces repetida
Perdone al que es católica bisagra,
Para más gloria vuestra, de ambos mundos.

EN LA MISMA OCASIÓN

Esta de flores, cuando no divina,
Industriosa unión, que ciento a ciento
Las abejas, con rudo no argumento,
En ruda sí confunden oficina,
Cómplice Prometea en la rapina
Del voraz fue, del lúcido elemento,
A cuya luz suave es alimento

Cuya luz su recíproca es ruina.
Esta, pues, confusión hoy coronada
Del esplendor que contra sí fomenta,
Por la salud, oh Virgen Madre, erijo
Del mayor Rey, cuya invencible espada
En cuanto Febo dora o Cintia argenta
Trompa es siempre gloriosa de tu Hijo.

A UN CABALLERO DE CÓRDOBA QUE ESTABA EN GRANADA

Hojas de inciertos chopos el nevado
Cabello, oirá el Genil tu dulce avena,
Sin invidiar al Dauro en poca arena
Mucho oro de sus piedras mal limado;
Y del leño vocal solicitado,
Perdonará no el mármol a su vena
Ocioso, mas la siempre orilla amena
Canoro ceñirá muro animado.
Camina, pues, oh tú, Anfión segundo,
Si culto no, revocador süave
Aun de los moradores del profundo;
Que el Betis hoy, que en menos gruta cabe,
Urna suya los términos del mundo
Lagrimoso hará en tu ausencia grave.

**A UN CABALLERO POETA, QUE EN UN SONETO QUE HIZO SE FINGIÓ TEMEROSO DE TENER
EN SU AMOR ATREVIDO EL SUCESO DE ÍCARO**

No enfrene tu gallardo pensamiento
Del animoso joven mal logrado
El loco fin, de cuyo vuelo osado
Fue ilustre tumba el húmido elemento.
Las dulces alas tiende al blando viento,
Y sin que el torpe mar del miedo helado
Tus plumas moje, toca levantado
La encendida región del ardimiento.
Corona en puntas la dorada esfera
Do el pájaro real su vista afina,
Y al noble ardor desátese la cera;
Que al mar, do tu sepulcro se destina,
Gran honra le será, y a su ribera,
Que le hurte su nombre tu ruina.

A UN FRAILE FRANCISCANO, EN AGRADECIMIENTO DE UNA CAJA DE JALEA

Gracias os quiero dar sin cumplimiento,
Dulce fray Diego, por la dulce caja;
Tal sea el ataúd de mi mortaja,
Y de mis guerras tal el instrumento.
Consagrad, Musas, hoy vuestro talento
A la monja que almíbar tal le baja,
Pues quien acabar suele en una paja
Sella ahora el estómago contento.
Cualquier regalo de durazno o pera
Acoto suyo, si podrá un amigo
Escotar un discípulo de Scoto.
Confieso que de sangre entendí que era
Cámara aquella, y si lo fue, yo digo
Que servidor seáis, y no devoto.

**A UN PINTOR FLAMENCO, HACIENDO EL RETRATO DE DONDE SE COPIÓ EL QUE VA AL
PRINCIPIO DESTE LIBRO**

Hurtas mi vulto y cuanto más le debe
A tu pincel, dos veces peregrino,
De espíritu vivaz el breve lino
En los colores que sediento bebe,
Vanas cenizas temo al lino breve,
Que émulo del barro le imagino,
A quien (ya etéreo fuese, ya divino)
Vida le fió muda esplendor leve.
Belga gentil, prosigue al hurto noble;
Que a su materia perdonará el fuego,
Y el tiempo ignorará su contextura.
Los siglos que en sus hojas cuenta un roble,
Árbol los cuenta sordo, tronco ciego;
Quien más ve, quien más oye, menos dura.

A UN SUEÑO

Varia imaginación que, en mil intentos,
A pesar gastas de tu triste dueño
La dulce munición del blando sueño,
Alimentando vanos pensamientos,
Pues traes los espíritus atentos
Sólo a representarme el grave ceño
Del rostro dulcemente zahareño
(Gloriosa suspensión de mis tormentos),
El sueño (autor de representaciones),
En su teatro, sobre el viento armado,
Sombras suele vestir de bulto bello.
Síguele; mostraráte el rostro amado,
Y engañarán un rato tus pasiones
Dos bienes, que serán dormir y vello.

A UN TIEMPO DEJABA EL SOL

A un tiempo dejaba el Sol
Los colchones de las ondas,
Y el orinal de mi alma
La vasera de su choza;
Él porque tres veces quiere
En las tres lucientes bolas
De la torre de Marruecos
Ver su caraza redonda;
Y ella porque sus corderos,
En tanto que el Alba llora,
Se longanicen las tripas
De esmeraldas y de aljófara,
A cuenta de los poetas
Que baratan estas joyas
Entre los que en avellanas
Les pagan a «qué quiés, boca».
De luz, pues, y de ganado
Se cubre la vega toda,
Y el aire de la armonía
Que despide una zampoña,
Profundamente tañida

De un cuitado que la sopla,
Quizá tan profundamente
Que no hay Judas que la oya.
Guarda el pobre unas ovejas,
Si el que se las deja solas
Las guarda, y a sus rediles
No las vuelve, o vuelve pocas;
Culpa de un Dios que, aunque ciego,
Clava una saeta en otra,
Y calienta, aunque desnudo,
El muro helado de Troya
(Cuando criminante y bella
Salió ministrando aljófara),
Del sacro Betis la Ninfa
Que vio España más hermosa;
Tan celada de su padre,
Que el lado aún no le perdona,
Y si hay sombras de cristal,
La Ninfa se ha vuelto sombra.
Viola en las selvas un día
En una virginal tropa
De secuaces de Diana,
Saeteando una corza.
Nunca la viera el cuitado,
Y no dejara en mal hora
Por el campo su hacienda,
Por el río su memoria.
Desde entonces los carneros
Van perdiendo sus esposas,
Y de lanas de bayeta
Les va el lobo haciendo lobas.
Río abajo, río arriba,
Pasos gasta, viento compra,
Que se venden por suspiros
Y valen misericordia.
Tantos días, tantas veces
Oyó su voz lagrimoso
El río desde su urna,
Que un día sacó la cholla,
Y le halló entre unos carrizos
Ventoseando unas coplas,
En favor a lo que dicen
De su húmida señora,
Que lo oía entre unos sauces
Haciendo desdén y pompa
Del pastor y de sus versos,
Zahareña y gloriosa.
De las plumas de una mimbre
Cortó el viejo dos garzotas,
Y en el envés de la Ninfa
Me las desnudó de hojas.
Cansado, pues, el pastor
De invocar piedad tan sorda,
De mi bella pastorcilla
El dulce favor implora.
Un rato le ruega humilde

Que su lira sonora
Al aire haga y al río
Cualque suave lisonja.
Condescendió con sus ruegos
Cloris, y luego a la hora
yerba y flores a porfía
le tejieron una alfombra.
Pulsó las templadas cuerdas,
y al punto el cielo se escombra,
el aire se purifica,
la ribera se convoca.
Las Ninfas que de aquel soto
los muchos árboles honran,
vistiéndose miembros bellos
desnudan cortezas toscas.
A un verde arrayán florido
Se casaron dos palomas,
Blancas señas de que el aire
La madre de Amor corona.
Un dulce lascivo enjambre
De hijuelos de la Diosa,
Vertiendo nubes de flores
Jazmines llueven y rosas.
Sofrenó el Sol sus caballos
Para oír a mi pastora,
Tanto, que besó algún signo
Las caderas luminosas;
Y fue tal la sofrenada,
Que con las lucientes colas
Ensuciaron y aun barrieron
Dos tachones de la zona.
Su verde cabello el Betis
Descubrió, y su barba undosa,
Y el húmido cuerpo luego
Vestido de juncos y ovas.
La hija aguarda que el padre
Todo el campo reconozca,
Y a las detenidas aguas
fla luego la persona.
Salió de espumas vestida,
y por lo que es vergonzosa,
calzada una celosía
de caracoles y conchas.
¡Oh, lo que diera el pastor
por ser aquel día babosa
de algún caracol de aquellos!...
Mas quédese aquí esta historia.

A UNA CASA DE CAMPO DONDE ESTABA UNA DAMA A QUIEN CELEBRABA

Si ya la vista, de llorar cansada,
De cosa puede prometer certeza,
Bellísima es aquella fortaleza
Y generosamente edificada.
Palacio es de mi bella celebrada,
Templo de Amor, alcázar de nobleza,
Nido del Fénix de mayor belleza

Que bate en nuestra edad pluma dorada.
Muro que sojuzgáis el verde llano,
Torres que defendéis el noble muro,
Almenas que a las torres sois corona,
Cuando de vuestro dueño soberano
Merezcáis ver la celestial persona,
Representadle mi destierro duro.

A UNA CASERÍA, DONDE HABITABA UNA DAMA A QUIEN SERVÍA

Oh piadosa pared, merecedora
De que el tiempo os reserve de sus daños,
Pues sois tela do justan mis engaños
Con el fiero desdén de mi señora,
Cubra esas nobles faltas desde ahora,
No estofa humilde de flamencos paños
(Do el tiempo puede más), sino, en mil años,
Verde tapiz de yedra vividora;
Y vos, aunque pequeño, fiel resquicio
(Porque del carro del cruel destino
No pendan mis amores por trofeos),
Ya que secreto, sedme más propicio
Que aquel que fue en la gran ciudad de Nino
Barco de vistas, puente de deseos.

A UNA DAMA QUE CONOCIÓ NIÑA Y DESPUÉS VIO MUJER MUY HERMOSA

Si Amor entre las plumas de su nido
Prendió mi libertad, ¿qué hará ahora,
Que en tus ojos, dulcísima señora,
Armado vuela, ya que no vestido?
Entre las violetas fui herido
Del áspid que hoy entre los lilios mora;
Igual fuerza tenías siendo aurora,
Que ya como sol tienes bien nacido.
Saludaré tu luz con voz doliente,
Cual tierno ruiseñor en prisión dura
Despide quejas, pero dulcemente.
Diré como de rayos vi tu frente
Coronada, y que hace tu hermosura
Cantar las aves, y llorar la gente.

A UNA DAMA VESTIDA DE LEONADO

Del color noble que a la piel vellosa
De aquel animal dio naturaleza
Que de corona ciñe su cabeza,
Rey de las otras, fiera generosa,
Vestida vi a la bella desdeñosa,
Tal, que juzgué, no viendo su belleza
(Según decía el color con su fiereza),
Que la engendró la Libia ponzoñosa;
Mas viéndola, que Alcides muy ufano
Por ella en tales paños bien podía
Mentir su natural, seguir su antojo,
Cual ya en Lidia torció con torpe mano
El huso, y presumir que se vestía
Del nemeo león el gran despojo.

A UNA ENFERMEDAD DE DOÑA CATALINA DE LA CERDA

Sacra planta de Alcides, cuya rama
Fue todo de la yerba, fértil soto
Que al tiempo mil libreas le habéis roto
De frescas hojas, de menuda grama:
Sed hoy testigos destas que derrama
Lágrimas Licio, y deste humilde voto
Que al rubio Febo hace, viendo a Cloto
De su Clori romper la vital trama.
Ardiente morador del sacro coro,
Si libre a Clori por tus manos deja
De alguna yerba algún secreto jugo,
Tus aras teñirá este blanco toro,
Cuya cerviz así desprecia el yugo
Como el de Amor la enferma zagaleja.

A UNA SANGRÍA DE UN PIE

Herido el blanco pie del hierro breve,
Saludable si agudo, amiga mía,
Mi rostro tiñes de melancolía,
Mientras de rosicler tiñes la nieve.
Temo (que quien bien ama, temer debe)
El triste fin de la que perdió el día,
En roja sangre y en ponzoña fría
Bañado el pie que descuidado mueve.
Temo aquel fin, porque el remedio para,
Si no me presta el sonoro Orfeo
Con su instrumento dulce su voz clara.
¡Mas ay, que cuando no mi lira, creo
Que mil veces mi voz te revocara,
Y otras mil te perdiera mi deseo!

A UNOS ÁLAMOS BLANCOS 1

Verdes hermanas del audaz mozuelo
Por quien orilla el Po dejastes presos
En verdes ramas ya y en troncos gruesos
El delicado pie, el dorado pelo,
Pues entre las rüinas de su vuelo
Sus cenizas bajar en vez de huesos,
Y sus errores largamente impresos
De ardientes llamas vistas en el cielo,
Acabad con mi loco pensamiento,
Que gobernar tal carro no presuma,
Antes que le desate por el viento
Con rayos de desdén la beldad suma,
Y las reliquias de su atrevimiento
Esconda el desengaño en poca espuma.

A UNOS ÁLAMOS BLANCOS 2

Gallardas plantas, que con voz doliente
Al osado Faetón llorastes vivas,
Y ya sin invidiar palmas ni olivas,
Muertas podéis ceñir cualquiera frente,
Así del Sol estuvo al rayo ardiente
Blanco coro de Náyades lascivas
Precie más vuestras sombras fugitivas

Que verde margen de escondida fuente,
Y así bese (a pesar del seco estío)
Vuestros troncos (ya un tiempo pies humanos)
El raudo curso deste undoso río,
Que lloréis (pues llorar sólo a vos toca
Locas empresas, ardimientos vanos)
Mi ardimiento en amar, mi empresa loca.

A SU HIJO DEL MARQUÉS DE AYAMONTE, QUE EXCUSE LA MONTERÍA

Deja el monte, garzón bello, no fies
Tus años dél, ni nuestras esperanzas;
Que murallas de red, bosques de lanzas
Menosprecian los fieros jabalíes.
En sangre a Adonis, si no fue en rubíes,
Tañeron mal celosas asechanzas,
Y en urna breve funerales danzas
Coronaron sus huesos de alhelíes.
Deja el monte, garzón; poco el luciente
Venablo en Ida aprovechó al mozuelo
Que estrellas pisa ahora en vez de flores.
Cruel verdugo el espumoso diente,
Torpe ministro fue el ligero vuelo
(No sepas más) de celos y de amores.

ACREDITA LA ESPERANZA CON HISTORIAS SAGRADAS

Cuantos forjare más hierros el hado
A mi esperanza, tantos oprimido
Arrastraré cantando, y su rüido
Instrumento a mi voz será acordado.
Joven mal de la invidia perdonado,
De la cadena tarde redimido,
De quien por no adorarle fue vendido,
Por haberle vendido fue adorado.
¿Qué piedra se le opuso al soberano
Poder, calificada aun de real sello,
Que el remedio frustrase del que espera?
Conducido alimenta, de un cabello,
Uno a otro profeta. Nunca en vano
Fue el esperar, aun entre tanta fiera.

AL CONDE DE LEMUS, VINIENDO DE SER VIRREY DE NÁPOLES

Florido en años, en prudencia cano,
Riberas del Seбето, río que apenas
Obscurecen sus aguas sus arenas,
Gran freno moderó tu cuerda mano;
Donde mil veces escuchaste en vano
Entre los remos y entre las cadenas,
No ya ligado al árbol, las sirenas
Del lisonjero mar napolitano.
Quede en mármol tu nombre esclarecido,
Firme a las ondas, sordo a su armonía,
Blasón del tiempo, escollo del olvido,
Oh Águila de Castro, que algún día
Será para escribir tu excelso nido
Un cañón de tus alas pluma mía.

AL CONDE DE LEMUS, YÉNDOLE A VISITAR A MONFORTE

Llegué a este Monte fuerte, coronado
De torres convecinas a los cielos,
Cuna siempre real de tus abuelos,
Del Reino escudo, y silla de su estado.
El templo vi a Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos,
Si todo lo moderno tiene celos,
Tuviera invidia todo lo pasado.
Sacra erección de príncipe glorioso,
Que ya de mejor púrpura vestido
Rayos ciñe de luz, estrellas pisa.
¡Oh, cuánto deste monte imperioso
Descubro! Un mundo veo. Poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.

**AL CONDE DE VILLAMEDIANA, CELEBRANDO EL GUSTO QUE TUVO EN DIAMANTES,
PINTURAS Y CABALLOS**

Las que a otros negó piedras Oriente,
Émulas brutas del mayor lucero,
Te las expone en plomo su venero,
Si ya al metal no atadas más luciente.
Cuanto en tu camarín pincel valiente,
Bien sea natural, bien extranjero,
Afecta mudo voces, y parlero
Silencio en sus vocales tintas miente.
Miembros apenas dio al soplo más puro
Del viento su fecunda madre bella,
Iris, pompa del Betis, sus colores;
Que fuego él espirando, humo ella,
Oro te muerden en su freno duro,
Oh esplendor generoso de señores.

AL CONDE DE VILLAMEDIANA, DE SU FAETÓN

En vez de las Helíades, ahora
Coronan las Píerides el Pado,
Y tronco la más culta levantado,
Suda electro en los números que llora.
Plumas vestido ya las aguas mora
Apolo, en vez del pájaro nevado
Que a la fatal del Joven fulminado
Alta rüina, voz debe canora.
¿Quién, pues, verdes cortezas, blanca pluma
Les dio? ¿Quién de Faetón el ardimiento,
A cuantos dora el Sol, a cuantos baña
Términos del océano la espuma,
Dulce fía? Tú métrico instrumento,
Oh Mercurio del Júpiter de España.

**AL DOCTOR NARBONA, PIDIÉNDOLE UNOS ALBARCOQUES QUE HABÍA OFRECIDO ENVIARLE
DESDE TOLEDO**

Mis albarcoques sean de Toledo,
Cultísimo Doctor; lo damasquino
A un alfanje se quede sarracino,
Que en albarcoques aun le tengo miedo.
Vengan (aunque es la voz antigua) cedo,

No a manos del señor don Bernardino,
Que por negarle un cuesco al más vecino,
Degollaré sin cadahalso un pedo.
Si espiró el cigarral, barbo luciente
Supla las frutas de que se corona,
Cuando no anguila que sus tactos miente:
De parte de don Luis se les perdona
La calidad de entre una y otra puente,
Como sean del golfo de Narbona.

AL DUQUE DE FERIA, DE LA SEÑORA DOÑA CATALINA DE ACUÑA

Oh marinero, tú que, cortesano,
Al Palacio le fías tus entenas,
Al Palacio Real, que de Sirenas
Es un segundo mar napolitano,
Los remos deja, y una y otra mano
De las orejas las desvía apenas;
Que escollo es, cuando no sirte de arenas,
La dulce voz de un serafín humano.
Cual su acento, tu muerte será clara
Si espira suavidad, si gloria espira
Su armonía mortal, su beldad rara.
Huye de la que, armada de una lira,
Si rocas mueve, si bajeles para,
Cantando mata al que matando mira.

AL LLANTO Y SUSPIROS DE UNA DAMA

Cual parece al romper de la mañana
Aljófar blanco sobre frescas rosas,
O cual por manos hecha, artificiosas,
Bordadura de perlas sobre grana,
Tales de mi pastora soberana
Parecían las lágrimas hermosas
Sobre las dos mejillas milagrosas,
De quien mezcladas leche y sangre mana.
Lanzando a vueltas de su tierno llanto
Un ardiente suspiro de su pecho,
Tal que el más duro canto enterneciera,
Si enternecer bastara un duro canto,
Mirad qué habrá con un corazón hecho,
Que al llanto y al suspiro fue de cera.

AL MARQUÉS DE AYAMONTE, DETERMINADO A NO IR A MÉXICO

Volvió al mar Alción, volvió a las redes
De cáñamo, excusando las de hierro;
Con su barquilla redimió el destierro,
Que era desvío y parecía mercedes.
Redujo el pie engañado a las paredes
De su alquería, y al fragoso cerro
Que ya con el venablo y con el perro
Pisa Lesbín, segundo Gaminedes:
Gallardo hijo suyo, que los remos
Menospreciando con su bella hermana,
La montería siguen importuna,
Donde la Ninfa es Febo y es Diana,
Que en sus ojos del Sol los rayos vemos,

Y en su arco los cuernos de la Luna.

AL MARQUÉS DE AYAMONTE, PARTIENDO DE SU CASA PARA MADRID

Vencidas de los Montes Marianos
Las altas cumbres, con rigor armadas
De calvos riscos, de hayas levantadas,
Cunas inaccesibles de milanos,
Y el río que a piratas africanos
Espadañas opone en vez de espadas,
Testigos son las torres coronadas
De Lepe, cuando no lo sean los llanos.
Pisado el yugo al Tajo y sus espumas,
Que salpicando os dorarán la espuela,
El nido venerad humildemente
Del Fénix hoy que reinos son sus plumas.
¿Qué mucho si el Oriente es, cuando vuela,
Una ala suya, y otra el Occidente?

AL MARQUÉS DE AYAMONTE QUE, PASANDO POR CÓRDOBA, LE MOSTRÓ UN RETRATO DE LA MARQUESA

Clarísimo Marqués, dos veces claro,
Por vuestra sangre y vuestro entendimiento,
Claro dos veces otras, y otras ciento
Por la luz, de que no me sois avaro,
De los dos soles que el pincel más raro
Dio de su luminoso firmamento
A vuestro seno ilustre (atrevimiento
Que aun en cenizas no saliera caro);
¿Qué águila, señor, dichosamente
La región penetró de su hermosura
Por copiaros los rayos de su frente?
Cebado vos los ojos de pintura,
En noche camináis, noche luciente,
Que mal será con dos soles obscura.

AL MARQUÉS DE VELADA, HERIDO DE UN TORO QUE MATÓ LUEGO A CUCHILLADAS

Con razón, gloria excelsa de Velada.
Te admira Europa, y tanto, que celoso
Su robardor mentido pisa el coso,
Piel este día, forma no alterada.
Buscó tu fresno, y extinguió tu espada
En su sangre su espíritu fogoso:
Si de tus venas ya lo generoso
Poca arena dejó calificada.
Lloró su muerte el Sol, y del segundo
Lunado signo su esplendor vistiendo,
A la satisfacción se disponía;
Cuando el monarca deste y de aquel mundo
Dejar te mandó el circo, previniendo
No acabes dos planetas en un día.

AL MISMO

Ser pudiera tu pira levantada,
De aromáticos leños construida,
Oh Fénix en la muerte, si en la vida
Ave, aun no de sus pies desengañada.

Muere en quietud dichosa y consolada
A la región asciende esclarecida,
Pues de más ojos que desvanecida
Tu pluma fue, tu muerte es hoy llorada.
Purificó el cuchillo, en vez de llama,
Tu ser primero, y gloriosamente
De su vertida sangre renacido,
Alas vistiendo, no de vulgar fama,
De cristiano valor sí, de fe ardiente,
Más deberá a su tumba que a su nido.

AL MONTE SANTO DE GRANADA

Este monte de cruces coronado,
Cuya siempre dichosa excelsa cumbre
Espira luz y no vomita lumbre,
Etna glorioso, Mongibel sagrado,
Trofeo es dulcemente levantado,
No ponderosa grave pesadumbre,
Para oprimir sacrílega costumbre
De bando contra el cielo conjurado.
Gigantes miden sus ocultas faldas,
Que a los cielos hicieron fuerza, aquella
Que los cielos padecen fuerza santa.
Sus miembros cubre y sus reliquias sella
La bien pasada tierra. Veneradlas
Con tiernos ojos, con devota planta.

AL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Caído se le ha un Clavel
Hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenía
Todas las cosas del suelo,
Y, coronada del yelo,
Reinaba la noche fría,
En medio la monarquía
De tiniebla tan cruel,
Caído se le ha un Clavel
Hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!
De un solo Clavel ceñida,
La Virgen, Aurora bella,
Al mundo se lo dio, y ella
Quedó cual antes florida;
A la púrpura caída
Solo fue el heno fiel.
Caído se le ha un Clavel
Hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!
El heno, pues, que fue dino,
A pesar de tantas nieves,
De ver en sus brazos leves
Este rosicler divino

Para su lecho fue lino,
Oro para su dosel.
Caído se le ha un Clavel
Hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!

AL PADRE FRANCISCO DE CASTRO, DE SU LIBRO RETÓRICA

Si ya el griego orador la edad presente,
O el de Arpinas dulcísimo abogado
Merecieran gozar, más enseñado
Éste quedara, aquél más elocuente,
Del bien decir bebiendo en la alta fuente,
Que en tantos ríos hoy se ha desatado
Cuantos en culto estilo nos ha dado
Libros vuestra Retórica excelente.
Vos reducís, oh Castro, a breve suma
El difuso canal desta agua viva;
Trabajo tal el tiempo no consuma,
Pues de laurel ceñido y sacra oliva,
Hacéis a cada lengua, a cada pluma,
Que hable néctar y que ambrosía escriba.

AL PADRE JUAN DE PINEDA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, POR HABER ANTEPUESTO UN SONETO AL QUE EL POETA HIZO EN LA BEATIFICACIÓN DE SAN IGNACIO (atribuido)

¿Yo en justa injusta expuesto a la sentencia
De un positivo padre azafranado?
Paciencia, Job, si alguna os han dejado
Prolijos los escritos de su Encia.
Consuelo me daréis, si no paciencia,
Porque en suertes entré, y fui desgraciado,
En el mes que perdió el apostolado
Un Justo por divina providencia.
¿Quién justa do la tela es pinavete,
Y no muy de Segura, aunque sea pino,
Que ayer fue pino, y hoy podrá ser vete?
No más judicatura de teatino,
Cofre, digo, overo con bonete,
Que tiene más de tea que de tino.

AL PADRE MAESTRO HORTENSIO, DE UNA AUDIENCIA DEL PADRE MAESTRO FRAY LUIS DE ALIAGA, CONFESOR DEL REY DON FELIPE III

Al que de la consciencia es del Tercero
Filipo digno oráculo prudente,
De una y otra saeta impertinente
Si mártir no le vi, le vi terrero.
Tanto, pues, le ceñía balletero,
Cuanta le estaba coronando gente,
Dejándole el concurso el despidiente
Hecho pedazos, pero siempre entero.
Hortensio mío, si esta llamo audiencia,
¿Cuál llamaré robusta montería,
Donde cient flechas cosen un venado?
Ponderé en nuestro dueño una paciencia,
Que en la atención modesta fue alegría
Y en la resolución sucinto agrado.

AL POETA PEDRO SOTO DE ROJAS

Poco después que su cristal dilata,
Orla el Dauro los márgenes de un Soto,
Cuyas plantas Genil besa devoto,
Genil, que de las nieves se desata.
Sus corrientes por él cada cual trata
Las escuche el Antípoda remoto,
Y el culto seno de sus minas roto,
Oro al Dauro le preste, al Genil plata.
Él, pues, de rojas flores coronado,
Nobles en nuestra España por ser Rojas,
Como bellas al mundo por ser flores,
Con rayos dulces mil de Sol templado
Al mirto peina, y al laurel las hojas,
Monte de musas ya, jardín de amores.

AL PUERTO DE GUADARRAMA, PASANDO POR ÉL LOS CONDES DE LEMUS

Montaña inaccesible, opuesta en vano
Al atrevido paso de la gente
(O nubes humedezcan tu alta frente,
O nieblas ciñan tu cabello cano),
Caistro el mayoral, en cuya mano
En vez de bastón vemos el tridente,
Con su hermosa Silvia, Sol luciente
De rayos negros, serafín humano,
Tu cerviz pisa dura; y la pastora
Yugo te pone de cristal, calzada
Coturnos de oro el pie, armiños vestida.
Huirá la nieve de la nieve ahora,
O ya de los dos soles desatada,
O ya de los dos blancos pies vencida.

AL SOL, PORQUE SALIÓ, ESTANDO CON SU DAMA, Y LE FUE FORZADO DEJARLA

Ya besando unas manos cristalinas,
Ya anudándome a un blanco y liso cuello,
Ya esparciendo por él aquel cabello
Que Amor sacó entre el oro de sus minas,
Ya quebrando en aquellas perlas finas
Palabras dulces mil sin merecello,
Ya cogiendo de cada labio bello
Purpúreas rosas sin temor de espinas,
Estaba, oh claro Sol invidioso,
Cuando tu luz, hiriéndome los ojos,
Mató mi gloria y acabó mi suerte.
Si el cielo ya no es menos poderoso,
Por que no den los tuyos más enojos,
Rayos, como a tu hijo, te den muerte.

AL TRAMONTAR DEL SOL, LA NINFA MÍA,

Al tramontar del Sol, la ninfa mía,
De flores despojando el verde llano,
Cuántas troncaba la hermosa mano,
Tantas el blanco pie crecer hacía.
Ondeábale el viento que corría
El oro fino con error galano,

Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del día.
Mas luego que ciñó sus sienes bellas
De los varios despojos de su falda
(Término puesto al oro y a la nieve),
Juraré que lució más su guirnalda
Con ser de flores, la otra ser de estrellas,
Que la que ilustra el cielo en luces nueve.

DE LAS MUERTES DE DON RODRIGO CALDERÓN, DEL CONDE DE VILLAMEDIANA Y CONDE DE LEMUS

Al tronco descansaba de una encina
Que invidia de los bosques fue lozana,
Cuando segur legal una mañana
Alto horror me dejó con su ruina.
Laurel que de sus ramas hizo dina
Mi lira, ruda sí, mas castellana,
Hierro luego fatal su pompa vana
(Culpa tuya, Calíope) fulmina.
En verdes hojas cano el de Minerva
Árbol culto, del Sol yace abrasado,
Aljófár, sus cenizas, de la yerba.
¡Cuánta esperanza miente a un desdichado!
¿A qué más desengaños me reserva,
A qué escarmientos me vincula el hado?

AL TRONCO FILIS DE UN LAUREL SAGRADO

Al tronco Filis de un laurel sagrado
Reclinada, el convexo de su cuello
Lamía en ondas rubias el cabello,
Lascivamente al aire encomendado.
Las hojas del clavel, que había juntado
El silencio en un labio y otro bello,
Violar intentaba, y pudo hacello,
Sátiro mal de hiedras coronado;
Mas la invidia interpuesta de una abeja,
Dulce libando púrpura, al instante
Previno la dormida zagaleja.
El semidiós, burlado, petulante,
En atenciones tímidas la deja
De cuanto bella, tanto vigilante

AL TÚMULO DE ÉCIJA, EN LAS HONRAS DE LA SEÑORA REINA DOÑA MARGARITA

Ícaro de bayeta, si de pino
Cíclope no, tamaño como el rollo,
¿Volar quieres con alas a lo pollo,
Estando en cuatro pies a lo pollino?
¿Qué Dédalo te induce peregrino
A coronar de nubes el meollo,
Si las ondas que el Betis de su escollo
Desata han de infamar tu desatino?
No des más cera al Sol, que es bobería,
Funeral avestruz, máquina alada,
Ni alimentos gacetas en Europa.
Aguarda a la ciudad, que a mediodía,
Si mase Duelo no en capirota,

La servirá mase Bochorno en sopa.

ALEGORÍA DE LA PRIMERA DE SUS SOLEDADES

Restituye a tu mundo horror divino,
Amiga Soledad, el pie sagrado,
Que captiva lisonja es del poblado
En hierros breves pájaro ladino.
Prudente cónsul, de las selvas dino,
De impedimentos busca desatado
Tu Claustro verde, en valle profanado
De fiera menos que de peregrino.
¡Cuán dulcemente de la encina vieja
Tórtola viuda al mismo bosque incierto
Apacibles desvíos aconseja!
Endeche el siempre amado esposo muerto
Con voz doliente, que tan sorda oreja
Tiene la soledad como el desierto.

EN LA MUERTE DE UNA DAMA PORTUGUESA EN SANTARÉN

Aljófares risueños de Albiela
Al blanco alterno pie fue vuestra risa,
En cuantos ya tejió coros Belisa,
Undosa de cristal, dulce vihuela;
Instrumento hoy de lágrimas, no os duela
Su epiciclo, de donde nos avisa
Que rayos ciñe, que zafiros pisa,
Que sin moverse, en plumas de oro vuela.
Pastor os duela amante, que si triste
La perdió su deseo en vuestra arena,
Su memoria en cualquier región la asiste;
Lagrimoso informante de su pena
En las cortezas que el alisio viste,
En los suspiros cultos de su avena.

AMARRADO AL DURO BANCO

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena:
«¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!,
»Pues eres tú el mismo mar
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria,
Coronadas y soberbias,
»Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras;
»Porque si es verdad que llora

Mi captiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
A mis demandas respuesta,
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lengua,
»Pero, pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que vivo yo en su ausencia.
»¡Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado
A nadie matarán penas!»
En esto se descubrieron
De la Religión seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

ANSARES DE MENGA

Ansares de Menga
Al arroyo van:
Ellos visten nieve,
Él corre cristal.
El arroyo espera
Las hermosas aves,
Que cisnes suaves
Son de su ribera;
Cuya Venus era
Hija de Pascual.
Ellos visten nieve,
Él corre cristal.
Pudiera la pluma
Del menos bizarro
Conducir el carro
De la que fue espuma.
En beldad, no en suma,
Lucido caudal,
Ellos visten nieve,
Él corre cristal.
Trenzado el cabello
Los sigue Minguilla,
Y en la verde orilla
Desnuda el pie bello,
Granjeando en ello
Marfil oriental
Ellos -(los que)- visten nieve,
Él corre cristal.
La agua apenas trata
Cuando dirás que
Se desata el pie,
Y no se desata,
Plata dando a plata
Con que, liberal,
Los viste de nieve,

Le presta cristal

AQUÍ ENTRE LA VERDE JUNCIA

Aquí entre la verde juncia
Quiero (como el blanco cisne
Que envuelto en dulce armonía,
La dulce vida despide)
Despedir mi vida amarga
Envuelta en endechas tristes,
Y querellarme de aquella
Tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
De la cuerda que le aflige,
Y pendiente de sus ramos
Orne esta planta de Alcides,
Mientras yo a la tortolilla
Que sobre aquel olmo gime,
Le hurto todo el silencio
Que para sus quejas pide.
Bellísima cazadora,
Más fiera que las que sigues
Por los bosques cruel verdugo
De mis años infelices:
Tan grandes son tus extremos
De hermosa y de terrible,
Que están los montes en duda
Si eres diosa o si eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
Contra quien es tan humilde
Que, considerados bien,
Todos los monteros dicen
Que los dos nos parecemos
Al roble que más resiste
Los soplos del viento airado:
Tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto sólo eres roble,
Y en lo demás flaca mimbre,
No sólo a los recios vientos,
Mas a los aires sutiles.
Ya no persigues, cruel,
Después que a mí me persigues,
A los ciervos voladores
Ni a los fieros jabalíes.
Ni de tu dichoso albergue
Las nobles paredes visten
Los despojos de las fieras
Que, como a mí, muerte diste.
No porque no gustes de ello,
Sino porque no te obligue
El encontrarme en la caza
A que siquiera me mires.
Los monteros te suspiran
Por todos estos confines,
Y el mismo monte se agravia
De que tus pies no le pisen,
Por el rastro que dejaban

De rosas y de jazmines,
Tanto que eran a sus campos
Tus dos plantas dos abriles.
Haz tu gusto, que yo quiero
Dejar (pues de ello te sirves)
El espíritu cansado
Que mis flacos miembros rige.
Conseguiremos en esto
Ambos a dos nuestros fines:
Tú el de cruel en dejarme,
Yo el de leal en morirme.
Tú, rey de los otros ríos,
Que de las sierras sublimes
De Segura al Oceano
El fértil terreno mides,
Pues en tu dichoso seno
Tantas lágrimas recibes
De mis ojos, que en el mar
Entran dos Guadalquivires,
Ruégote que su crueldad
Y mi firmeza publiques
Por todo el húmedo reino
De la gran madre de Aquiles,
Porque no sólo en las selvas,
Mas los que en las aguas viven
Conozcan quién es Daliso
Y quién es la ingrata Nise.

AUNQUE A ROCAS DE FE LIGADA VEA

Aunque a rocas de fe ligada vea
Con lazos de oro la hermosa nave
Mientras en calma humilde, en paz sùave
Serenos el mar la vista lisonjea;
Y aunque el céfiro esté (porque le crea)
Tasando el viento que en las velas cabe,
Y el fin dichoso del camino grave
En el aspecto celestial se lea,
He visto blanqueando las arenas
De tantos nunca sepultados huesos,
Que el mar de Amor tuvieron por seguro,
Que dél no fío, si sus flujos gruesos
Con el timón o con la voz no enfrenas,
¡Oh dulce Arión, oh sabio Palinuro!

EN LA MUERTE DE UN CABALLERO MOZO

Ave real de plumas tan desnuda,
Que aun de carne voló jamás vestida,
Cuya garra, no en miembros dividida,
Inexorable es guadaña aguda;
Lisonjera a los cielos o sañuda
Contra los elementos de una vida,
Florida en años, en beldad florida,
Cuál menos piedad árbitra lo duda,
No a deidad fabulosa hoy arrebatada
Garzón, que en vez del venatorio acero
Cristal ministro impuro, si no alado

Espíritu que, en cítara de plata,
Al Júpiter dirige verdadero
Un dulce y otro cántico sagrado.

EN EL SEPULCRO DE LA DUQUESA DE LERMA

¡Ayer deidad humana, hoy poca tierra:
Aras ayer, hoy túmulo, oh mortales!
Plumas, aunque de águilas reales,
Plumas son; quien lo ignora, mucho yerra.
Los huesos que hoy este sepulcro encierra,
A no estar entre aromas orientales,
Mortales señas dieran de mortales;
La razón abra lo que el mármol cierra.
La Fénix que ayer Lerma fue su Arabia
Es hoy entre cenizas un gusano,
Y dé consciencia a la persona sabia.
Si una urca se traga el oceano,
¿Qué espera un bajel luces en la gavia?
Tome tierra, que es tierra el ser humano.

BIEN PUEDE SER

Bien puede ser;
Que pida a un galán Minguilla
Cinco puntos de jervilla,
Bien puede ser;
Mas que calzando diez Menga,
Quiera que justo le venga,
No puede ser.
Que se case un don Pelote
Con una dama sin dote,
Bien puede ser;
Mas que no dé algunos días
Por un pan las damerías,
No puede ser.
Que la viuda en el sermón
Dé mil suspiros sin son,
Bien puede ser;
Mas que no los dé, a mi cuenta,
Porque sepan dó se sienta,
No puede ser.
Que esté la bella casada
Bien vestida y mal celada,
Bien puede ser;
Mas que el bueno del marido
No sepa quién dio el vestido,
No puede ser.
Que anochezca cano el viejo,
Y que amanezca bermejo,
Bien puede ser;
Mas que a creer nos estreche
Que es milagro y no escabeche
No puede ser.
Que se precie un don Pelón
Que se comió un perdigón,
Bien puede ser;
Mas que la biznaga honrada

No diga que fue ensalada,
No puede ser.
Que olvide a la hija el padre
De buscarle quien le cuadre,
Bien puede ser;
Mas que se pase el invierno
Sin que ella le busque yerno,
No puede ser.
Que la del color quebrado
Culpe al barro colorado,
Bien puede ser;
Mas que no entendamos todos
Que aquestos barro son lodos,
No puede ser.
Que por parir mil loquillas
Enciendan mil candelillas,
Bien puede ser;
Mas que, público o secreto,
No haga algún cirio efeto,
No puede ser.
Que sea el otro Letrado
Por Salamanca aprobado,
Bien puede ser;
Mas que traiga buenos guantes
Sin que acudan pleiteantes,
No puede ser.
Que sea médico más grave
quien más aforismos sabe,
Bien puede ser;
mas que no sea más experto
el que más hubiere muerto,
No puede ser.
Que acuda a tiempo un galán
con un dicho y un refrán,
Bien puede ser;
mas que entendamos por eso
que en Floresta no está impreso,
No puede ser.
Que oiga Menga una canción
Con piedad y atención,
Bien puede ser;
Mas que no sea más piadosa
A dos escudos en prosa,
No puede ser.
Que sea el Padre Presentado
Predicador afamado,
Bien puede ser;
Mas que muchos puntos buenos
No sean estudios ajenos,
No puede ser.
Que una guitarrilla pueda
Mucho, después de la queda,
Bien puede ser;
Mas que no sea necedad
Despertar la vecindad,
No puede ser.

Que el mochilero o soldado
Deje su tercio embarcado,
Bien puede ser;
Mas que le crean de la guerra
Porque entró roto en su tierra,
No puede ser.
Que se emplee el que es discreto
En hacer un buen soneto,
Bien puede ser;
Mas que un menguado no sea
El que en hacer dos se emplea,
No puede ser.
Que quiera una dama esquiva
Lengua muerta y bolsa viva,
Bien puede ser;
Mas que halle, sin dar puerta,
Bolsa viva y lengua muerta,
No puede ser.
Que el confeso al caballero
Socorra con su dinero,
Bien puede ser;
Mas que le dé, porque presta,
Lado el día de la fiesta,
No puede ser.
Que junte un rico avariento
Los doblones ciento a ciento,
Bien puede ser;
Mas que el sucesor gentil
No los gaste mil a mil,
No puede ser.
Que se pasee Narciso
Con un cuello en paraíso,
Bien puede ser;
Más que no sea notorio
Que anda el cuerpo en purgatorio,
No puede ser.

BURLÁNDOSE DE UN CABALLERO PREVENIDO PARA UNAS FIESTAS

Sea bien matizada la librea,
Las plumas de un color, negro el bonete,
La manga blanca, no muy de roquete,
Y atada al brazo prenda de Niquea;
Cifra que hable, mote que se lea,
Bien guarnecida espada de jinete,
Borceguí nuevo, plata y tafilete,
Jaez propio, bozal no de Guinea;
Caballo valenzuela bien tratado,
Lanza que junte el cuento con el hierro,
Y sin veleta al Amadís, que espera
Entrar cuidadosamente descuidado,
Firme en la silla, atento en la carrera...
Y quiera Dios que se atravesase un perro.

DILATÁNDOSE UNA PENSIÓN QUE PRETENDÍA

Camina mi pensión con pies de plomo,
El mío, como dicen, en la huesa;

A ojos yo cerrados, tenue o gruesa,
Por dar más luz al mediodía la tomo.
Merced de la tijera a punta o lomo
Nos conhorta aun de murtas una mesa;
Ollai la mejor voz es portuguesa,
Y la mejor ciudad de Francia, Como.
No más, no, borceguí; mi chimenea,
Basten los años que ni aun breve raja
De encina la perfuma o de aceituno.
¡Oh cuánto tarda lo que se desea!
Llegue; que no es pequeña la ventaja
Del comer tarde al acostarse ayuno.

DÉJAME EN PAZ, AMOR TIRANO

Déjame en paz, Amor tirano,
Ciego que apuntas y atinas,
Caduco dios, y rapaz,
Vendado que me has vendido,
Y niño mayor de edad,
Por el alma de tu madre
—Que murió, siendo inmortal,
De envidia de mi señora—,
Que no me persigas más.
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*

Baste el tiempo mal gastado
Que he seguido a mi pesar
Tus inquietas banderas,
Forajido capitán.
Perdóname, Amor, aquí,
Pues yo te perdono allá
Cuatro escudos de paciencia,
Diez de ventaja en amar.
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*

Amadores desdichados,
Que seguís milicia tal,
Decidme, ¿qué buena guía
Podéis de un ciego sacar?
De un pájaro ¿qué firmeza?
¿Qué esperanza de un rapaz?
¿Qué galardón de un desnudo?
De un tirano, ¿qué piedad?
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*

Diez años desperdicié,
Los mejores de mi edad,
En ser labrador de Amor
A costa de mi caudal.
Como aré y sembré, cogí;
Aré un alterado mar,
Sembré una estéril arena,
Cogí vergüenza y afán.
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*
Una torre fabriqué

Del viento en la raridad,
Mayor que la de Nembrot,
Y de confusión igual.
Gloria llamaba a la pena,
A la cárcel libertad,
Miel dulce al amargo acíbar,
Principio al fin, bien al mal.
*Déjame en paz, Amor tirano,
Déjame en paz.*

DE LOS SEÑORES REYES DON FELIPE III Y DOÑA MARGARITA, EN UNA MONTERÍA

Clavar victorioso y fatigado
Al español Adonis vio la Aurora
Al tronco de una encina vividora
Las prodigiosas armas de un venado.
Conducida llegó a pisar el prado,
Del blanco cisne que en las aguas mora,
Su venus alemana, y fue a tal hora,
Que en sus brazos depuso su cuidado.
«Este trofeo —dijo— a tu infinita
Beldad consagro»; y la lisonja creo
Que en ambos labios se la dejó escrita.
Silbó el aire y la voz de algún deseo,
«¡Viva Filipo, viva Margarita,
—Dijo— los años de tan gran trofeo!»

CON DIFERENCIA TAL, CON GRACIA TANTA

Con diferencia tal, con gracia tanta
Aquel ruseñor llora, que sospecho
Que tiene otros cien mil dentro del pecho
Que alternan su dolor por su garganta;
Y aun creo que el espíritu levanta
—Como en información de su derecho—
A escribir del cuñado el atroz hecho
En las hojas de aquella verde planta.
Ponga, pues, fin a las querellas que usa
Pues ni quejarse ni mudar estanza
Por pico ni por pluma se le veda,
Y llore sólo aquel que su Medusa
En piedra convirtió, por que no pueda
Ni publicar su mal ni hacer mudanza.

¿CUÁL DEL GANGES MARFIL, O CUÁL DE PARO

¿Cuál del Ganges marfil, o cuál de Paro
Blanco mármol, cuál ébano luciente,
Cuál ámbar rubio, o cuál oro excelente,
Cuál fina plata, o cuál cristal tan claro,
Cuál tan menudo aljófar, cuál tan caro
Oriental safir, cuál rubí ardiente,
O cuál, en la dichosa edad presente,
Mano tan docta de escultor tan raro
Bulto de ellos formara, aunque hiciera
Ultraje milagroso a la hermosura
Su labor bella, su gentil fatiga,
Que no fuera figura al Sol de cera,
Delante de tus ojos, su figura,

Oh bella Clori, oh dulce mi enemiga?

DA BIENES FORTUNA

Da bienes Fortuna
que no están escritos:
cuando pitos flautas,
cuando flautas pitos.
¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
A otros sambenitos.
Cuando pitos flautas,
cuando flautas pitos.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero,
Y a quien se le antoja;
La cabra más coja
Pare dos cabritos.
Cuando pitos flautas,
cuando flautas pitos.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó sólo un huevo,
Al sol bambolea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.
Cuando pitos flautas,
cuando flautas pitos.

CUANTAS AL DUERO LE HE NEGADO AUSENTE,

Cuantas al Duero le he negado ausente,
Tantas al Betis lágrimas le fío,
Y, de centellas coronado, el río
Fuego tributa al mar de urna ya ardiente.
Volcán desta agua y destas llamas fuente
Es, ingrata señora, el pecho mío;
Los suspiros lo digan que os envío,
Si la selva lo calla, que lo siente.
Cenefas de este Erídano segundo
Cenizas son; igual mi llanto tierno
A la de Faetón loca experiencia.
Arde el río, arde el mar, humea el mundo;
Si del carro del Sol no es mal gobierno,
Lágrimas y suspiros son de ausencia.

CUATRO O SEIS DESNUDOS HOMBROS

Cuatro o seis desnudos hombros
De dos escollos o tres
Hurtan poco sitio al mar,
Y mucho agradable en él.
Cuánto lo sienten las ondas
Batido lo dice el pie,
Que pólvora de las piedras

La agua repetida es.
Modestamente sublime
Ciñe la cumbre un laurel,
Coronando de esperanzas
Al piloto que le ve.
Verdes rayos de una palma,
Si no luciente, cortés,
Norte frondoso, conducen
El derrotado bajel.
Este ameno sitio breve,
De cabra, apenas montés
Profanado, escaló un día
Mal agradecida fe;
Joven, digo, ya esplendor
Del Palacio de su Rey,
El hueco anima de un tronco
Nueve meses habrá o diez,
A quien, si lecho no blando,
Sueño le debe fiel,
Brame el Austro, y de las rocas
Haga lo que del ciprés.
Arrastrando allí eslabones
De su adorado desdén,
Hierbas cultiva no ingratas
En apacible vergel.
¡Oh, cuán bien las solicita
Sudor fácil, y cuán bien
Émulas responden ellas
Del más valiente pincel!
Confusas entre los lirios
Las rosas se dejan ver,
Bosquejando lo admirable
De su hermosura cruel
Tan dulce, tan natural,
Que abejuela alguna vez
Se caló a besar sus labios
En las hojas de un clavel.
Sierpe de cristal, vestida
Escamas de rosicler,
Se escondía ya en las flores
De la imaginada tez,
Cuando velera paloma,
Alado, si no bajel,
Nubes rompiendo de espuma,
En derrota suya un mes,
Le trajo, si no de oliva,
En las hojas de un papel,
Señas de serenidad,
Si el arco de Amor se cree.

CURA QUE EN LA VECINDAD

Cura que en la vecindad
Vive con desenvoltura,
¿Para qué le llaman cura,
Si es la misma enfermedad?
El Cura que seglar fue,

Y tan seglar se quedó,
Y aunque órdenes recibió
Hoy tan sin orden se ve,
Pues de sus vecinas sé
Que perdió la continencia,
No le llamen Reverencia,
Que se hace Paternidad.
Cura que en la vecindad
Vive con desenvoltura,
¿Para qué le llaman cura,
Si es la misma enfermedad?
Si una y otra es su comadre
De cuantas vecinas vemos,
De hoy más su nombre mudemos
De Cura en el de Compadre:
Y si le llamare Padre
Algún rapaz tiernamente,
La voz de aquel inocente
Misterio encierra y verdad.
Cura que en la vecindad
Vive con desenvoltura,
¿Para qué le llaman cura,
Si es la misma enfermedad?
Cura que a su barrio entero
Trata de escandalizallo,
Ya no es Cura, sino gallo
De todo aquel gallinero;
Que enfermó por su dinero
A las más que toca el preste
Ya no es cura, sino peste
Por tan mala cualidad.
Cura que en la vecindad
Vive con desenvoltura,
¿Para qué le llaman cura,
Si es la misma enfermedad?

DE LA AMBICIÓN HUMANA

Mariposa, no sólo no cobarde,
Mas temeraria, fatalmente ciega,
Lo que la llama al Fénix aun le niega,
Quiere obstinada que a sus alas guarde,
Pues en su daño arrepentida tarde,
Del esplendor solicitada, llega
A lo que luce, y ambiciosa entrega
Su mal vestida pluma a lo que arde.
Yace gloriosa en la que dulcemente
Huesa le ha prevenido abeja breve,
¡Suma felicidad a yerro sumo!
No a mi ambición contrario tan luciente,
Menos activo sí, cuanto más leve,
Cenizas la hará, si abrasa el humo.

DE LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRARIO, DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO, ENTIERRO DEL CARDENAL SANDOVAL

Esta que admiras fábrica, esta prima
Pompa de la escultura, oh caminante,

En púrpuras rebeldes al diamante,
En metales mordidos de la lima,
Tierra sella, que tierra nunca oprima;
Si ignoras cuya, el pie enfrena ignorante,
Y esa inscripción consulta, que elegante
Informa bronce, mármoles anima.
Generosa piedad urnas hoy bellas
Con majestad vincula, con decoro,
A las heroicas ya cenizas santas
De los que, a un campo de oro cinco estrellas
Dejando azules, con mejores plantas
En campo azul, estrellas pisan de oro.

DE LA ESPERANZA

Sople rabiosamente conjurado
Contra mi leño el Austro embravecido,
Que me ha de hallar el último gemido,
En vez de tabla, al áncora abrazado.
¿Qué mucho, si del mármol desatado
Deidad no ingrata la esperanza ha sido
En templo que de velas hoy vestido
Se venera, de mástiles besado?
Los dos lucientes ya del cisne pollos,
De Leda hijos, adoptó: mi entena
Lo testifique dellos ilustrada.
¿Qué fuera del cuitado, que entre escollos,
Que entre montes, que cela el mar, de arena,
Derrotado seis lustros ha que nada?

DE LA JORNADA QUE SU MAJESTAD HIZO A ANDALUCÍA

Los días de Noé bien recelara
Si no hubiera, Señor, jurado el cielo
En su arco tu piedad, o hubiera el hielo
Dejado al arca ondas que surcara.
Dense es mármol la que era fuente clara
A ninfa que peinaba undoso pelo;
Montes coronan de cristal el suelo;
Atado el Betis a su margen para.
A inclemencias, pues, tantas no perdona
El Fénix de Austria, al mar fiando, al viento,
No aromáticos leños, sino alados.
Aun a tu Iglesia más que a su corona
Importan sus progresos acertados:
Serena aquel, aplaca este elemento.

DETERMINADO A DEJAR SUS PRETENSIONES Y VOLVERSE A CÓRDOBA

De la Merced, Señores, despedido,
Pues lo ha querido así la suerte mía,
De mis deudos iré a la Compañía,
No poco de mis deudas oprimido.
Si haber sido del Carmen culpa ha sido,
Sobra el que se me dio hábito un día:
Huélgome que es templada Andalucía,
Ya que vuelvo descalzo al patrio nido.
Mínimo, pues, si capellán indino
Del mayor Rey, Monarca al fin de cuanto

Pisa el sol, lamen ambos oceanos,
La fuerza obedeciendo del destino,
El cuadregesimal voto en tus manos,
Desengaño haré, corrector santo.

DE LA TOMA DE LARACHE

La fuerza que infestando las ajenas
Argentó luna de menguante plata,
Puerto hasta aquí del belgíco pirata,
Puerta ya de las líbicas arenas.
A las señas de España sus almenas
Rindió al fiero león que en escarlata
Altera el mar, y al viento que le trata
Imperioso aun obedece apenas.
Alta haya de hoy más volante lino
Al Euro dé y al seno gaditano
Flacas redes, seguro, humilde pino
De que, ya deste o de aquel mar, tirano
Leño holandés disturbe su camino,
Prenda su libertad bajel pagano.

DE LAS PINTURAS Y RELICARIOS DE UNA GALERÍA DEL CARDENAL DON FERNANDO NIÑO DE GUEVARA

Oh tú, cualquiera que entras, peregrino,
Si mudo admiras, admirado para
En esta bien por sus cristales clara,
Y clara más por su pincel divino,
Tebaida celestial, sacro Aventino,
Donde hoy te ofrece con grandeza rara
El cardenal heroico de Guevara
Freno al deseo, término al camino.
Del yermo ves aquí los ciudadanos,
Del galeón de Pedro los pilotos;
El arca allí, donde hasta el día postrero
Sus vestidos conservan, aunque rotos,
Algunos celestiales cortesanos.
Guarnécelos de flores, forastero.

DE LOS MISMOS

Peinaba al sol Belisa sus cabellos
Con peine de marfil, con mano bella;
Mas no se parecía el peine en ella
Como se escurecía el sol en ellos.
En cuanto, pues, estuvo sin cogellos,
El cristal sólo, cuyo margen huella,
Bebía de una y otra dulce estrella
En tinieblas de oro rayos bellos.
Fileno en tanto, no sin armonía,
Las horas acusando, así invocaba
La segunda deidad del tercer cielo:
«Ociosa, Amor, será la dicha mía,
Si lo que debo a plumas de tu aljaba
No lo fomentan plumas de tu vuelo».

DE LOS QUE CENSURARON SU POLIFEMO

Pisó las calles de Madrid el fiero

Monóculo galán de Galatea,
Y cual suele tejer bárbara aldea
Soga de gozques contra forastero,
Rígido un bachiller, otro severo,
(Crítica turba al fin, si no pigmea)
Su diente afila y su veneno emplea
En el disforme cíclope cabrero.
A pesar del lucero de su frente,
Le hacen oscuro, y él en dos razones,
Que en dos truenos libró de su Occidente:
"Si quieren", respondió, "los pedantones
Luz nueva en hemisferio diferente,
Den su memoríal a mis calzones".

DE MADRID

Nilo no sufre márgenes, ni muros
Madrid, oh peregrino, tú que pasas,
Que a su menor inundación de casas
Ni aun los campos del Tajo están seguros.
Émula la verán siglos futuros
De Menfis no, que el término le tasas;
Del tiempo sí, que sus profundas basas
No son en vano pedernales duros.
Dosel de reyes, de sus hijos cuna
Ha sido y es; zodiáco luciente
De la beldad, teatro de Fortuna.
La envidia aquí su venenoso diente
Cebbar suele, a privanzas importuna.
Camina en paz, refiérelo a tu gente.

EL SASTRE

De mi sastre en el hurtar
la mano es tan singular,
que si cae la tela en ella
cuando la empieza a doblar,
ya puedo doblar por ella.
Y cuando pasa a trazar
la tela ya referida,
no hay como verle sacar
la medida para hurtar,
cuando él hurta sin medida.

DE PUÑOS DE HIERRO AYER

De puños de hierro ayer
En este mismo lugar,
Fui gran hombre en el sacar
Y hoy lo soy en el volver.
Los dineros van a ser
Restituidos por vos,
Y el «por la gracia de Dios
Don Felipe», al de Guzmán;
Que porque faltas harán
Los quiero dejar a dos.

DE UNA QUINTA DEL CONDE DE SALINAS, RIBERA DE DUERO

De ríos soy el Duero acompañado

Entre estas apacibles soledades,
Que despreciando muros de ciudades,
De álamos camino coronado.
Este, que siempre veis alegre, prado
Teatro fue de rústicas deidades,
Plaza ahora, a pesar de las edades,
Deste edificio, a Flora dedicado.
Aquí se hurta al popular rüido
El Sarmiento real, y sus cuidados
Parte aquí con la verde Primavera.
El yugo desta puente he sacudido
Por hurtarle a su ocio mi ribera.
Perdonad, caminantes fatigados.

¿DE QUIÉN ME QUEJO CON TAN GRANDE EXTREMO?

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la Fortuna,
Que por las bocas del viento
Les daba a soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado a un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve, pues, los ojos tristes
A ver cómo el mar le hurta
Las torres, y le da nubes,
Las velas, y le da espumas.
Y viendo más aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas, dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
Si ayudo yo a mi daño con mi remo?
«Ya no esperen ver mis ojos,
Pues ahora no lo vieron,
Sin este remo las manos,
Y los pies sin estos hierros,
Que en esta desgracia mía
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueron mis años
Tantos serán mis tormentos.
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
Si ayudo yo a mi daño con mi remo?
Velas de la Religión,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podréis alcanzarnos
Pues tratáis de mi remedio.
El enemigo se os va,
Y favorécele el tiempo
Por su libertad no tanto
Cuanto por mi captiverio.
¿De quién me quejo con tan grande extremo,

Si ayudo yo a mi daño con mi remo?
Quedáos en aquesa playa,
De mis pensamientos puerto;
Quejáos de mi desventura
Y no echéis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita a mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.»
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
Si ayudo yo a mi daño con mi remo?

DE SAN LORENZO EL REAL DEL ESCORIAL

Sacros, altos, dorados capiteles,
Que a las nubes borraís sus arreboles,
Febo os teme por más lucientes soles
Y el cielo por gigantes más crueles.
Depón tus rayos, Júpiter; no celes
Los tuyos, Sol; de un templo son faroles
Que al mayor mártir de los españoles
Erigió el mayor rey de los fieles.
Religiosa grandeza del Monarca
Cuya diestra real al Nuevo Mundo
Abrevia, y el Oriente se le humilla.
Perdone el tiempo, lisonjee la Parca
La beldad desta Octava Maravilla,
Los años deste Salomón Segundo.

DE UN CABALLERO QUE LLAMÓ SONETO A UN ROMANCE

Música le pidió ayer su albedrío
A un descendiente de don Peranzules;
Templáronle al momento dos baúles
Con más cuerdas que jarcias un navío.
Cantáronle de cierto amigo mío
Un desafío campal de dos Gazules,
Que en ser por unos ojos entreazules
Fue peor que gatesco el desafío.
Romance fue el cantado, y que no pudo
Dejarle de entender, si el muy discreto
No era sordo, o el músico era mudo.
Y de que le entendió yo os lo prometo,
Pues envió a decir con don Bermudo:
«Que vuelvan a cantar aquel soneto».

DE UN CAMINANTE ENFERMO QUE SE ENAMORÓ DONDE FUE HOSPEDADO

Descaminando, enfermo, peregrino
En tenebrosa noche, con pie incierto
La confusión pisando del desierto,
Voces en vano dio, pasos sin tino.
Repetido latir, si no vecino,
Distincto oyó de can siempre despierto,
Y en pastoral albergue mal cubierto
Piedad halló, si no halló camino.
Salió el sol, y entre armiños escondida,
Soñolienta beldad con dulce saña
Salteó al no bien sano pasajero.

Pagará el hospedaje con la vida;
Más le valiera errar en la montaña,
Que morir de la suerte que yo muero.

DE UN JABALÍ QUE MATÓ EN EL PARDO EL REY NUESTRO SEÑOR

Teatro espacioso su ribera
El Manzanares hizo, verde muro
Su corvo margen, y su cristal puro
Undosa puente a Calidonia fiera.
En un hijo del Céfiro la espera
Garzón real, vibrando un fresno duro,
De quien aun no estará Marte seguro,
Mintiendo cerdas en su quinta esfera.
Ambiciosa la fiera colmilluda,
Admitió la asta, y su más alta gloria
en la deidad solicitó de España.
Muera feliz mil veces, que sin duda
Siglos ha de lograr más su memoria
Que frutos ha heredado la montaña.

DE UNA QUINTA QUE HIZO EL OBISPO DON ANTONIO VENEGAS EN BURLADA, LUGAR DE SU DIGNIDAD

Este a Pomona, cuando ya no sea
Edificio al silencio dedicado,
Que si el cristal le rompe desatado,
Suave el ruiseñor le lisonjea,
Dulce es refugio, donde se pasea
La quietud, y donde otro cuidado
Despedido, si no digo burlado,
De los términos huye desta aldea.
Aquí la Primavera ofrece flores
Al gran pastor de pueblos, que enriquece
De luz a España y gloria a los Venegas.
¡Oh peregrino, tú, cualquier que llegas,
Paga en admiración las que te ofrece
El huerto frutas y el jardín olores!

DE UNOS PAPELES QUE UNA DAMA LE HABÍA ESCRITO, RESTITUYÉNDOSELOS

Yacen aquí los huesos sepultados
De una amistad que al mundo será una,
O ya para experiencia de fortuna
O ya para escarmiento de cuidados.
Nació entre pensamientos, aunque honrados,
Grave al amor, a muchos importuna;
Tanto que la mataron en la cuna
Ojos de envidia y de ponzoña armados.
Breve urna los sella como huesos,
Al fin, de malograda criatura,
Pero versos los honran inmortales,
Que vivirán en el sepulcro impresos,
Siendo la piedra Felixmena dura,
Daliso el escultor, cincel sus males.

VOLVIÉNDOSE A FRANCIA EL DUQUE DE HUMENA

Despidióse el francés con grasa buena,
(Con buena gracia digo, señor Momo),

Hizo España el deber con el Vandomo,
Y al pagar le hará con el de Pena.
Reales fiestas le impidió al de Humena
La ya engastada Margarita en plomo,
Aunque no hay toros para Francia como
Los de Guisando, su comida y cena.
Estrellóse la gala de diamantes
Tan al tope, que alguno fue topacio,
Y aun don Crisalián mintió finezas.
Partióse al fin, y tan brindadas antes
Nos dejó las saludes de Palacio,
Que otro día enfermaron Sus Altezas.

EN UNA ENFERMEDAD DE DON ANTONIO DE PAZOS, OBISPO DE CÓRDOBA

Deste más que la nieve blanco toro,
Robusto honor de la vacada mía,
Y destas aves dos, que al nuevo día
Saludaban ayer con dulce lloro,
A ti, el más rubio dios del alto coro,
De sus entrañas hago ofrenda pía
Sobre este fuego, que vencido envía
Su humo al ámbar y su llama al oro,
Por que a tanta salud sea reducido
El nuestro sacro y docto pastor rico,
Que aun los que por nacer están le vean,
Ya que de tres coronas no ceñido,
Al menos mayoral del Tajo, y sean
Grana el gabán, armiños el pellico.

DIEZ AÑOS VIVIÓ BELERMA

Diez años vivió Belerma
Con el corazón difunto
Que le dejó en testamento
Aquel francés boquirrubio.
Contenta vivió con él,
Aunque a mí me dijo alguno
Que viviera más contenta
Con trescientas mil de juro.
A verla vino doña Alda,
Viuda del conde Rodolfo,
Conde que fue en Normandía
Lo que a Jesu Cristo plugo;
Y hallándola muy triste
Sobre un estrado de luto,
Con los ojos que ya eran
Orinales de Neptuno,
Riéndose muy despacio
De su llorar importuno,
Sobre el muerto corazón
Envuelto en un paño sucio,
Le dice: «Amiga Belerma,
Cese tan necio diluvio,
Que anegará vuestros años
Y ahogará vuestros gustos.
Estése allá Durandarte
Donde la suerte le cupo;

Buen pozo haya su alma,
Y pozo que esté sin cubo.
Si él os quiso mucho en vida,
También le quisistes mucho,
Y si tiene abierto el pecho,
Queréle de su escudo.
¿Qué culpa tuviste vos
De su entierro, siendo justo
Que el que como bruto muere,
Que le entierren como a bruto?
Muriera él acá en París
A do tiene su sepulcro,
Que allí le hicieran lugar
Los antepasados suyos.
Volved luego a Montesinos
Ese corazón que os trujo,
Y enviadle a preguntar
Si por gavilán os tuvo.
Descosed y desnudad
Las tocas de lienzo crudo,
El mongilón de bayeta
Y el manto basto peludo;
Que aun en las viudas más viejas,
Y de años más caducos
Las tocas cubren a enero
Y los monjiles a julio;
Cuánto más a una muchacha
Que le faltan días algunos
Para cumplir los treinta años,
Que yo desdichada cumplo.
Seis hace, si bien me acuerdo,
El día de Santiñuflo,
Que perdí aquel mal logrado
Que hoy entre los vivos busco.
Holguéme de cuatro y ocho
Haciéndoles dos mil hurtos,
A las palomas de besos
Y a las tórtolas de arrullos.
Sentí su fin, pero más
Que muriese sin ver fruto,
Sin ver flujo de mi vientre,
Porque siempre tuve pujo;
Mas no por eso ultrajé
Mi buena tez con rasguños,
Cabal me quedó el cabello,
Y los ojos casi enjutos.
Aprended de mí, Belerma,
Holguémonos de consuno,
Llévese el mar lo llorado,
Y lo suspirado el humo.
No hiléis memorias tristes
En este aposento oscuro,
Que cual gusano de seda
Moriréis en el capullo.
Haced lo que en su fin hace
El pájaro sin segundo,

Que nos habla en sus cenizas
De pretérito y futuro.
Llorad su muerte, mas sea
Con lagrimillas al uso;
De lo mal pasado nazca
Lo por venir más seguro.
Pongámonos a la par
Dos toquitas de repulgo,
Ceja en arco, y manos blancas,
Y dos perritos lanudos.
Yedras verdes somos ambas,
A quien dejaron sin muros
De la Muerte y del Amor
Baterías e infortunios.
Busquemos por do trepar,
Que a lo que de ambas presumo
No nos faltarán en Francia
Pared gruesa, tronco duro.
La iglesia de San Dionís
Canónigos tiene muchos,
Delgados, cariaguileños,
Carihartos y espaldudos.
Escojamos como peras
Dos déligos capotuncios,
De aquestos que andan en mulas,
Y tienen algo de mulos;
Destos Alejandros Magnos,
Que no tienen por disgusto
Por dar en nuestros broqueles,
Que demos en sus escudos.
De todos los Doce Pares
Y sus nones abrenuncio,
Que calzan bragas de malla,
Y de acero los pantuflos.
¿De qué nos sirven, amiga,
Petos fuertes, yelmos lucios?
Armados hombres queremos,
Armados, pero desnudos.
De vuestra Mesa Redonda
Francos paladines huyo,
Donde ayunos os sentáis
Y os levantáis más ayunos.
La de cuatro esquinas quiero,
Que la ventura me puso
En casa de un cuatro picos,
De todos cuatro picudo;
Donde sirven la Cuaresma
Sabrosísimos besugos,
Y turmas en el Carnal,
Con su caldillo y su zumo.»
Más iba a decir doña Alda,
Pero a lo demás dio un nudo,
Porque de don Montesinos
Entró un pajecillo zurdo.

DEL REY Y REINA NUESTROS SEÑORES EN EL PARDO, ANTES DE REINAR

Dulce arroyuelo de la nieve fría
Bajaba mudamente desatado,
Y del silencio que guardaba helado
En labios de claveles se reía.
Con sus floridos márgenes partía
Si no su amor Fileno, su cuidado;
No ha visto a su Belisa, y ha dorado
El sol casi los términos del día.
Con lágrimas turbando la corriente,
El llanto en perlas coronó las flores,
Que ya bebieron en cristal la risa.
Llegó en esto Belisa,
La alba en los blancos lirios de su frente,
Y en sus divinos ojos los amores,
Que de un casto veneno
La esperanza alimentan de Fileno.

DINEROS SON CALIDAD

Dineros son calidad
¡Verdad!
Más ama quien más suspira
¡Mentira!
Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahúres muy desnudos
Con dados ganan condados;
Ducados dejan ducados,
Y coronas majestad,
¡Verdad!
Pensar que uno sólo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las paga un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
¡Mentira!
Todo se vende este día,
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La guerra su valentía;
Hasta la sabiduría
Vende la Universidad,
¡Verdad!
En Valencia muy preñada
Y muy doncella en Madrid,
Cebolla en Valladolid
Y en Toledo mermelada,
Puerta de Elvira en Granada
Y en Sevilla doña Elvira,
¡Mentira!
No hay persona que hablar deje
Al necesitado en plaza;
Todo el mundo le es mordaza,
Aunque él por señas se queje;
Que tiene cara de hereje

Y aun fe la necesidad,
¡Verdad!
Siendo como un algodón,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidón,
Goma su copete, y son
Sus bigotes alquitira
¡Mentira!
Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razón,
Deje el río Marañón,
Y entre el río de la Plata;
Que hallará corriente grata
Y puerto de claridad
¡Verdad!
Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perras de muchas bodas
Y bodas de muchos perros;
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
¡Mentira!

EN LA MISMA OCASIÓN

No de fino diamante o rubí ardiente
(Luces brillando aquel, este centellas)
Crespo volumen vio de plumas bellas
Nacer la gala más vistosamente,
Que obscura el vuelo, y con razón doliente,
De la perla católica que sellas,
A besar te levantas las estrellas,
Melancólica aguja, si luciente.
Pompa eres de dolor, seña no vana
De nuestra vanidad. Dígalo el viento,
Que ya de aromas, ya de luces, tanto
Humo te debe. ¡Ay, ambición humana,
Prudente pavón hoy con ojos ciento,
Si al desengaño se los das y al llanto!

DEL TÚMULO QUE HIZO CÓRDOBA EN LAS HONRAS DE LA SEÑORA REINA DOÑA MARGARITA

Máquina funeral, que desta vida
Nos decís la mudanza, estando queda;
Pira, no de aromática arboleda,
Si a más gloriosa Fénix construida;
Bajel en cuya gabia esclarecida
Estrellas, hijas de otra mejor Leda,
Serenan la Fortuna, de su rueda
La volubilidad reconocida,
Farol luciente sois, que solicita
La razón, entre escollos naufragante,
Al puerto; y a pesar de lo luciente,
Obscura concha de una Margarita
Que, rubí en caridad, en fe diamante,
Renace a nuevo Sol en nuevo Oriente

**TARDÁNDOSE EL CONDE DE VILLAFLORES EN VOLVER A DON LUIS UNOS DINEROS QUE LE
HABÍA PRESTADO EN EL JUEGO**

El Conde mi señor se fue a Cherela,
Lio el volumen y picó el bagaje,
Segovianos de a ocho, buen viaje,
Que no os pienso ver más en mi escarcela.
En lebreles convertidos, o en lebreles,
Os llevará de la trailla un paje,
Que en este ya canicular linaje
Gasta lo que a presbíteros repela.
Perros vivos al hombre, perros muertos
Concede a la mujer Su Señoría;
Bobo he sido en prestarle mi dinero.
Bien que si los refranes salen ciertos,
Cuanto más bobo he sido, más espero
Se me aparecerá Sancta María.

EN LA MUERTE DE ENRIQUE IV, REY DE FRANCIA

El Cuarto Enrico yace mal herido
Y peor muerto de plebeya mano;
El que rompió escuadrones y dio al llano
Más sangre que agua Orión humedecido,
Glorioso francés, esclarecido
Conducidor de ejércitos; que en vano
De liliros de oro el ya cabello cano
Y de guarda real iba ceñido.
Una temeridad astas desprecia,
Una traición cuidados mil engaña,
Que muros rompe en un caballo Grecia.
Archas burló el fatal cuchillo. ¡Oh España,
Belona de dos mundos, fiel te precia,
Y armada tema la nación extraña!

MAMÓLA

El que a su mujer procura
Dar remedio al mal de madre,
Y ve que no la comadre
Sino que el Cura la cura,
Si piensa que el Padre Cura
Trae la virtud en la estola,
Mamóla.

Soldado que de la armada
Partió a casarse doncel
Con la que lo es menos que él
(Aunque mucho más soldada),
Si la vitoria ganada
Atribuye a la pistola,
Mamóla.

La dama que llama el paje
Dejó en la cama a su esposo
Y le halló, de celoso,
Más helado que el potaje;
Si ella dijo era mensaje
De su madre, y él creyóla,
Mamóla.

Si abierta la puerta tiene
Todo el año la casada,
No es bien la halle cerrada
El marido cuando viene;
Y si en abrir se detiene
Y piensa que estaba sola,
Mamóla.

El padre que no replica
Viendo gastar a las hijas
Galas, copete y sortijas,
Desde la grande a la chica,
Si piensa no usan de pica
Cuando ya saben de gola,
Mamóla.

El que da mil alabanzas
A su mujer, porque sabe
Hacer con extremo grave
Mil diferencias de danzas,
Si el que pagó estas mudanzas
Piensa no hizo cabriola,
Mamóla.

Si piensa el que vio amarilla
A su dama de contino,
Cuando el rojo sobrevino
En una y otra mejilla,
Que no es ajena semilla
La que causa esta amapola,
Mamóla.

La dama que en su retrete
Sólo al tenderete juega,
Y para jugarlo alega
Ser la cama buen bufete,
Si piensa que el «tenderete»
No es juego de pirinola,
Mamóla.

Si piensa el que a doña Inés
En conversación la halló,
Donde sólo se trató
De la toma de Calés,
Que no fue sarao francés
Ni acabó en justa española,
Mamóla.

El que, por más que espolee,
No endereza el acicate
(Quizá porque mejor bate
Otro el vientre), si no cree
Que, porque no se mosquee,
Le han castigado la cola,
Mamóla.

EN LA JORNADA DE PORTUGAL

¿En año quieres que plural cometa
Infausto corta a las coronas luto,
Los vestigios pisar del Griego astuto?
Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta.
Salga a otro con lanza y con trompeta

Mosquito antoniano resolute,
Y aun a pesar del tiempo más enjuto,
Amor con botas, Venus con bayeta;
Fresco verano, clavos y canela,
Nieve mal de una Estrella dispensada,
Aposento en las gavias el más bajo;
El primer día foli6n y pela,
El segundo, en cualquier encrucijada,
Inundaciones del nocturno Tajo.
En dos lucientes estrellas,

EN DOS LUCIENTES ESTRELLAS

En dos lucientes estrellas,
Y estrellas de rayos negros,
Dividido he visto el Sol
En breve espacio de cielo.
El luciente oficio hacen
De las estrellas de Venus,
Las mañanas como el alba,
Las noches como el lucero,
Las formas perfilan de oro,
Milagrosamente haciendo,
No las bellezas oscuras,
Sino los oscuros bellos;
Cuyos rayos para 6l
Son las llaves de su puerto,
Si tiene puertos un mar
Que es todo golfos y estrechos.
Pero no son tan piadosos,
Aunque s6 lo son, pues vemos
Que visten rayos de luto
Por cuantas vidas han muerto

EN EL CAUDALOSO R6O

En el caudaloso r6o
Donde el muro de mi patria
Se mira la gran corona
Y el antiguo pie se lava,
Desde su barca Alc6n
Suspiros y redes lanza,
Los suspiros por el cielo
Y las redes por el agua,
Y sin tener mancilla
Mir6bale su Amor desde la orilla.
En un mismo tiempo salen
De las manos y del alma
Los suspiros y las redes
Hacia el fuego y hacia el agua.
Ambos se van a su centro,
Do su natural les llama,
Desde el coraz6n los unos,
Las otras desde la barca,
Y sin tener mancilla
Mir6bale su Amor desde la orilla.
El pescador, entre tanto,
Viendo tan cerca la causa,

Y que tan lejos está
De su libertad pasada,
Hacia la orilla se llega,
Adonde con igual pausa
Hieren el agua los remos
Y los ojos de ella el alma,
Y sin tener mancilla
Mirábale su Amor desde la orilla.
Y aunque el deseo de verla,
Para apresurarle, arma
De otros remos la barquilla,
Y el corazón de otras alas,
Porque la ninfa no huya,
No llega más que a distancia
De donde tan solamente
Escuche aquesto que canta:
«Dejadme triste a solas
Dar viento al viento y olas a las olas.»
Volad al viento, suspiros,
Y mirad quién os levanta
De un pecho que es tan humilde
A partes que son tan altas.
Y vosotras, redes mías,
Calaos en las ondas claras,
Adonde os visitaré
Con mis lágrimas cansadas,
«Dejadme triste a solas
Dar viento al viento y olas a las olas.»
Dejadme vengar de aquélla
Que tomó de mi venganza
De más leales servicios
Que arenas tiene esta playa;
Dejadme, nudosas redes,
Pues que veis que es cosa clara
Que más que vosotras nudos
Tengo para llorar causas.
«Dejadme triste a solas
Dar viento al viento y olas a las olas.»

EN EL CRISTAL DE TU DIVINA MANO

En el cristal de tu divina mano
De Amor bebí el dulcísimo veneno,
Néctar ardiente que me abrasa el seno,
Y templar con la ausencia pensé en vano.
Tal, Claudia bella, del rapaz tirano
Es arpón de oro tu mirar sereno,
Que cuanto más ausente dél, más peno,
De sus golpes el pecho menos sano.
Tus cadenas al pie, lloro al rüido
De un eslabón y otro mi destierro,
Más desviado, pero más perdido.
¿Cuándo será aquel día que por yerro,
Oh serafín, desates, bien nacido,
Con manos de cristal nudos de hierro?

PARA LO MISMO

Lilio siempre real nascí en Medina
Del Cielo, con razón, pues nascí en ella;
Ceñí de un Duque excelso, aunque flor bella,
De rayos más que flores frente dina.
Lo caduco esta urna peregrina,
Oh peregrino, con majestad sella;
Lo fragante, entre una y otra estrella,
Vista no fabulosa determina.
Estrellas son de la guirnalda griega
Lisonjas luminosas, de la mía
Señas oscuras, pues ya el Sol corona.
La suavidad que expira el mármol (llega)
Del muerto lilio es; que aun no perdona
El santo olor a la ceniza fría.

EN EL TÚMULO DE LAS HONRAS DEL SEÑOR REY DON FELIPE III

Este funeral trono, que luciente,
A pesar de esplendores tantos, piensa
Fragante luto hacer la nube densa
De los aromas que lloró el Oriente,
Avaro, niega con rigor decente,
Y ponderoso oprime sin ofensa
En breve, mas real polvo la inmensa
Jurisdicción de un cetro, de un tridente.
Ley de ambos mundos, freno de ambos mares,
Rey, pues, tanto, que en África dio almenas
A sus pendones, y a su Dios, altares;
Que las reliquias expelió agarenas
De nuestros ya de hoy más seguros lares,
Rayos ciñe en regiones más serenas.

INFIERE, DE LOS ACHAQUES DE LA VEJEZ, CERCANO EL FIN A QUE, CATÓLICO, SE ALIENTA

En este occidental, en este, oh Licio,
Climatérico lustro de tu vida,
Todo mal afirmado pie es caída,
Toda fácil caída es precipicio.
¿Caduca el paso? Ilústrese el juicio.
Desatándose va la tierra unida;
¿Qué prudencia, del polvo prevenida,
La ruina aguardó del edificio?
La piel no sólo sierpe venenosa,
Mas con la piel los años se desnuda,
Y el hombre, no. ¡Ciego discurso humano!
¡Oh aquel dichoso, que, la ponderosa
Porción depuesta en una piedra muda,
La leve da al zafiro soberano!

EN LA MUERTE DE DON RODRIGO CALDERÓN

Sella el tronco sangriento, no lo oprime,
De aquel dichosamente desdichado,
Que de las inconstancias de su hado
Esta pizarra apenas le redime;
Piedad común, en vez de la sublime
Urna que el escarmiento le ha negado,
Padrón le erige en bronce imaginado,
Que en vano el tiempo las memorias lime.

Risueño con él, tanto como falso,
El tiempo, cuatro lustros en la risa,
El cuchillo quizá envainaba agudo.
Del sitial después al cadahalso
Precipitado, ¡oh cuánto nos avisa!,
¡Oh cuánta trompa es su ejemplo mudo!

EN LA ENFERMEDAD DE QUE MURIÓ EL SEÑOR REY DON FELIPE III

Los rayos que a tu padre son cabello,
Barba, Esculapio, a ti peinas en oro;
Tu facultad en lira humilde imploro,
Dicte números Clío para ello.
Asiste al que dos mundos, garzón bello,
Veneran Rey, y yo deidad adoro;
Purpureará tus aras blanco toro
Que ignore el yugo su lozano cuello.
Piedras lavó ya el Ganges, yerbas Ida
Escondió a otros la de tu serpiente,
O más limada hoy o más lamida;
En polvo, en jugo virtuosamente
Soliciten salud, produzcan vida;
Humano primer Fénix siglos cuente.

EN LA MUERTE DE DOS SEÑORAS MOZAS, HERMANAS, NATURALES DE CÓRDOBA

Sobre dos urnas de cristal labradas,
De vidrio en pedestales sostenidas,
Llorando está dos ninfas ya sin vidas,
El Betis en sus húmidas moradas,
Tanto por su hermosura dél amadas,
Que, aunque las demás ninfas doloridas
Se muestran, de su tierno fin sentidas,
Él, derramando lágrimas cansadas:
«Almas», les dice, «vuestro vuelo santo
Seguir pienso hasta aquesos sacros nidos,
Do el bien se goza sin temer contrario;
Que, vista esa belleza y mi gran llanto,
Por el cielo seremos convertidos,
En Géminis vosotras, yo en Acuario».

EN LA MUERTE DE DOÑA GUIOMAR DE SA, MUJER DE JUAN FERNÁNDEZ DE ESPINOSA

Pálida restituye a su elemento
Su ya esplendor purpúreo casta rosa,
Que en planta dulce un tiempo, si espinosa,
Gloria del Sol, lisonja fue del viento.
El mismo que espiró suave aliento
Fresca, espira marchita y siempre hermosa;
No yace, no, en la tierra, mas reposa,
Negándole aun el hado lo violento.
Sus hojas sí, no su fragancia, llora
En polvo el patrio Betis, hojas bellas,
Que aun en polvo el materno Tejo dora.
Ya en nuevos campos una es hoy de aquellas
Flores que ilustra otra mejor Aurora,
Cuyo caduco aljófara son estrellas.

EN LA MUERTE DE TRES HIJAS DEL DUQUE DE FERIA

Entre las hojas cinco generosa,
Si verde pompa no de un campo de oro,
Prendas sin pluma a ruiseñor canoro
Degolló muda sierpe venenosa;
Al culto padre no con voz piadosa,
Mas con gemido alterno y dulce lloro,
Armoniosas lágrimas al coro
De las aves oyó la selva umbrosa.
Lloró el Tajo cristal, a cuya espuma
Dio poca sangre el mal logrado terno,
Terno de aladas cítaras suaves.
Que rayos hoy sus cuerdas, y su pluma
Brillante siempre luz de un Sol eterno,
Dulcemente dejaron de ser aves.

EN LA MUERTE DE UNA SEÑORA QUE MURIÓ MOZA EN CÓRDOBA

Fragoso monte, en cuyo basto seno
Duras cortezas de robustas plantas
Contienen aquel nombre en partes tantas
De quien pagó a la tierra lo terreno,
Así cubra de hoy más cielo sereno
La siempre verde cumbre que levantas,
Que me escondas aquellas letras santas
De que a pesar del tiempo has de estar lleno.
La corteza, do están, desnuda, o viste
Su villano troncón de yerba verde,
De suerte que mis ojos no las vean.
Quédense en tu arboleda, ella se acuerde
De fin tan tierno, y su memoria triste,
Pues en troncos está, troncos la lean.

En la verde orilla

Los rayos le cuenta al Sol
Con un peine de marfil
La bella Jacinta un día
Que por mi dicha la vi
En la verde orilla
De Guadalquivir.
La mano oscurece al peine;
Mas qué mucho, si el abril
La vio oscurecer los lilios
Que blancos suelen salir
En la verde orilla
De Guadalquivir.
Los pájaros la saludan,
Porque piensa (y es así)
Que el Sol que sale en oriente
Vuelve otra vez a salir
En la verde orilla
De Guadalquivir.
Por sólo un cabello el Sol
De sus rayos diera mil,
Solicitando invidioso
El que se quedaba allí
En la verde orilla
De Guadalquivir.

EN LOS PINARES DE JÚCAR

En los pinares de Júcar
Vi bailar unas serranas,
Al son del agua en las piedras
Y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas
De las que aposentan el agua
O las que venera el bosque,
Seguidoras de Dïana:
Serranas eran de Cuenca,
Honor de aquella montaña,
Cuyo pie besan dos ríos
Por besar de ellas las plantas.
Alegres corros tejían,
Dándose las manos blancas
De amistad, quizá temiendo
No la truequen las mudanzas.
¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!
El cabello en crespos nudos
Luz da al Sol, oro a la Arabia,
Cuál de flores impedido,
Cuál de cordones de plata.
Del color visten del cielo,
Si no son de la esperanza,
Palmillas que menosprecian
Al zafiro y la esmeralda.
El pie (cuando lo permite
La brújula de la falda)
Lazos calza, y mirar deja
Pedazos de nieve y nácar.
Ellas, cuyo movimiento
Honestamente levanta
El cristal de la columna
Sobre la pequeña basa.
¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!
Una entre los blancos dedos
Hiriendo negras pizarras,
Instrumento de marfil
Que las musas le invidiaran,
Las aves enmudeció,
Y enfrenó el curso del agua;
No se movieron las hojas,
Por no impedir lo que canta:
Serranas de Cuenca
Iban al pinar,
Unas por piñones,
Otras por bailar.
Bailando y partiendo
Las serranas bellas,
Un piñón con otro,
Si ya no es con perlas,
De Amor las saetas
Huelgan de trocar,

Unas por piñones,
Otras por bailar.
Entre rama y rama,
Cuando el ciego dios
Pide al Sol los ojos
Por verlas mejor,
Los ojos del Sol
Las veréis pisar.
Unas por piñones,
Otras por bailar.

SOLEDADES

al Duque de Béjar

Pasos de un peregrino son, errante,
Cuantos me dictó versos dulce Musa
En soledad confusa,
Perdidos unos, otros inspirados.
¡O tú que de venablos impedido
—Muros de abeto, almenas de diamante—,
Bates los montes que de nieve armados
Gigantes de cristal los teme el cielo,
Donde el cuerno, del eco repetido,
Fieras te expone, que — al teñido suelo,
Muertas, pidiendo términos disformes—
Espumoso coral le dan al Tormes!:
Arrima a un frexno el frexno, cuyo acero,
Sangre sudando, en tiempo hará breve
Purpurear la nieve;
Y, en cuanto da el solícito montero,
Al duro roble, al pino levantado
—Émulos vividores de las peñas—
Las formidables señas
Del oso que aun besaba, atravesado,
La asta de tu luciente jabalina,
—O lo sagrado supla de la encina
Lo Augusto del dosel, o de la fuente
La alta cenefa, lo majestuoso
Del sitíal a tu Deidad debido—,
¡O Duque esclarecido!
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,
Y, entregados tus miembros al reposo
Sobre el de grama césped, no desnudo,
Déjate un rato hallar del pie acertado
Que sus errantes pasos ha votado
A la real cadena de tu escudo.
Honre suave, generoso nudo,
Libertad, de Fortuna perseguida;
Que, a tu piedad Euterpe agradecida,
Su canoro dará dulce instrumento,
Cuando la Fama no su trompa al viento.

SOLEDAZ PRIMERA (Parte I)

Era del año la estación florida
En que el mentido robador de Europa
—Media luna las armas de su frente,
Y el Sol todos los rayos de su pelo—,

Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas,
Cuando el que ministrar podía la copa
A Júpiter mejor que el garzón de Ida,
—Náufrago y desdeñado, sobre ausente—,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Da al mar; que condolido,
Fue a las ondas, fue al viento
El mísero gemido,
Segundo de Aríón dulce instrumento.
Del siempre en la montaña opuesto pino
Al enemigo Noto
Piadoso miembro roto
—Breve tabla— delfín no fue pequeño
Al inconsiderado peregrino
Que a una Libia de ondas su camino
Fió, y su vida a un leño.
Del Océano, pues, antes sorbido,
Y luego vomitado
No lejos de un escollo coronado
De secos juncos, de calientes plumas
—Alga todo y espumas—
Halló hospitalidad donde halló nido
De Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
Aquella parte poca
Que le expuso en la playa dio a la roca;
Que aun se dejan las peñas
Lisonjear de agradecidas señas.
Desnudo el joven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido
Restituir le hace a las arenas;
Y al Sol le extiende luego,
Que, lamiéndole apenas
Su dulce lengua de templado fuego,
Lento lo embiste, y con suave estilo
La menor onda chupa al menor hilo.
No bien, pues, de su luz los horizontes
—Que hacían desigual, confusamente,
Montes de agua y piélagos de montes—
Desdorados los siente,
Cuando —entregado el mísero extranjero
En lo que ya del mar redimió fiero—
Entre espinas crepúsculos pisando,
Riscos que aun igualara mal, volando,
Veloz, intrépida ala,
—Menos cansado que confuso— escala.
Vencida al fin la cumbre
—Del mar siempre sonante,
De la muda campaña
Árbitro igual e inexpugnable muro—,
Con pie ya más seguro
Declina al vacilante
Breve esplendor de mal distinta lumbre:
Farol de una cabaña
Que sobre el ferro está, en aquel incierto

Golfo de sombras anunciando el puerto.
«Rayos —les dice— ya que no de Leda
Trémulos hijos, sed de mi fortuna
Término luminoso.» Y —recelando
De invidiosa bárbara arboleda
Interposición, cuando
De vientos no conjuración alguna—
Cual, haciendo el villano
La fragosa montaña fácil llano,
Atento sigue aquella
—Aun a pesar de las tinieblas bella,
Aun a pesar de las estrellas clara—
Piedra, indigna tñara
—Si tradición apócrifa no miente—
De animal tenebroso cuya frente
Carro es brillante de nocturno día:
Tal, diligente, el paso
El joven apresura,
Midiendo la espesura
Con igual pie que el raso,
Fijo —a despecho de la niebla fría—
En el carbunco, Norte de su aguja,
O el Austro breme o la arboleda cruja.
El can ya, vigilante,
Convoca, despidiendo al caminante;
Y la que desviada
Luz poca pareció, tanta es vecina,
Que yace en ella la robusta encina,
Mariposa en cenizas desatada.
Llegó, pues, el mancebo, y saludado,
Sin ambición, sin pompa de palabras,
De los conductores fue de cabras,
Que a Vulcano tenían coronado.
«¡Oh bienaventurado
Albergue a cualquier hora,
Templo de Pales, alquería de Flora!
No moderno artificio
Borró designios, bosquejó modelos,
Al cóncavo ajustando de los cielos
El sublime edificio;
Retamas sobre robre
Tu fábrica son pobre,
Do guarda, en vez de acero,
La inocencia al cabrero
Más que el silbo al ganado.
¡Oh bienaventurado
Albergue a cualquier hora!
»No en ti la ambición mora
Hidrópica de viento,
Ni la que su alimento
El áspid es gitano;
No la que, en bulto comenzando humano,
Acaba en mortal fiera,
Esfinge bachillera,
Que hace hoy a Narciso
Ecos solicitar, desdeñar fuentes;

Ni la que en salvas gasta impertinentes
La pólvora del tiempo más preciso:
Ceremonia profana
Que la sinceridad burla villana
Sobre el corvo cayado.
¡Oh bienaventurado
Albergue a cualquier hora!
»Tus umbrales ignora
La adulación, Sirena
De reales palacios, cuya arena
Besó ya tanto leño:
Trofeos dulces de un canoro sueño,
No a la soberbia está aquí la mentira
Dorándole los pies, en cuanto gira
La esfera de sus plumas,
Ni de los rayos baja a las espumas
Favor de cera alado.
¡Oh bienaventurado
Albergue a cualquier hora!»
No, pues, de aquella sierra —engendradora
Más de fierzas que de cortesía—
La gente parecía
Que hospedó al forastero
Con pecho igual de aquel candor primero,
Que, en las selvas contento,
Tienda el frexno le dio, el roble alimento.
Limpio sayal en vez de blanco lino
Cubrió el cuadrado pino;
Y en boj, aunque rebelde, a quien el torno
Forma elegante dio sin culto adorno,
Leche que exprimir vio la Alba aquel día
—Mientras perdían con ella
Los blancos lilios de su frente bella—,
Gruesa le dan y fría,
Impenetrable casi a la cuchara,
Del viejo Alcimedón invención rara.
El que de cabras fue dos veces ciento
Esposo casi un lustro —cuyo diente
No perdonó a racimo aun en la frente
De Baco, cuanto más en su sarmiento
(Triunfador siempre de celosas lides,
Le coronó el Amor; mas rival tierno,
Breve de barba y duro no de cuerno,
Redimió con su muerte tantas vides)—,
Servido ya en cecina,
Purpúreos hilos es de grana fina.
Sobre corchos después, más regalado
Sueño le solicitan pieles blandas
Que al Príncipe entre Holandas
Púrpura Tiria o Milanés brocado.
No de humosos vinos agravado
Es Sísifo en la cuesta, si en la cumbre
De ponderosa vana pesadumbre
Es, cuanto más despierto, más burlado.
De trompa militar no, o destemplado
Son de cajas, fue el sueño interrumpido;

De can sí, embravecido
Contra la seca hoja
Que el viento repeló a alguna coscoja.
Durmió, y recuerda al fin cuando las aves
—Esquilas dulces de sonora pluma
Señas dieron suaves
Del Alba al Sol, que el pabellón de espuma
Dejó, y en su carroza
Rayó el verde obelisco de la choza.
Agradecido, pues, el peregrino,
Deja el albergue y sale acompañado
De quien lo lleva donde, levantado,
Distante pocos pasos del camino,
Imperioso mira la campaña
Un escollo, apacible galería,
Que festivo teatro fue algún día
De cuantos pisan, Faunos, la montaña.
Llegó, y a vista tanta
Obedeciendo la dudosa planta,
Inmóvil se quedó sobre un lentisco,
Verde balcón del agradable risco.
Si mucho poco mapa le despliega,
Mucho es más lo que, nieblas desatando,
Confunde el Sol y la distancia niega.

SOLEDAD SEGUNDA (Parte I)

Éntrase el mar por un arroyo breve
Que a recibillo con sediento paso
De su roca natal se precipita,
Y mucha sal no sólo en poco vaso,
Mas en su ruina bebe,
Y a su fin, cristalina mariposa
—No alada, sino undosa—,
En el farol de Tetis solícita.
Muros desmantelando, pues, de arena,
Centauro ya espumoso el océano
—Medio mar, medio ría—
Dos veces huella la campaña al día,
Escarlar pretendiendo el monte en vano,
De quien es dulce vena
El tarde ya torrente
Arrepentido, y aun retrocedente.
Eral lozano así novillo tierno,
De bien nacido cuerno
Mal lunada la frente,
Retrógrado cedió en desigual lucha
A duro toro, aun contra el viento armado:
No, pues, de otra manera
A la violencia mucha
Del padre de las aguas, coronado
De blancas ovas y de espuma verde,
Resiste obedeciendo, y tierra pierde.
En la incierta ribera
—Guarnición desigual a tanto espejo—,
Descubrió la alba a nuestro peregrino
Con todo el villanaje ultramarino,

Que a la fiesta nupcial, de verde tejo
Toldado, ya capaz tradujo pino.
Los escollos el sol rayaba, cuando
Con remos gemidores,
Dos pobres, se aparecen, pescadores,
Nudos al mar, de cáñamo, fiando.
Rui señor en los bosques no más blando,
El verde roble que es barquillo ahora,
Saludar vio la Aurora,
Que al uno en dulces quejas —y no pocas—
Ondas endurecer, liquidar rocas.
Señas mudas la dulce voz doliente
Permitió solamente
A la turba, que dar quisiera voces
A la que de un ancón segunda haya
—Cristal pisando azul con pies veloces—
Salió improvisa, de una y de otra playa
Vínculo desatado, inestable puente.
La prora diligente
No sólo dirigió a la opuesta orilla,
Mas redujo la música barquilla,
Que en dos cuernos del mar caló no breves
Sus plomos graves y sus corchos leves.
Los senos ocupó del mayor leño
La marítima tropa,
Usando al entrar todos
Cuantos les enseñó corteses modos
En la lengua del agua ruda escuela,
Con nuestro forastero, que la popa
Del canoro escogió bajel pequeño.
Aquél, las ondas escarchando, vuela;
Éste, con perezoso movimiento,
El mar encuentra, cuya espuma cana
Su parda aguda prora
Resplandeciente cuello
Hace de augusta Colla peruana
A quien hilos el Sur tributó ciento
De perlas cada hora.
Lágrimas no enjugó más de la aurora
Sobre violas negras la mañana,
Que arrolló su espolón con pompa vana
Caduco aljófár, pero aljófár bello.
Dando el huésped licencia para ello,
Recurren no a las redes que, mayores,
Mucho océano y pocas aguas prenden,
Sino a las que ambiciosas menos penden,
Laberinto nudoso de marino.
Dédalo, si de leño no, de lino,
Fábrica escrupulosa, y aunque incierta,
Siempre murada, pero siempre abierta.
Liberalmente de los pescadores
Al deseo el estero corresponde,
Sin valelle al lascivo ostión el justo
Arnés de hueso, donde
Lisonja breve al gusto
—Mas incentiva— esconde:

Contagio original quizá de aquella
Que, siempre hija bella
De los cristales, una
Venera fue su cuna.
Mallas visten de cáñamo al lenguado,
Mientras, en su piel lúbrica fiado,
El congrio, que viscosamente liso
Las telas burlar quiso,
Tejido en ellas se quedó burlado.
Las redes califica menos gruesas,
Sin romper hilo alguno,
Pompa el salmón de las reales mesas,
Cuando no de los campos de Neptuno,
Y el travieso robalo,
Guloso, de los cónsules, regalo.
Éstos y muchos más, unos desnudos,
Otros de escamas fáciles armados,
Dio la ría pescados,
Que, nadando en un piélago de nudos,
No agravan poco el negligente robre,
Espaciosamente dirigido
Al bienaventurado albergue pobre,
Que, de carrizos frágiles tejido,
Si fabricado no de gruesas cañas,
Bóvedas lo coronan de espadañas.
El peregrino, pues, haciendo en tanto
Instrumento el bajel, cuerdas los remos,
Al céfiro encomienda los extremos
Deste métrico llanto:
«Si de aire articulado
No son dolientes lágrimas suaves
Estas mis quejas graves,
Voces de sangre, y sangre son del alma.
Fielas de tu calma
¡Oh mar! quien otra vez las ha fiado
De su fortuna aun más que de su hado.
»¡Oh mar, oh tú, supremo
Moderador piadoso de mis daños!
Tuyos serán mis años,
En tabla redimidos poco fuerte
De la bebida muerte,
Que ser quiso, en aquel peligro extremo,
Ella el forzado y su guadaña el remo.
»Regiones pise ajenas,
O clima propio, planta mía perdida,
Tuya será mi vida,
Si vida me ha dejado que sea tuya
Quien me fuerza a que huya
De su prisión, dejando mis cadenas
Rastro en tus ondas más que en tus arenas.
»Audaz mi pensamiento
El cénit escaló, plumas vestido
Cuyo vuelo atrevido
—Si no ha dado su nombre a tus espumas—
De sus vestidas plumas
Conservarán el desvanecimiento

Los anales diáfanos del viento
»Esta, pues, culpa mía
El timón alternar menos seguro
Y el báculo más duro
Un lustro ha hecho a mi dudosa mano,
Solicitando en vano
Las alas sepultar de mi osadía
Donde el Sol nace o donde muere el día.
»Muera, enemiga amada,
Muera mi culpa, y tu desdén le guarde,
Arrepentido tarde,
Suspiro que mi muerte haga leda,
Cuando no le suceda,
O por breve o por tibia o por cansada,
Lágrima antes enjuta que llorada.
»Naufragio ya segundo,
O filos pongan de homicida hierro
Fin duro a mi destierro;
Tan generosa fe, no fácil onda,
No poca tierra esconda:
Urna suya el océano profundo,
Y obeliscos los montes sean del mundo.
»Túmulo tanto debe
Agradecido Amor a mi pie errante;
Líquido, pues, diamante
Calle mis huesos, y elevada cima
Selle sí, mas no oprima,
Esta que le fiaré ceniza breve,
Si hay ondas mudas y si hay tierra leve».
No es sordo el mar: la erudición engaña.
Bien que tal vez sañudo
No oya al piloto, o le responda fiero,
Serenos disimula más orejas
Que sembró dulces quejas
—Canoro labrador— el forastero
En su undosa campaña.
Espangioso, pues, se bebió y mudo
El lagrimoso reconocimiento,
De cuyos dulces números no poca
Concentuosa suma
En los dos giros de invisible pluma
Que fingen sus dos alas hurtó el viento;
Eco —vestida una cavada roca—
Solicitó curiosa y guardó avara
La más dulce —si no la menos clara—
Sílaba, siendo en tanto
La vista de las chozas fin del canto.
Yace en el mar, si no continuada
Isla, mal de la tierra dividida,
Cuya forma tortuga es perezosa:
Díganlo cuantos siglos ha que nada
Sin besar de la playa espaciosa
La arena, de las ondas repetida.
A pesar, pues, del agua que la oculta,
Concha, si mucha no, capaz ostenta
De albergues, donde la humildad contenta

Mora, y Pomona se venera culta.
Dos son las chozas, pobre su artificio
Más aún que caduca su materia:
De los mancebos dos, la mayor, cuna;
De las redes la otra y su ejercicio,
Competente oficina.
Lo que agradable más se determina
Del breve islote, ocupa su fortuna,
Los extremos de fausto y de miseria
Moderando. En la plancha los recibe
El padre de los dos, émulo cano
Del sagrado Nereo, no ya tanto
Porque a la par de los escollos vive,
Porque en el mar preside comarcano
Al ejercicio piscatorio, cuanto
Por seis hijas, por seis deidades bellas,
Del cielo espumas y del mar estrellas.
Acogió al huésped con urbano estilo,
Y a su voz, que los juncos obedecen,
Tres hijas suyas cándidas le ofrecen,
Que engaños construyendo están de hilo.
El huerto le da esotras, a quien debe
Si púrpura la rosa, el lilio nieve,
De jardín culto así en fingida gruta,
Salteó al labrador lluvia improvisa
De cristales inciertos, a la seña,
O a la que torció, llave, el fontanero:
Urna de Acuario, la imitada peña
Le embiste incauto, y si con pie grosero
Para la fuga apela, nubes pisa,
Burlándolo aun la parte más enjuta.
La vista saltaron poco menos
Del huésped admirado
Las no líquidas perlas que, al momento,
A los corteses juncos —por que el viento
Nudos les halle un día, bien que ajenos—
El cáñamo remiten, anudado.
Y de Vertumno al término labrado
El breve hierro, cuyo corvo diente
Las plantas le mordía cultamente.
Ponderador saluda afectuoso
Del esplendor que admira el extranjero
Al Sol, en seis luceros dividido;
Y —honestamente al fin correspondido
Del coro vergonzoso—
Al viejo sigue, que prudente ordena
Los términos confunda de la cena
La comida prolija de pescados,
Raros muchos, y todos no comprados,
Impidiéndole el día al forastero,
Con dilaciones sordas le divierte
Entre unos verdes carrizales, donde
Armonioso número se esconde
De blancos cisnes, de la misma suerte
Que gallinas domésticas al grano,
A la voz concurrentes del anciano.

En la más seca, en la más limpia anea
Vivificando están muchos sus huevos,
Y mientras dulce aquél su muerte anuncia
Entre la verde juncia,
Sus pollos éste al mar conduce nuevos,
De Espío y de Nerea
—Cuando más oscurecen las espumas—
Nevada invidia, sus nevadas plumas.

INSCRIPCIÓN PARA EL SEPULCRO DE DOMÍNICO GRECO

Esta en forma elegante, oh peregrino,
De pórvido luciente dura llave
El pincel niega al mundo más sūave,
Que dio espíritu a leño, vida a lino.
Su nombre, aun de mayor aliento dino
Que en los clarines de la Fama cabe,
El campo ilustra de ese mármol grave.
Venérale, y prosigue tu camino.
Yace el Griego. Heredó Naturaleza
Arte, y el Arte, estudio; Iris, colores;
Febo, luces —si no sombras, Morfeo.—
Tanta urna, a pesar de su dureza,
Lágrimas beba y cuantos suda olores
Corteza funeral de árbol sabeo.

FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA

Al Conde de Niebla
Estas que me dictó, rimas sonoras,
Culta sí aunque bucólica Talía,
Oh excelso Conde, en las purpúreas horas
Que es rosas la alba y rosicler el día,
Ahora que de luz tu niebla doras,
Escucha, al son de la zampoña mía,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento, fatigar la selva.
Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma,
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presume;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrej en el cordón de seda,
Y al cuerno al fin la cítara suceda.
Treguas al ejercicio sean robusto,
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel agosto
Del músico jayán el fiero canto.
Alternan con las Musas hoy el gusto,
Que si la mía puede ofrecer tanto
Clarín —y de la Fama no segundo—,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

I

Donde espumoso el mar siciliano
El pie argenta de plata al Lilibeo,
Bóveda o de las fraguas de Vulcano
O tumba de los huesos de Tifeo,

Pálidas señas cenizoso un llano,
Cuando no del sacrílego deseo,
Del duro oficio da. Allí una alta roca
Mordaza es a una gruta de su boca.
Guarnición tosca de este escollo duro
Troncos robustos son, a cuya greña
Menos luz debe, menos aire puro
La caverna profunda, que a la peña;
Caliginoso lecho, el seno obscuro
Ser de la negra noche nos lo enseña
Infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves.
De este, pues, formidable de la tierra
Bostezo, el melancólico vacío
A Polifemo, horror de aquella sierra,
Bárbara choza es, albergue umbrío
Y redil espacioso donde encierra
Cuanto las cumbres ásperas cabrío,
De los montes esconde: copia bella
Que un silbo junta y un peñasco sella.
Un monte era de miembros eminente
Este que —de Neptuno hijo fiero—
De un ojo ilustra el orbe de su frente,
Émulo casi del mayor lucero;
Cíclope a quien el pino más valiente
Bastón le obedecía tan ligero,
Y al grave peso junco tan delgado,
Que un día era bastón y otro cayado.
Negro el cabello, imitador undoso
De las oscuras aguas del Leteo,
Al viento que lo peina proceloso
Vuela sin orden, pende sin aseo;
Un torrente es su barba impetuosa,
Que —adusto hijo de este Pirineo—
Su pecho inunda— o tarde, o mal, o en vano
Surcada aun de los dedos de su mano.
No la Trinacria en sus montañas, fiera
Armó de crueldad, calzó de viento,
Que redima feroz, salve ligera
Su piel manchada de colores ciento:
Pellico es ya la que en los bosques era
Mortal horror al que con paso lento
Los bueyes a su albergue reducía,
Pisando la dudosa luz del día.
Cercado es, cuando más capaz más lleno,
De la fruta, el zurrón, casi abortada,
Que el tardo otoño deja al blando seno
De la piadosa yerba encomendada:
La serva, a quien le da rugas el heno;
La pera, a quien le da cuna dorada
La rubia paja y —pálida turora—
La niega avara y pródiga la dora.
Erizo es, el zurrón, de la castaña;
Y —entre el membrillo o verde o datilado—
De la manzana hipócrita, que engaña,
A lo pálido no, a lo arrebolado,

Y de la encina honor de la montaña,
Que pabellón al siglo fue dorado,
El tributo, alimento, aunque grosero,
Del mejor mundo, del candor primero.
Cera y cáñamo unió —que no debiera—
Cien cañas, cuyo bárbaro rüido,
De más ecos que unió cáñamo y cera
Albogues, duramente es repetido.
La selva se confunde, el mar se altera,
Rompe Tritón su caracol torcido,
Sordo huye el bajel a vela y remo:
¡Tal la música es de Polifemo!
Ninfa, de Doris hija, la más bella,
Adora, que vio el reino de la espuma.
Galatea es su nombre, y dulce en ella
El terno Venus de sus Gracias suma.
Son una y otra luminosa estrella
Lucientes ojos de su blanca pluma:
Si roca de cristal no es de Neptuno,
Pavón de Venus es, cisne de Juno.
Purpúreas rosas sobre Galatea
La Alba entre liliis cándidos deshoja:
Duda el Amor cuál más su color sea,
O púrpura nevada, o nieve roja.
De su frente la perla es, eritrea,
Émula vana. El ciego dios se enoja,
Y, condenado su esplendor, la deja
Pender en oro al nácar de su oreja.
Invidia de las ninfas, y cuidado
De cuantas honra el mar deidades, era;
Pompa del marinero niño alado
Que sin fanal conduce su venera.
Verde el cabello, el pecho no escamado,
Ronco sí, escucha a Glauco la ribera
Inducir a pisar la bella ingrata,
En carro de cristal, campos de plata.
Marino joven, las cerúleas sienes,
Del más tierno coral ciñe Palemo,
Rico de cuantos la agua engendra bienes,
Del Faro odioso al promontorio extremo;
Mas en la gracia igual, si en los desdenes
Perdonado algo más que Polifemo,
De la que, aún no le oyó, y, calzada plumas,
Tantas flores pisó como él espumas.
Huye la ninfa bella: y el marino
Amante nadador, ser bien quisiera,
Ya que no áspid a su pie divino,
Dorado como a su veloz carrera;
Mas, ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
La fuga suspender podrá ligera
Que el desdén solicita? ¡Oh cuánto yerra
Delfín que sigue en agua corza en tierra!
Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
Copa es de Baco, huerto de Pomona:
Tanto de frutas ésta la enriquece,
Cuanto aquél de racimos la corona.

En carro que estival trillo parece,
A sus campañas Ceres no perdona,
De cuyas siempre fértiles espigas
Las provincias de Europa son hormigas.
A Pales su viciosa cumbre debe
Lo que a Ceres, y aún más, su vega llana;
Pues si en la una granos de oro llueve,
Copos nieva en la otra mil de lana.
De cuantos siegan oro, esquilan nieve,
O en pipas guardan la exprimida grana,
Bien sea religión, bien amor sea,
Deidad, aunque sin templo, es Galatea.
Sin aras, no: que el margen donde para
Del espumoso mar su pie ligero,
Al labrador, de sus primicias ara,
De sus esquilmos es al ganadero;
De la Copia a la tierra poco avara
El cuerno vierte el hortelano, entero,
Sobre la mimbre que tejió prolija,
Si artificiosa no, su honesta hija.
Arde la juventud, y los arados
Peinan las tierras que surcaron antes,
Mal conducidos, cuando no arrastrados,
De tardos bueyes cual su dueño errantes;
Sin pastor que los silbe, los ganados
Los crujidos ignoran resonantes
De las hondas, si en vez del pastor pobre
El céfiro no silba, o cruje el robre.
Mudo la noche el can, el día dormido
De cerro en cerro y sombra en sombra yace.
Bala el ganado; al mísero balido,
Nocturno el lobo de las sombras nace.
Cébase —y fiero deja humedecido
En sangre de una lo que la otra paca.
¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño,
El silencio del can siga y el sueño!
La fugitiva Ninfa en tanto, donde
Hurta un laurel su tronco al Sol ardiente,
Tantos jazmines cuanta yerba esconde
La nieve de sus miembros da una fuente.
Dulce se queja, dulce le responde
Un ruiñeñor a otro, y dulcemente
Al sueño da sus ojos la armonía,
Por no abrasar con tres soles el día.
Salamandria del Sol, vestido estrellas,
Latiendo el Can del cielo estaba, cuando
—Polvo el cabello, húmidas centellas,
Si no ardientes aljófares, sudando—
Llegó Acis, y de ambas luces bellas
Dulce Occidente viendo al sueño blando,
Su boca dio, y sus ojos, cuanto pudo,
Al sonoro cristal, al cristal mudo.
Era Acis un venablo de Cupido,
De un Fauno —medio hombre, medio fiera—,
En Simetis, hermosa Ninfa, habido;
Gloria del mar, honor de su ribera.

El bello imán, el ídolo dormido,
Que acero sigue, idólatra venera,
Rico de cuanto el huerto ofrece pobre,
Rinden las vacas y fomenta el robre.
El celestial humor recién cuajado
Que la almendra guardó, entre verde y seca,
En blanca mimbre se lo puso al lado
Y un copo, en verdes juncos, de manteca;
En breve corcho, pero bien labrado,
Un rubio hijo de una encina hueca,
Dulcísimo panal, a cuya cera
Su néctar vinculó la primavera.
Caluroso, al arroyo da las manos,
Y con ellas, las ondas a su frente,
Entre dos mirtos que —de espuma canos—,
Dos verdes garzas son de la corriente.
Vagas cortinas de volantes vanos
Corrió Favonio lisonjeramente,
A la de viento, cuando no sea cama
De frescas sombras, de menuda grama.
La Ninfa, pues, la sonora plata
Bullir sintió del arroyuelo apenas,
Cuando —a los verdes márgenes ingrata—
Seguir se hizo de sus azucenas.
Huyera... mas tan frío se desata
Un temor perezoso por sus venas,
Que a la precisa fuga, al presto vuelo
Grillos de nieve fue, plumas de hielo.
Fruta en mimbre halló, leche exprimida
En juncos, miel en corcho, mas sin dueño;
Si bien al dueño debe, agradecida,
Su deidad culta, venerado el sueño.
A la ausencia mil veces ofrecida,
Este de cortesía no pequeño
Indicio la dejó —aunque estatua helada—
Más discursiva y menos alterada.
No al Cíclope atribuye, no, la ofrenda;
No a Sátiro lascivo, ni a otro feo
Morador de las selvas, cuya rienda
El sueño aflija, que aflojó el deseo.
El niño dios, entonces, de la venda,
Ostentación gloriosa, alto trofeo
Quiere que al árbol de su madre sea
El desdén hasta allí de Galatea.
Entre las ramas del que más se lava
En el arroyo, mirto levantado,
Carcaj de cristal hizo, si no aljaba,
Su blanco pecho de un arpón dorado.
El monstruo de rigor, la fiera brava
Mira la ofrenda ya con más cuidado,
Y aun siente que a su dueño sea devoto,
Confuso alcaide más, el verde soto.
Llamáralo, aunque muda; mas no sabe
El nombre articular que más querría,
Ni lo ha visto; si bien pincel suave
Lo ha bosquejado ya en su fantasía.

Al pie —no tanto ya, del temor, grave—
Fía su intento; y, tímida, en la umbría
Cama de campo y campo de batalla,
Fingiendo sueño al cauto garzón halla.
El bulto vio y, haciéndolo dormido,
Librada en un pie toda sobre él pende
—Urbana al sueño, bárbara al mentido
Retórico silencio que no entiende—:
No el ave reina, así el fragoso nido
Corona inmóvil, mientras no desciende
—Rayo con plumas— al milano pollo,
Que la eminencia abriga de un escollo,
Como la Ninfa bella —compitiendo
Con el garzón dormido en cortesía—
No sólo para, mas el dulce estruendo
Del lento arroyo enmudecer querría.
A pesar luego de las ramas, viendo
Colorido el bosquejo que ya había
En su imaginación Cuplido hecho
Con el pincel que le clavó su pecho,
De sitio mejorada, atenta mira,
En la disposición robusta, aquello
Que, si por lo suave no la admira,
Es fuerza que la admire por lo bello.
Del casi tramontado Sol aspira
A los confusos rayos su cabello;
Flores su bozo es cuyas colores,
Como duerme la luz, niegan las flores.
(En la rústica greña yace oculto
El áspid del intonso prado ameno,
Antes que del peinado jardín culto
En el lascivo, regalado seno.)
En lo viril desata de su bulto
Lo más dulce el Amor de su veneno:
Bébelo Galatea, y da otro paso,
Por apurarle la ponzoña al vaso.
Acis —aún más, de aquello que dispensa
La brújula del sueño, vigilante—,
Alterada la Ninfa esté o suspensa,
Argos es siempre atento a su semblante,
Lince penetrador de lo que piensa,
Cíñalo bronce o múrelo diamante:
Que en sus Paladiones Amor ciego,
Sin romper muros introduce fuego.
El sueño de sus miembros sacudido,
Gallardo el joven la persona ostenta,
Y al marfil luego de sus pies rendido,
El coturno besar dorado intenta.
Menos ofende el rayo prevenido,
Al marinero, menos la tormenta
Prevista le turbó, o pronosticada:
Galatea lo diga, salteada.
Más agradable, y menos zahareña,
Al mancebo levanta venturoso,
Dulce ya conociéndole y risueña,
Paces no al sueño, treguas sí al reposo.

Lo cóncavo hacía de una peña
A un fresco sitial dosel umbroso,
Y verdes celosías unas yedras,
Trepando troncos y abrazando piedras.
Sobre una alfombra, que imitara en vano
El tiro sus matices —si bien era
De cuantas sedas ya hiló gusano
Y artífice tejó la Primavera—,
Reclinados, al mirto más lozano
Una y otra lasciva, si ligera,
Paloma se caló, cuyos gemidos
—Trompas de Amor— alteran sus oídos.
El ronco arrullo al joven solícita;
Mas, con desvíos Galatea suaves,
A su audacia los términos limita,
Y el aplauso al concierto de las aves.
Entre las ondas y la fruta, imita
Acis al siempre ayuno en penas graves:
Que, en tanta gloria, infierno son no breve
Fugitivo cristal, pomos de nieve.
No a las palomas concedió Cupido
Juntar de sus dos picos los rubíes
Cuando al clavel el joven atrevido
Las dos hojas le chupa carmesíes.
Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,
Negras víolas, blancos alhelíes,
Llueven sobre el que Amor quiere que sea
Tálamo de Acis y de Galatea.

II

Su aliento humo, sus relinchos fuego
—Si bien su freno espumas— ilustraba
Las columnas, Etón, que erigió el Griego,
Do el carro de la luz sus ruedas lava,
Cuando de amor el fiero jayán ciego,
La cerviz oprimió a una roca brava,
Que a la playa, de escollos no desnuda,
Linterna es ciega y atalaya muda.
Árbitro de montañas y ribera,
Aliento dio, en la cumbre de la roca,
A los albogues que agregó la cera,
El prodigioso fuelle de su boca;
La Ninfa los oyó, y ser más quisiera
Breve flor, yerba humilde y tierra poca,
Que de su nuevo tronco vid lasciva,
Muerta de amor, y de temor no viva.
Mas —cristalinos pámpanos sus brazos—
Amor la implica, si el temor la anuda,
Al infelice olmo, que pedazos
La segur de los celos hará, aguda.
Las cavernas en tanto, los ribazos
Que ha prevenido la zampoña ruda,
El trueno de la voz fulminó luego:
Referillo, Piéredes, os ruego.
«¡Oh bella Galatea, más süave
Que los claveles que tronchó la aurora;
Blanca más que las plumas de aquel ave

Que dulce muere y en las aguas mora;
Igual en pompa al pájaro que, grave,
Su manto azul de tantos ojos dora
Cuantas el celestial zafiro estrellas!
¡Oh tú, que en dos incluyes las más bellas!
»Deja las ondas, deja el rubio coro
De las hijas de Tetis, y el mar vea,
Cuando niega la luz un carro de oro,
Que en dos la restituye Galatea.
Pisa la arena, que en la arena adoro
Cuantas el blanco pie conchas platea,
Cuyo bello contacto puede hacerlas,
Sin concebir rocío, parir perlas.
»Sorda hija del mar, cuyas orejas
A mis gemidos son rocas al viento:
O dormida te hurten a mis quejas
Purpúreos troncos de corales ciento,
O al disonante número de almejas
—Marino, si agradable no, instrumento—,
Coros tejiendo estés, escucha un día
Mi voz, por dulce, cuando no por mía.
»Pastor soy, mas tan rico de ganados,
Que los valles impido más vacíos,
Los cerros desparezco levantados
Y los caudales seco de los ríos;
No los que, de sus ubres desatados,
O derribados de los ojos míos,
Leche corren y lágrimas; que iguales
En número a mis bienes son mis males.
»Sudando néctar, lambicando olores,
Senos que ignora aun la golosa cabra
Corchos me guardan, más que abeja flores
Liba inquieta, ingeniosa labra;
Troncos me ofrecen árboles mayores,
Cuyos enjambres, o el abril los abra,
O los desate el mayo, ámbar distilan,
Y en ruelas de oro rayos del Sol hilan.
»Del Júpiter soy hijo, de las ondas,
Aunque pastor; si tu desdén no espera
A que el monarca de esas grutas hondas
En trono de cristal te abrace nuera,
Polifemo te llama, no te escondas,
Que tanto esposo admira la ribera
Cual otro no vio Febo más robusto,
Del perezoso Volga al Indo adusto.
»Sentado, a la alta palma no perdona
Su dulce fruto mi robusta mano;
En pie, sombra capaz es mi persona
De innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
Por igualarme la montaña en vano,
Y en los cielos, desde esta roca, puedo
Escribir mis desdichas con el dedo?
»Marítimo Alción, roca eminente
Sobre sus huevos coronaba, el día
Que espejo de zafiro fue luciente

La playa azul de la persona mía;
Miréme, y lucir vi un sol en mi frente,
Cuando en el cielo un ojo se veía:
Neutra el agua dudaba a cuál fe preste:
O al cielo humano o al cíclope celeste.
»Registra en otras puertas el venado
Sus años, su cabeza colmilluda
La fiera, cuyo cerro levantado,
De helvecias picas es muralla aguda;
La humana suya el caminante errado
Dio ya a mi cueva, de piedad desnuda,
Albergue hoy por tu causa al peregrino,
Do halló reparo, si perdió camino.
»En tablas dividida, rica nave
Besó la playa miserablemente,
De cuantas vomitó riquezas grave,
Por las bocas del Nilo el Oriente.
Yugo aquel día, y yugo bien suave,
Del fiero mar a la sañuda frente
Imponiéndole estaba, si no al viento,
Dulcísimas coyundas mi instrumento,
»Cuando, entre globos de agua, entregar veo
A las arenas ligurina haya,
En cajas los aromas del Sabeo,
En cofres las riquezas de Cambaya:
Delicias de aquel mundo, ya trofeo
De Escila, que, ostentado en nuestra playa,
Lastimoso despojo fue dos días
A las que esta montaña engendra Harpías.
»Segunda tabla a un ginovés mi gruta
De su persona fue, de su hacienda:
La una reparada, la otra enjuta,
Relación del naufragio hizo horrenda.
Luciente paga de la mejor fruta
Que en yerbas se reclina, en hilos penda,
Colmillo fue del animal que el Ganges
Sufrir muros le vio, romper falanges:
»Arco, digo, gentil, bruñida aljaba,
Obras ambas de artífice prolijo,
Y de Malaco rey a deidad Java
Alto don, según ya mi huésped dijo,
De aquél la mano, de ésta el hombro agrava;
Convencida la madre, imita al hijo:
Serás a un tiempo, en estos horizontes,
Venus del mar, Cupido de los montes».
Su horrenda voz, no su dolor interno
Cabras aquí le interrumpieron, cuantas
—Vagas el pie, sacrílegas el cuerno—
A Baco se atrevieron en sus plantas.
Mas, conculcado el pámpano más tierno
Viendo el fiero pastor, voces él tantas,
Y tantas despidió la honda piedras,
Que el muro penetraron de las yedras.
De los nudos, con esto, más suaves,
Los dulces dos amantes desatados,
Por duras guijas, por espinas graves

Solicitan el mar con pies alados:
Tal redimiendo de importunas aves
Incauto meseguero sus sembrados,
De liebres dirimió copia así amiga,
Que vario sexo unió y un surco abriga.
Viendo el fiero Jayán con paso mudo
Correr al mar la fugitiva nieve
(Que a tanta vista el Líbico desnudo
Registra el campo de su adarga breve)
Y al garzón viendo, cuantas mover pudo
Celoso trueno, antiguas hayas mueve:
Tal, antes que la opaca nube rompa
Previene rayo fulminante trompa.
Con violencia desgajó infinita
La mayor punta de la excelsa roca,
Que al joven, sobre quien la precipita,
Urna es mucha, pirámide no poca.
Con lágrimas la Ninfa solicita
Las deidades del mar, que Acis invoca:
Concurren todas, y el peñasco duro
La sangre que exprimió, cristal fue puro.
Sus miembros lastimosamente opresos
Del escollo fatal fueron apenas,
Que los pies de los árboles más gruesos
Calzó el líquido aljófara de sus venas.
Corriente plata al fin sus blancos huesos,
Lamiendo flores y argentando arenas,
A Doris llega que, con llanto pío,
Yerno lo saludó, lo aclamó río.

PARA LA CUARTA PARTE DE LA PONTIFICIAL DEL DOCTOR BABIA

Este, que Babia al mundo hoy ha ofrecido
Poema, si no a números atado,
De la disposición antes limado
Y de la erudición después lamido,
Historia es culta, cuyo encanecido
Estilo, si no métrico, peinado,
Tres ya pilotos del bajel sagrado
Hurta al tiempo y redime del olvido.
Pluma, pues, que claveros celestiales
Eterniza en los bronces de su historia,
Llave es ya de los tiempos, y no pluma.
Ella a sus nombres puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria,
Que sombras sella en túmulos de espuma.

PARA UN RETRATO DE DON JUAN DE ACUÑA, PRESIDENTE DE CASTILLA, HIJO DEL CONDE DE BUENDÍA

Éste, que en traje le admiráis togado,
Claro, no a luces hoy de lisonjero
Pincel, sino de claro caballero,
Esplendor del Buendía que le ha dado;
Éste, ya de justicia, ya de estado,
Oráculo en España verdadero,
A quien por tan legal, por tan entero,
Sus balanzas Astrea le ha fiado:

Clava serán de Alcides en su diestra,
Que de monstruos la edad purgue presente,
Y a los siglos invidia sea futuros:
Éste, pues, gloria de la nación nuestra,
Don Juan de Acuña es, Buril valiente
Al tiempo le vincule en bronces duros.

FRESCOS AIRECILLOS

Frescos airecillos,
Que a la Primavera
Le tejéis guirnaldas
Y esparcís violetas,
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos
Y agradables penas,
Cuando del estío
En la ardiente fuerza
Álamos os daban
Frondosas defensas;
Álamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeraldas,
Y de plata medias;
De donde a las ninfas
Y a las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamastes
Y vinieron ellas
A ocupar del río
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisonjeras,
Sueño les trajistes
Y descuido a vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener del velo
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza;
Ahora, pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas,
Y que el Aquilón
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra
De las secas hojas,
Que ya fueron tregua
Entre el Sol ardiente
Y la verde yerba;

Y antes que las nieves
Y el hielo conviertan
En cristal las rocas,
En vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al templado seno
Que alegre os espera.
Veréis de camino
Una Ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Betis la arena,
Montaraz, gallarda,
Temida en la sierra
Más por su mirar
Que por sus saetas;
Ahora la halléis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras;
Ahora en el llano
Con planta ligera
Fatigando al corzo,
Que herido vuela;
Ahora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Cuando ya cansada
De la caza vuelva
A dejar al río
El sudor en perlas;
Y al pie se recueste
De la dura peña,
De quien ella toma
Lección de dureza;
Llegaos a orealla,
Pero no muy cerca,
Que lleváis suspiros
Y ha corrido ella.
Si está calurosa,
Soplad desde afuera,
Y cuando la ingrata
Mejor os entienda,
Decidle, airecillos:
«Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor de la aldea,
Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado
Y en manos de ausencia;
Suplícate humilde
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,

En premio glorioso
De su amor, merezca,
Ya que no suspiros,
A lo menos letra
Con la punta escrita
De tu aguda flecha,
En el campo duro
De una dura peña
(Porque no es razón
Que razón se lea
De mano tan dura
En cosa más tierna),
Adonde le digas:
—Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra
Y a arrastrar cadenas—.

LAS FLORES DEL ROMERO

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel
Celosa estás, la niña,
Celosa estás de aquel
Dichoso, pues le buscas,
Ciego, pues no te ve,
Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que celos entre aquéllos
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Aurora de ti misma,
Que cuando a amanecer
A tu placer empiezas,
Te eclipsan tu placer,
Serénense tus ojos,
Y más perlas no des,
Porque al Sol le está mal
Lo que a la Aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves,
Que sospechas de amantes
Y querellas después,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

ILUSTRE Y HERMOSÍSIMA MARÍA

Ilustre y hermosísima María,
Mientras se dejan ver a cualquier hora
En tus mejillas la rosada aurora,
Febo en tus ojos, y en tu frente el día,

Y mientras con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora
Que la Arabia en sus venas atesora
Y el rico Tajo en sus arenas cría;
Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro día vuelto en noche obscura,
Huya la aurora del mortal nublado;
Antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venza a la blanca nieve su blancura,
Goza, goza el color, la luz, el oro.

JURA PISUERGA A FE DE CABALLERO

Jura Pisuerga a fe de caballero
Que de vergüenza corre colorado
Sólo en ver que de Esgueva acompañado
Ha de entrar a besar la mano a Duero.
Es sucio Esgueva para compañero
(Culpa de la mujer de algún privado),
Y perezoso para dalle el lado,
Y así ha corrido siempre muy trasero.
Llegados a la puente de Simancas,
Teme Pisuerga, que una estrecha puente
Temella puede el mar sin cobardía.
No se le da a Esguevilla cuatro blancas;
Mas ¿qué mucho, si pasa su corriente
Por más estrechos ojos cada día?

LA CHACONA A LAS SONAJAS

¡Oh qué bien que baila Gil,
Con las mozas de Barajas,
La chacona a las sonajas,
Y el villano al tamboril!
Fue a Madrid por san Miguel
Y el demonio se soltó,
Que chaconera volvió,
Si iba villano él.
Salgan cuatrocientas mil
Que con todas se hará rajas.
La chacona a las sonajas
Y el villano al tamboril.
Un olmo, que el son agudo
En medio el ejido oyó,
Con las hojas le bailó,
Ya que con el pie no pudo.
Con airecillo sutil
Las altas movió y las bajas.
La chacona a las sonajas
Y el villano al tamboril
Baile tan extraordinario
Nadie le ha visto de balde;
Varas le costó al Alcalde
Y bodigos al Vicario;
El capón del Alguacil
Ha gastado sus alhajas.
La chacona a las sonajas
Y el villano al tamboril.

LAS TABLAS DEL BAJEL DESPEDAZADAS

Las tablas del bajel despedazadas
(Signum naufragii pium et crudele),
Del tempio sacro, con le rotte vele,
Ficaraon nas paredes penduradas.
Del tiempo las injurias perdonadas,
Et Orionis vi nimbosae stellae
Raccoglio le smarrite pecorelle
Nas ribeiras do Betis espalhadas.
Volveré a ser pastor, pues marinero
Quel Dio non vuol, che sol suo strale sprona
Do Austro os assopros e do Oceám as agoas;
Haciendo al triste son, aunque grosero,
Di questa canna, già selvaggia donna,
Saudade a as feras, e aos penedos magoas.

LLEGUÉ, SEÑORA TÍA, A LA MAMORA

Llegué, señora tía, a la Mamora,
Donde entre nieblas vi la otra mañana,
Desde el seguro de una partesana,
Confusa multitud de gente mora.
Pluma acudiendo va tremoladora
Andaluza, extremeña y castellana,
Pidiendo, si vitela no mongana,
Cualque fresco rumor de cantimplora.
Allanó alguno la enemiga tierra
Echándose a dormir; otro soldado,
Gastador vigilante, con su pico
Biscocho labra. Al fin, en esta guerra
No vi más fuerte, sino el levantado.
De la Mamora. Hoy miércoles. Juanico.

LLORABA LA NIÑA

Lloraba la niña
(Y tenía razón)
La prolija ausencia
De su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
Que apenas creo yo
Que tenía los años
Que ha que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galán traidor,
La halla la Luna
Y la deja el Sol,
Añadiendo siempre
Pasión a pasión,
Memoria a memoria,
Dolor a dolor.
Llorad, corazón,
Que tenéis razón.
Dícele su madre:
«Hija, por mi amor,
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.»

Ella le responde:
«No podrá ser, no:
Las causas son muchas,
Los ojos son dos.
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazón,
Y lágrimas lloren
En esta ocasión,
Tantas como dellos
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son;
Porque el que se fue,
Con lo que llevó,
Se dejó el silencio,
Y llevó la voz.»
Llorad, corazón,
Que tenéis razón.

LOS BLANCOS LILIOS QUE DE CIENTO EN CIENTO

Los blancos lilios que de ciento en ciento,
Hijos del Sol, nos da la Primavera,
A quien del Tajo son en la ribera
Oro su cuna, perlas su alimento;
Las frescas rosas, que ambicioso el viento
Con pluma solícita lisonjera,
Como quien de una y otra hoja espera
Purpúreas alas, si lascivo aliento,
A vuestro hermoso pie cada cual debe
Su beldad toda. ¿Qué hará la mano,
Si tanto puede el pie, que ostenta flores,
Porque vuestro esplendor venza la nieve,
Venza su rosicler, y porque en vano,
Hablando vos, espiren sus olores?

LOS DINEROS DEL SACRISTÁN

Los dineros del Sacristán
Cantando se vienen y cantando se van.
Tres hormas, si no fue un par,
Fueron la llave maestra
De la pompa que hoy nos muestra
Un hidalgo de solar;
Con plumajes a volar
Un hijo suyo salió,
Que asuela lo que él soló,
Y la hijuela loquilla
De ámbar quiere la jervilla
Que desmienta al cordobán.
Los dineros del Sacristán
Cantando se vienen y cantando se van.
Dos Troyanos y dos Griegos,
Con sus celosas porfías,

Arman a Elena en dos días
De joyas y de talegos;
Como es dinero de ciegos,
Y no ganado a oraciones,
Recibe dueñas con dones
Y un portero rabricano;
Su grandeza es un enano,
Su melarquía un truhán.
Los dineros del Sacristán
Cantando se vienen y cantando se van.
Labra el letrado un Real
Palacio, porque sepades
Que interés y necedades
En piedras hacen señal;
Hácelo luego hospital
Un halconero pelón,
A quien hija y corazón
Dio en dote, que ser le plugo,
Para la mujer verdugo,
Para el dote gavilán.
Los dineros del Sacristán
Cantando se vienen y cantando se van.
Con dos puñados de sol
Y cuatro tumbos de dado
Repite el otro soldado
Para Conde de Tirol;
Fénix le hacen Español
Collar de oro y plumas bellas;
Despidiendo está centellas
De sus joyas; mas la suerte
En gusano le convierte,
De pájaro tan galán.
Los dineros del Sacristán
Cantando se vienen y cantando se van.
Herencia que a fuego y hierro
Mal logró cuatro parientes,
Halló al quinto con los dientes
Peinando la calva a un puerro;
Heredó por dicha o yerro,
Y a su gula no perdona;
Pavillos nuevos capona,
Mientras francolines ceba,
Y al fin en su mesa Eva
Siempre está tentando a Adán.
Los dineros del Sacristán
Cantando se vienen y cantando se van.

LOS MONTES QUE EL PIE SE LAVAN

Los montes que el pie se lavan
En los cristales del Tajo,
Cuando las frentes se miran
En los zafiros del cielo,
Tiranizados tenía
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo, y ruina
De venablos y de perros.

Buscándole errante un día
Se perdió un galán montero,
Segunda envidia de Marte,
Primer Adonis de Venus.
Escalando la montaña,
Y penetrando sus senos,
Le dejó la blanca Luna
Y le halló el luciente Febo.
¡Oh, perdido primero
Tras un jabalí fiero,
No te pierdas ahora
Tras esa, que te huye, cazadora!
La luz le ofreció una Ninfa,
Que en duda pone a los cerros,
A cuál se deban sus rayos,
Al Sol o a sus ojos bellos.
De tres arcos viene armada,
El uno contra los ciervos,
Contra los hombres los dos,
Blanco el uno, los dos negros.
De un cordón atraillado
Un diligente sabueso,
El viento solicitaba,
Y desafiaba al viento.
Apenas vio al joven, cuando
Las cumbres vence huyendo;
Él la sigue, ambos calzados,
Ella plumas y él deseos.
¡Oh, perdido primero
Tras un jabalí fiero,
No te pierdas ahora
Tras esa, que te huye, cazadora!
Flores le valió la fuga
Al fragoso, verde suelo,
Varias de color, y todas
Hijas de su pie ligero.
A las malezas perdona
Mal su fugitivo vuelo.
Ellas, sí, al coturno de oro
Engastes del cristal tierno.
«¡Oh, cobarde hermosura!
—Dice el garzón, sin asiento—
No huyas de un hombre más
Que sabes huir del tiempo.»
Volviendo los ojos ella
Por flecharle más el pecho,
De que le alcance aún su voz
Acusa al aire con ceño.
¡Oh, perdido primero
Tras un jabalí fiero,
No te pierdas ahora
Tras esa, que te huye, cazadora!

LUTO POÉTICO

Por una negra señora
un negro galán doliente

negras lágrimas derrama
de un negro pecho que tiene.
Hablóla una negra noche,
y tan negra, que parece
que de su negra pasión
el negro luto le viene.
Lleva una negra guitarra,
negras las cuerdas que tiene,
negras también las clavijas,
pues negro es el que las tuerce.
—«Negras pascuas me dé Dios,
si más negros no me tienen
los negros amores tuyos
que el negro color de allende.
»Un negro favor te pido,
si negros favores vendes,
y si con negros favores
un negro pagarse debe.»
La negra señora entonces,
entafada del negrete,
con estas negras razones
al galán negro entristece:
—«Vaya muy en hora negra
el negro que tal pretende,
que para galanes negros
se hicieron negros desdenes.»
El negro señor entonces,
no queriendo ennegrecerse
más de lo negro, quitóse
el negro sombrero y fuese.
Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero a mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.
En la ley vieja de Amor
A tantas fojas se halla
Que el que más sufre y más calla,
Ese libraré mejor;
¡Más triste del amador
Que, muerto a enemigas manos,
Le hallaron los gusanos
Secretos en la barriga!
Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero a mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.
Muy bien haré si culpare
Por necio cualquier que fuere
Que como leño sufriere
Y como piedra callare;
Mande Amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad a mi lengua,
Y a sus leyes una higa.
Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;

Pero a mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.
Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza
Cuando Amor sacare a plaza
Delincuentes por hablar;
Mas yo me pienso quejar,
En sintiéndome agraviado,
Pues el mar brama alterado
Cuando el viento le fatiga.
Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero a mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.
Yo sé de algún joveneto
Que tiene muy entendido
Que guarda más bien Cupido
Al que guarda más secreto;
Y si muere el indiscreto
De amoroso torozón,
Morirá sin confesión
Por no culpar su enemiga.
Manda Amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga;
Pero a mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.

MUERTO ME LLORÓ EL TORMES EN SU ORILLA

Muerto me lloró el Tormes en su orilla,
En un parasimal sueño profundo,
En cuanto don Apolo el rubicundo
Tres veces sus caballos desensilla.
Fue mi resurrección la maravilla
Que de Lázaro fue la vuelta al mundo,
De suerte que ya soy otro segundo
Lazarillo de Tormes en Castilla.
Entré a servir a un ciego, que me envía,
Sin alma vivo, y en un dulce fuego,
Que ceniza hará la vida mía.
¡Oh qué dichoso que sería yo luego,
Si a Lazarillo le imitase un día
En la venganza que tomó del ciego!

NO DESTROZADA NAVE EN ROCA DURA

No destrozada nave en roca dura
Tocó la playa más arrepentida,
Ni pajarilla de la red tendida
Voló más temeroso a la espesura;
Bella ninfa la planta mal segura
No tan alborotada ni afligida
Hurtó de verde prado, que escondida
Víbora regalaba en su verdura,
Como yo, Amor, la condición airada,
Las rubias trenzas y la vista bella
Huyendo voy, con pie ya desatado,
De mi enemiga en vano celebrada.

Adiós, ninfa crüel; quedaos con ella,
Dura roca, red de oro, alegre prado.

NOBLE DESENGAÑO,

Noble desengaño,
Gracias doy al cielo
Que rompiste el lazo
Que me tenía preso.
Por tan gran milagro
Colgaré en tu templo
Las graves cadenas
De mis graves yerros.
Las fuertes coyundas
Del yugo de acero,
Que con tu favor
Sacudí del cuello,
Las húmidas velas
Y los rotos remos
Que escapé del mar
Y ofrecí en el puerto,
Ya de tus paredes
Serán ornamento,
Gloria de tu nombre,
Y de Amor descuento.
Y así, pues que triunfas
Del rapaz arquero,
Tiren de tu carro
Y sean tu trofeo
Locas esperanzas,
Vanos pensamientos,
Pasos esparcidos,
Livianos deseos,
Rabiosos cuidados,
Ponzoñosos celos,
Infernales glorias,
Gloriosos infiernos.
Compóngante himnos,
Y digan sus versos
Que libras cautivos
Y das vista a ciegos.
Ante tu deidad
Hónrense mil fuegos
Del sudor precioso
Del árbol sabeo.
Pero ¿quién me mete
En cosas de seso,
Y en hablar de veras
En aquestos tiempos,
Donde el que más trata
De burlas y juegos,
Ese es quien se viste
Más a lo moderno?
Ingrata señora
De tus aposentos,
Más dulce y sabrosa
Que nabo en Adviento,

Aplicame un rato
El oído atento,
Que quiero hacer auto
De mis devaneos.
¡Qué de noches frías
Que me tuvo el hielo
Tal, que por esquina
Me juzgó tu perro,
Y alzando la pierna,
Con gentil denuedo,
Me argentó de plata
Los zapatos negros!
¡Qué de noches de éstas,
Señora, me acuerdo
Que andando a buscar
Chinas por el suelo,
Para hacer la seña
Por el agujero,
Al tomar la china
Me ensucié los dedos!
¡Qué de días anduve
Cargado de acero
Con harto trabajo,
Porque estaba enfermo!
Como estaba flaco
Parecía cencerro:
Hierro por de fuera,
Por de dentro hueso.
¡Qué de meses y años
Que viví muriendo
En la Peña Pobre
Sin ser Beltenebros,
Donde me acaeció
Mil días enteros
No comer sino uñas,
Haciendo sonetos!
¡Qué de necedades
Escribí en mil pliegos,
Que las ríes tú ahora,
Y yo las confieso!
Aunque las tuvimos
Ambos, en un tiempo,
Yo por discreciones
Y tú por requiebros.
¡Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
«Socorred, señora,
Con agua a mi fuego!»
Donde, aunque tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con un gran caldero.
Adiós, mi señora,
Porque me es tu gesto
Chimenea en verano
Y nieve en invierno,

Y el bazo me tienes
De guijarros lleno,
Porque creo que bastan
Seis años de necio.

OH, BIEN HAYA JAÉN, QUE EN LIENZO PRIETO

Oh, bien haya Jaén, que en lienzo prieto
De luces mil de sebo salpicado
Su túmulo paró, y de pie quebrado
En dos antiguas trovas sin conceto.
Écija se ha esmerado, yo os prometo,
Que en bultos de papel y pan mascado
Gastó gran suma, aunque no han acabado
Entre catorce abades un soneto.
Todo es obras de araña con Baeza,
Donde el fiel vasallo el regimiento
Pinos corta, bayetas solicita:
Hallaron dos, y toman una pieza
Para el tumbo real o monumento
¡Nunca muriera doña Margarita!

¡OH CLARO HONOR DEL LÍQUIDO ELEMENTO,

¡Oh claro honor del líquido elemento,
Dulce arroyuelo de corriente plata,
Cuya agua entre la yerba se dilata
Con regalado son, con paso lento!,
Pues la por quien helar y arder me siento
(Mientras en ti se mira), Amor retrata
De su rostro la nieve y la escarlata
En tu tranquilo y blando movimiento,
Vete como te vas; no dejes floja
La undosa rienda al cristalino freno
Con que gobiernas tu veloz corriente;
Que no es bien que confusamente acoja
Tanta belleza en su profundo seno
El gran Señor del húmido tridente.

¡OH, CÓMO SE LAMENTA!

¡Oh, cómo se lamenta!
Sobre unas altas rocas,
Ejemplo de firmeza
Que encuentra noche y día
El mar, estando quedas,
Aquel pescadorcillo,
A quien su ninfa bella
Dejó el año pasado,
La red sobre la arena,
¡Oh, cómo se lamenta!
De una parte las aguas,
De otra parte las fieras,
Y de entrambas el viento
Le escuchan y se enfrenan;
Que a todas ellas hacen
Igual sabrosa fuerza,
Lo dulce de la voz,
La razón de las quejas.

¡Oh, cómo se lamenta!
«¿Hasta cuándo, enemiga,
Competirá en dureza
Tu duro corazón
Con las más duras piedras?
¿Hasta cuándo harás
Al son de mis querellas
Lo que al latido hace,
De los canes, la cierva?»
¡Oh, cómo se lamenta!
«Hoy hace, ingrata, un año
Que huyendo ligera,
No te conoce el suelo,
Y atrás el aire dejas;
Hoy hace un año, ingrata,
Que el mar, como por pena
De que tú no las pisas,
Azota estas riberas».
¡Oh, cómo se lamenta!
«Tu vuelo en todo el mundo,
Por olas o por tierra,
Lo más ligero alcanza,
Lo más libre sujeta.
Si aquesta se te escapa,
Di, Amor: ¿qué te aprovechan
Los vuelos de tus alas,
Las puntas de tus flechas?»
¡Oh, cómo se lamenta!
¡Oh qué malquisto con Esgueva quedo,
Con su agua turbia y con su verde puente!
Miedo le tengo: hallará la gente
En mis calzas los títulos del miedo.
¿Quiere ser río? Yo se lo concedo;
Corra, que necesaria es su corriente,
Con orden y ruido, el que consiente
Antonio en su reglilla de ordo pedo.
Camine ya con estos pliegos míos
Peón particular, quitado el parte,
Y ejecute en mis versos sus enojos;
Que le confesaré de cualquier arte
Que, como el más notable de los ríos,
Tiene llenos los márgenes de ojos.

ORO NO RAYÓ ASÍ FLAMANTE GRANA

Oro no rayó así flamante grana
Como vuestra purpúrea edad ahora
Las dos que admitió estrellas vuestra aurora,
Y soles expondrá vuestra mañana.
Ave (aunque muda yo) émula vana
De la más culta, de la más canora,
En este, en aquel sauce que decora
Verdura sí, bien que verdura cana,
Insinuaré vuestra hermosura: cuanta
Contiene vuestro albor, y dulce espera
En horas no caducas vuestro día.
Responda, pues, mi voz a beldad tanta;

Mas no responderá, aunque Apolo quiera,
Que la beldad es vuestra, la voz mía.

PARA EL PRINCIPIO DE LA HISTORIA DEL SEÑOR REY DON FELIPE II, DE LUIS DE CABRERA

Vive en este volumen el que yace
En aquel mármol, Rey siempre glorioso;
Sus cenizas allí tienen reposo,
Y dellas hoy él mismo aquí renace.
Con vuestra pluma vuela, y ella os hace,
Culto Cabrera, en nuestra edad famoso;
Con las suyas le hacéis victorioso
Del Francés, Belga, Lusitano, Trace.
Plumas de un Fénix tal, y en vuestra mano,
¿Qué tiempo podrá haber que las consuma,
Y qué invidia ofenderos, sino en vano?
Escriba lo que vieron, tan gran pluma,
De los dos mundos, uno y otro plano,
De los dos mares, una y otra espuma.

PARA LO MISMO

Segundas plumas son, oh lector, cuantas
Letras contiene este volumen grave;
Plumas siempre gloriosas, no del ave
Cuyo túmulo son aromas tantas:
De aquel sí, cuyas hoy cenizas santas
Breve pórvido sella en paz suave;
Que en poco mármol mucho Fénix cabe,
Si altamente negado a nuestras plantas.
De sus hazañas, pues, hoy renacido,
Debe a Cabrera el Fénix, debe el mundo
Cuantas segundas bate plumas bellas.
A Cabrera español Livio segundo
Eternizado, cuando no ceñido
De iguales hojas que Filipo estrellas.

¿QUÉ LLEVA EL SEÑOR ESGUEVA?

¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.
Lleva este río crecido,
Y llevará cada día
Las cosas que por la vía
De la cámara han salido,
Y cuanto se ha proveído
Según leyes de Digesto,
Por jüeces que, antes desto,
Lo recibieron a prueba.
¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva.
Lleva el cristal que le envía
Una dama y otra dama,
Digo el cristal que derrama
La fuente de mediodía,
Y lo que da la otra vía,
Sea pebete o sea topacio;
Que al fin damas de Palacio
Son ángeles hijos de Eva.

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva.

Lleva lágrimas cansadas
De cansados amadores,
Que, de puro servidores,
Son de tres ojos lloradas;
De aquél, digo, acrecentadas
Que una nube le da enojo,
Porque no hay nube deste ojo
Que no truene y que no llueva.

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva.

Lleva pescado de mar,
Aunque no muy de provecho,
Que, salido del estrecho,
Va a Pisuerga a desovar;
Si antes era calamar
O si antes era salmón,
Se convierte en camarón
Luego que en el río se ceba.

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva.

Lleva, no patos reales
Ni otro pájaro marino,
Sino el noble palomino
Nacido en nobles pañales;
Colmenas lleva y panales,
Que el río les da posada;
La colmena es vidriada
Y el panal es cera nueva.

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva.

Lleva, sin tener su orilla
Árbol ni verde ni fresco,
Fruta que es toda de cuesco,
Y, de madura, amarilla;
Hácese de ella en Castilla
Conserva en cualquiera casa,
Y tanta ciruela pasa,
Que no hay quien sin ella beba.

¿Qué lleva el señor Esgueva?

Yo os diré lo que lleva.

¡QUE SE NOS VA LA PASCUA, MOZAS

¡Que se nos va la Pascua, mozas,

Que se nos va la Pascua!

Mozuelas las de mi barrio,

Loquillas y confiadas,

Mirad no os engañe el tiempo,

La edad y la confianza.

No os dejéis lisonjear

De la juventud lozana,

Porque de caducas flores

Teje el tiempo sus guirnaldas.

¡Que se nos va la Pascua, mozas,

Que se nos va la Pascua!

Vuelan los ligeros años,
Y con presurosas alas
Nos roban, como harpías,
Nuestras sabrosas viandas.
La flor de la maravilla
Esta verdad nos declara,
Porque le hurta la tarde
Lo que le dio la mañana.
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
Que se nos va la Pascua!
Mirad que cuando pensáis
Que hacen la señal del alba
Las campanas de la vida,
Es la queda, y os desarman
De vuestro color y lustre,
De vuestro donaire y gracia,
Y quedáis todas perdidas
Por mayores de la marca.
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
Que se nos va la Pascua!
Yo sé de una buena vieja
Que fue un tiempo rubia y zarca,
Y que al presente le cuesta
Harto caro el ver su cara,
Porque su bruñida frente
Y sus mejillas se hallan
Más que roquete de obispo
Encogidas y arrugadas.
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
Que se nos va la Pascua!
Y sé de otra buena vieja,
Que un diente que le quedaba
Se lo dejó este otro día
Sepultado en unas natas,
Y con lágrimas le dice:
«Diente mío de mi alma,
Yo sé cuándo fuistes perla,
Aunque ahora no sois caña.»
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
Que se nos va la Pascua!
Por eso, mozuelas locas,
Antes que la edad avara
El rubio cabello de oro
Convierta en luciente plata,
Quered cuando sois queridas,
Amad cuando sois amadas,
Mirad, bobas, que detrás
Se pinta la ocasión calva.
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
Que se nos va la Pascua!

RAYA, DORADO SOL, ORNA Y COLORA

Raya, dorado Sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre;
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca Aurora;

Suelta las riendas a Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta, las campañas dora,
Para que desta vega el campo raso
Borde saliendo Flérída de flores;
Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni sigas de la Aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

REY DE LOS OTROS, RÍO CAUDALOSO,

Rey de los otros, río caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca girmalda de robusto pino
Ciñe tu frente, tu cabello undoso,
Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte más vecino
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso,
A mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
Tu noble arena con humilde planta,
Dime si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se ha mirado,
Beldad cual la de Clori, o gracia tanta.

A DON PEDRO DE CÁRDENAS, EN UN ENCIERRO DE TOROS

Salí, señor don Pedro, esta mañana
A ver un toro que en un Nacimiento
Con mi mula estuviera más contento
Que alborotando a Córdoba la llana.
Romper la tierra he visto en su abesana
Mis prójimos con paso menos lento,
Que él se entró en la ciudad tan sin aliento,
Y aún más, que me dejó en la barbacana.
No desherréis vuestro Zagal, que un clavo
No ha de valer la causa, si no miente
Quien de la cuerda apela para el rabo.
Perdonadme el hablar tan cortésmente
De quien, ya que no alcalde por lo Bravo,
Podrá ser, por lo Manso, presidente.

SEÑORA DOÑA PUENTE SEGOVIANA,

Señora doña puente segoviana,
Cuyos ojos están llorando arena,
Si es por el río, muy enhorabuena,
Aunque estáis para viuda muy galana.
De estangurria murió. No hay castellana
Lavandera que no llore de pena,
Y fulano sotillo se condena
De olmos negros a loba luterana.
Bien es verdad que dicen los doctores
Que no es muerto, sino que del estío
Le causan parasismos los calores;
Que a los primeros del diciembre frío,

De sus mulas harán estos señores
Que los orines den salud al río.

¿SON DE TOLÚ, O SON DE PUERTORRICO,

¿Son de Tolú, o son de Puertorrico,
Ilustre y hermosísima María,
O son de las montañas de Bujía
La fiera mona y el disforme mico?
Gracioso está el balcón, yo os certifico;
Desnudadle de hoy más de celosía.
Goce Cuenca una y otra monería,
Den a unos de cola, a otros de hocico.
Un papagayo os dejaré, señora
(Pues ya tan mal se corresponde a ruegos
Y a cartas de señoras principales),
Que os repita el parlero cada hora
Como es ya mejor Cuenca para ciegos,
Habiéndose de ver fierezas tales.

SUSPIROS TRISTES, LÁGRIMAS CANSADAS,

Suspiros tristes, lágrimas cansadas,
Que lanza el corazón, los ojos llueven,
Los troncos bañan y las ramas mueven
De estas plantas, a Alcides consagradas;
Mas del viento las fuerzas conjuradas
Los suspiros desatan y remueven,
Y los troncos las lágrimas se beben,
Mal ellos y peor ellas derramadas.
Hasta en mi tierno rostro aquel tributo
Que dan mis ojos, invisible mano
De sombra o de aire me le deja enjuto,
Porque aquel ángel fieramente humano
No crea mi dolor, y así es mi fruto
Llorar sin premio y suspirar en vano.

TRAS LA BERMEJA AURORA EL SOL DORADO

Tras la bermeja Aurora el Sol dorado
Por las puertas salía del Oriente,
Ella de flores la rosada frente,
Él de encendidos rayos coronado.
Sembraban su contento o su cuidado,
Cuál con voz dulce, cuál con voz doliente,
Las tiernas aves con la luz presente
En el fresco aire y en el verde prado,
Cuando salió bastante a dar Leonora
Cuerpo a los vientos y a las piedras alma,
Cantando de su rico albergue, y luego
Ni oí las aves más, ni vi la Aurora;
Porque al salir, o todo quedó en calma,
O yo (que es lo más cierto), sordo y ciego.

UN BUHONERO HA EMPLEADO

1

Un buhonero ha empleado
En higas hoy su caudal,
Y aunque no son de cristal,

Todas las ha despachado;
Para mí le he demandado,
Cuando verdades no diga,
Una higa.

2

Al necio, que le dan pena
Todos los ajenos daños,
Y aunque sea de cien años,
Alcanza vista tan buena,
Que ve la paja en la ajena
Y no en la suya dos vigas,
Dos higas.

3

Al otro que le dan jaque
Con una dama atreguada,
Y más bien peloteada
Que la Coruña del Draque,
Y fiada del zumaque
Le desmiente tres barrigas,
Tres higas.

4

Al marido que es tan llano
Sin dar un maravedí,
Que le hinche el alholí
Su mujer cada verano,
Si piensa que grano a grano
Se lo llegan las hormigas,
Cuatro higas.

5

Al que pretende más salvas
Y ceremonias mayores
Que se deben, por señores,
A los infantados y Albas,
Siendo nacido en las malvas
Y criado en las ortigas,
Cinco higas.

6

Al pobre pelafustán
Que de arrogancia se paga,
Y presenta la biznaga
Por testigo del faisán,
Viendo que las barbas dan
Testimonio de las migas,
Seis higas.

7

Al que de sedas armado
Tal para Cádiz camina,
Que ninguno determina
Si es bandera o si es soldado,
De su voluntad forzado,
Llorado de sus amigas,
Siete higas.

8

Al mozuelo que en cambray,
En púrpura y en olores
Quiere imitar sus mayores,

De quien hoy memorias hay,
Que los sayos de contray
Aforraban en lorigas,
Ocho higas.

9

Al bravo que echa de vicio,
Y en los corrillos blasona
Que mil vidas amontona
A la muerte en sacrificio,
No teniendo del oficio
Más que mostachos y ligas,
Nueve higas.

10

Al pretendiente engañado,
Que puesto que nada alcanza,
Da pistos a la esperanza
Cuando más desesperado,
Figurando ya granado
El fruto de sus espigas,
Diez higas.

VALLADOLID, DE LÁGRIMAS SOIS VALLE,

Valladolid, de lágrimas sois valle,
Y no quiero decir quié las llora,
Valle de Josafat, sin que en vos hora,
Cuanto más día de juicio se halle.
Pisado he vuestros muros calle a calle,
Donde el engaño con la corte mora,
Y cortesano sucio os hallo ahora,
Siendo villano un tiempo de buen talle.
Todos sois Condes, no sin nuestro daño;
Dígalo el andaluz, que en un infierno
Debajo de una tabla escrita posa.
No encuentra al de Buendía en todo el año;
Al de Chinchón sí ahora, y el invierno
Al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

VERDES JUNCOS DEL DUERO A MI PASTORA

Verdes juncos del Duero a mi pastora
Tejieron dulce generosa cuna;
Blancas palmas, si el Tajo tiene alguna,
Cubren su pastoral albergue ahora.
Los montes mide y las campañas mora,
Flechando una dorada media luna,
Cual dicen que a las fieras fue importuna
Del Eurota la casta cazadora.
De un blanco armiño el esplendor vestida,
Los blancos pies distinguen de la nieve
Los coturnos que calza esta homicida;
Bien tal, pues montaraz y endurecida,
Contra las fieras sólo un arco mueve,
Y dos arcos tendió contra mi vida.

¿VOS SOIS VALLADOLID? ¿VOS SOIS EL VALLE

¿Vos sois Valladolid? ¿Vos sois el valle
De olor? ¡Oh fragrantísima ironía!

A rosa oléis, y sois de Alejandría,
Que pide al cuerpo más que puede dalle.
Serenísimas damas de buen talle,
No os andéis cocheando todo el día,
Que en dos mulas mejores que la mía
Se pasea el estiércol por la calle.
Los que en esquinas vuestros corazones
Asáis por quien, alguna noche clara,
Os vertió el pebre y os mechó sin clavos,
¿Pasáis por tal que sirvan los balcones,
Los días a los ojos de la cara,
Las noches a los ojos de los rabos?
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envió
Que eres mío.
Celosa el alma te envía
Por diligente ministro,
Con poderes de registro
Y con malicias de espía;
Trata los aires de día,
Pisa de noche las salas
Con tan invisibles alas
Cuanto con pasos sutiles.
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envió
Que eres mío.
Tu vuelo con diligencia
Y silencio se concluya,
Antes que venzan la suya
Las condiciones de ausencia;
Que no hay fiar resistencia
De una fe de vidrio tal,
Tras de un muro de cristal,
Y batido de esmeriles.
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envió
Que eres mío.
Mira que su casa escombros
De unos soldados fiambres,
Que perdonando a sus hambres
Amenazan a los hombres;
De los tales no te asombres,
Porque, aunque tuercen los tales
Mostachazos criminales,
Ciñen espadas civiles.
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envió
Que eres mío.
Por tu honra y por la mía,
De esta gente la descartes,
Que le serán estos Martes
Más aciagos que el día;
Pues la lanza de Argalía
Es ya cosa averiguada
Que pudo más por dorada
Que por fuerte la de Aquiles.

VUELA, PENSAMIENTO, Y DILES

Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envió
Que eres mío.

Si a músicos entrar dejas,
Ciertos serán mis enojos,
Porque aseguran los ojos
Y saltean las orejas;
Cuando ellos ajenas quejas
Canten, ronda, pensamiento,
Y la voz, no el instrumento
Les quiten tus alguaciles.
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que te envió
Que eres mío

YA NO MÁS, CEGUEZUELO HERMANO,

Ya no más, ceguezuelo hermano,
Ya no más.

Baste lo flechado, Amor,
Más munición no se pierda;
Afloja al arco la cuerda
Y la causa a mi dolor;
Que en mi pecho tu rigor
Escriben las plumas juntas,
Y en las espaldas las puntas
Dicen que muerto me has.
Ya no más, ceguezuelo hermano,
Ya no más.

Para el que a sombras de un robre
Sus rústicos años gasta,
El segundo tiro basta,
Cuando el primero no sobre;
Basta para un zagal pobre
La punta de un alfiler;
Para Bras no es menester
Lo que para Fierabrás.

Ya no más, ceguezuelo hermano,
Ya no más.

Tan asaeteado estoy,
Que me pueden defender
Las que me tiraste ayer
De las que me tiras hoy;
Si ya tu aljaba no soy,
Bien a mal tus armas echas,
Pues a ti te faltan flechas
Y a mí donde quepan más.
Ya no más, ceguezuelo hermano,
Ya no más.

YA QUE CON MÁS REGALO EL CAMPO MIRA

Ya que con más regalo el campo mira
(Pues del hórrido manto se desnuda)
Purpúreo el Sol y, aunque con lengua muda,
Suave Filomena ya suspira,

Templa, noble garzón, la noble lira,
Honren tu dulce plectro y mano aguda
Lo que al son torpe de mi avena ruda
Me dicta Amor, Calíope me inspira.
Ayúdame a cantar los dos extremos
De mi pastora, y cual parleras aves
Que a saludar al Sol a otros convidan,
Yo ronco, tú sonoro, despertemos
Cuantos en nuestra orilla cisnes graves
Sus blancas plumas bañan y se anidan.